

CCIÓN C

F1233

.G6

1863

c.1

ORIZALDEZ OIZKINGA. IDJERBINSA. IDJ PUEBLA.



1080121056



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE GENERAL

QUE DA

AL SUPREMO GOBIERNO

DE LA NACIÓN

RESPECTO DE LA DEFENSA DE LA PLAZA

DE ZARAGOZA,

EL CIUDADANO GENERAL

Jesus Gonzalez Ortega.

ZACATECAS: 1863.

Imprenta de Tostado y Villagrana.

PARTE GENERAL

QUE

DA AL SUPREMO GOBIERNO

DE LA NACION

RESPECTO DE LA DEFENSA DE LA PLAZA

DE ZARAGOZA,

EL CIUDADANO GENERAL

◊ JESUS GONZALEZ ORTEGA. ◊

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ZACATECAS: 1863.

—••••—

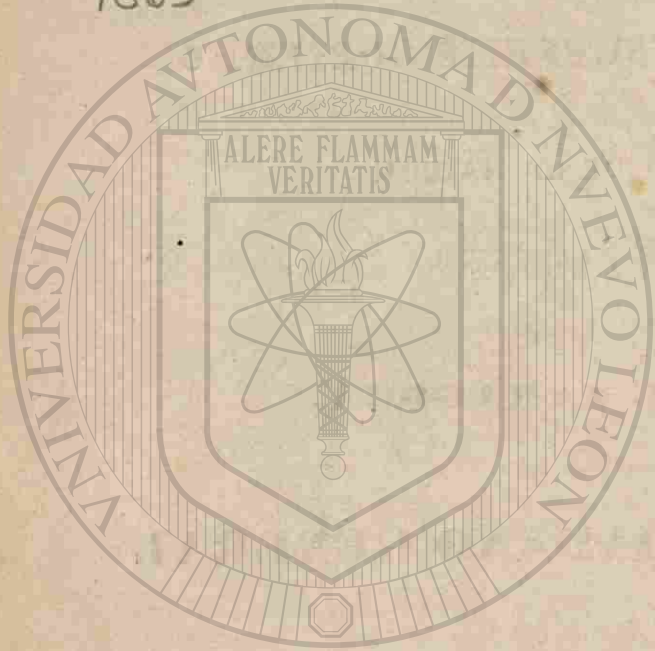
Imprenta de Tostado y Villagrana.



F1233

46

1863



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





J. S. Ortega



**Ejército mexicano.--General de División
y en Gefe que fué del cuerpo de
Ejército de Oriente.**

C. Ministro de la guerra.

DURANTE los sesenta y dos días del asedio de la plaza de Zaragoza, no tuve, ni la calma que era necesaria para hacer la apreciación filosófica de los sucesos que en ella tuvieron lugar, ni aún el tiempo que físicamente se necesitaba para narrarlos simplemente: por estas razones me limité á recojer todos los datos posibles respecto de aquellos importantes sucesos, con el objeto de que ellos me sirvieran, un poco mas tarde, para rendir el parte general de todos los acontecimientos habidos en la defenza de la referida plaza, y á comunicar únicamente al supremo gobierno en esos días lo que ocurría de mas notable, por medio de cartas particulares que dirigía al señor general D. Ignacio Comonfort, las que escribiera con la precipitación que era natural á las circunstancias azarosas en que me hallaba.

Despues de la rendicion de la citada ciudad de Zaragoza, en los días que trascurrieron en mi tránsito para Orizava, preso y á las órdenes del ejército frances, y aún en los que se sucedieron despues de mi evasión de esta última ciudad, no tuve tampoco



J. S. Ortega



**Ejército mexicano.--General de Division
y en Gefe que fué del cuerpo de
Ejército de Oriente.**

C. Ministro de la guerra.

DURANTE los sesenta y dos dias del asedio de la plaza de Zaragoza, no tuve, ni la calma que era necesaria para hacer la apreciacion filosófica de los sucesos que en ella tuvieron lugar, ni aún el tiempo que físicamente se necesitaba para narrarlos simplemente: por estas razones me limité á recojer todos los datos posibles respecto de aquellos importantes sucesos, con el objeto de que ellos me sirvieran, un poco mas tarde, para rendir el parte general de todos los acontecimientos habidos en la defenza de la referida plaza, y á comunicar únicamente al supremo gobierno en esos dias lo que ocurría de mas notable, por medio de cartas particulares que dirigía al señor general D. Ignacio Comonfort, las que escribiera con la precipitacion que era natural á las circunstancias azarosas en que me hallaba.

Despues de la rendicion de la citada ciudad de Zaragoza, en los dias que trascurrieron en mi tránsito para Orizava, preso y á las órdenes del ejército frances, y aún en los que se sucedieron despues de mi evasion de esta última ciudad, no tuve tampoco

el tiempo necesario para rendir el parte mencionado, y me resolví á llenar este deber á mi llegada á San Luis Potosí, que era el punto en que se hallaba el supremo gobierno y hacía el que yo me dirigiera; pero desgraciadamente todos los datos y documentos que traía en mi poder, cayeron en manos de la fuerza que asesinó, el 19 de Junio último, al ilustre general D. Ignacio de la Llave. Suspendí de nuevo, y contra mi voluntad, el trabajo y remision de aquella pieza oficial, difiriendo hacerlo un poco mas tarde, esto es, tan luego como llegáran á mi poder los documentos originales y datos que habia reunido, porque afortunadamente el robo que sufrí el 19 de Junio consistió solo en copias simples de aquellos documentos, cuyos originales, no quise bajo ningun aspecto, exponer á las vicisitudes de mi prision ó destierro pero como se ha demorado la llegada de aquellos, me he resuelto á rendir el parte mencionado, consultando solo á la verdad y á mi memoria, reservándome remitir al supremo gobierno, dentro de pocos dias y en comprobación de mis acertos, copia certificada de los documentos que citaré en esta comunicacion.

El día 3 de Febrero del presente año llegó á la ciudad de Puebla de Zaragoza el señor general D. Ignacio Comonfort, en jefe del cuerpo de ejército del Centro, comisionado por el gobierno supremo para acordar con el que suscribe, como general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, el plan de campaña que debia adoptarse en la guerra que la nacion sostiene contra la Francia, y muy especialmente en la defensa de las ciudades de Zaragoza y México.

Para cumplir respecto de este punto con las órdenes del mismo supremo gobierno, tuve dos ó tres conferencias reservadas con el señor general Comonfort, sirviéndonos en ellas de secretario el señor general D. José María Gonzalez de Mendoza, cuartel-maestro del cuerpo de ejército de Oriente.

En todos los puntos que creímos á propósito poner á discusion, nos convenimos con la mayor facilidad, en atención á que nos servia de norte la buena fé y el sentimiento noble y pa-

triótico de salvar á toda costa el buen nombre de México y el honor de sus armas, escepto en un solo punto, y que yo juzgué el mas esencial y como la sólida base de todas nuestras operaciones militares, y era nada menos que establecer, para tales y cuales casos, la unidad de mando en ambos cuerpos de ejército.

Los principales argumentos que aduje en apoyo de la precedente proposicion, eran: que obrando independientemente uno de otro cuerpo de ejército y siguiendo el sistema de combinaciones, íbamos á debilitar nuestro poder y quizá á nulificar del todo nuestra accion; porque la guerra, como es bien sabido, tenia emergencias é incidentes imprevistos que era necesario atender en el acto de una manera decisiva y sin vacilar para salvar un ejército, y porque una vez comenzadas las operaciones militares, los acontecimientos de la guerra hacian las mas veces impracticables é inútiles las combinaciones, y que cuando llegaba el caso de que algunas de ellas fueran acordadas, antes de ponerse en práctica, ya los mismos acontecimientos habian hecho caducar las causas que las habian motivado. Que estos pensamientos no eran originales ni míos, sino bien comunes y ordinarios, por haber dejado ya los hechos canonizadas, mas de una vez, las verdades que aquellos entrañaban. Además, que si la responsabilidad del éxito de la campaña en general quedaba dividida entre dos jefes, éstos como era natural, por mas patriotas que fueran y superiores á sus propias pasiones, procuraria cada uno de ellos salvar por su parte la que pesaba sobre él, por mas que en lo exterior se tratara de dar á los hechos un colorido distinto del que real y positivamente tuvieran; y que de esta manera comprometeriamos indudablemente los intereses mas caros de toda una nacion.

Por estas razones manifesté al mismo señor general Comonfort, con la franqueza y sinceridad que usa un hombre cuando vé comprometidos el nombre y derechos del suelo en que naciera: que las naciones en sus dias solemnes y de prueba, no se salvaban sino con actos inusitados y sacrificios heroicos

de sus hijos, que yo tenía orgullo de ser uno de los muchos mexicanos que amaban sin límite á su país natal, y que creía tener la abnegación necesaria para hacer por mi patria toda clase de sacrificios, si con ellos le resultaba un bien á aquella, porque era sacrificio separarse del mando de un ejército en vísperas de una batalla en la que se iba á combatir y á defender lo que tienen de mas caro los pueblos; y que aunque reconocia y admiraba esas mismas cualidades en el señor general Comonfort, las circunstancias que lo rodeaban no eran las mismas en que me encontraba yo, y que aunque me fuera penoso, como me es hoy referirlo, tenia que hacer con toda franqueza algunas comparaciones personales.

Que él habia desempeñado los mas altos y honoríficos empleos de la República y ensanchado con esto el vasto círculo de su influencia y relaciones, antecedentes que yo no poseía; que el mismo señor habia adquirido conocimientos militares, haciéndolos mas sólidos con dilatados servicios prestados á la patria, en la carrera de las armas, cuando yo era, como todo el mundo lo sabia, un soldado de circunstancias, cuya espada me habian ceñido los últimos sucesos políticos de mi patria: que por todas estas razones le cedía con gusto y de una manera honrosa el mando.

Noté que mi raciocinio ofendia la modestia del señor general Comonfort, y por esto le propuse la adopción de este otro medio que lo conciliaba todo, y salvaba la dificultad.

Si el ejército francés hacia un movimiento con el objeto de atacar á la capital de la República esquivando batir á la ciudad de Zaragoza, lo que no era de esperarse pero debía preverse porque tal paso se hallaba en la esfera de las probabilidades, en este caso el cuerpo de ejército de Oriente quedaba á las órdenes del señor general Comonfort, y en consecuencia sobre dicho señor pesaria la responsabilidad de la defensa de la plaza de Zaragoza, pudiendo hacer á su arbitrio que quedara poca ó mucha fuerza dentro del recinto fortificado. Mas si el

ataque se dirigia sobre la referida plaza de Zaragoza, entonces el cuerpo de ejército del Centro quedaba á las órdenes del general en jefe del de Oriente, pudiendo el primero obrar independientemente siempre que no recibiera del jefe de la plaza una orden terminante, en cuyo caso toda la responsabilidad de la defensa de ambas ciudades, pesaria sobre el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.

Todo esto quedaba reducido á la siguiente proposición.

Si el ejército francés atacaba la plaza de México, el general en jefe de los cuerpos de ejército de Oriente y Centro seria el ciudadano Ignacio Comonfort, y si el ataque lo sufría la plaza de Zaragoza, el general en jefe de ambos cuerpos de ejército seria el que suscribe.

De este modo se utilizaban los conocimientos que ambos generales tenían del personal de sus respectivas fuerzas, y se satisfacía además, aunque en parte, la primera y mas imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.

El señor general Comonfort convino en la fuerza y verdad de mis argumentos, y en consecuencia en la necesidad que habia de establecer la unidad en el mando; pero me manifestó al mismo tiempo de un modo concluyente, que tratándose de intereses de la patria y no siendo nosotros imparciales en este grave negocio, por afectar el mismo á la persona de ambos, dejáramos pendiente el punto en cuestion, para que lo resolviera el supremo gobierno en uso de sus facultades, á fin de no presentarle, con lo acordado por nosotros, una dificultad tanto mas grave para el mismo supremo gobierno, cuanto que hasta cierto punto tenia un carácter personal.

El raciocinio del ya citado señor general hizo fuerza en mi ánimo, y quedó acordado que ambos pasaríamos á México á dar un informe circunstanciado y verbal al mismo supremo gobierno, ó por mejor decir, á hacer ante el mismo una ampliación de las razones que habíamos tenido presentes al acordar los puntos principales en que se fundaba nuestro plan de

campana ó defensa; quedando acordado tambien que el punto en cuestion no seria resuelto por nosotros.

Lo mas esencial de lo contenido en ese plan, era: poner como base de operaciones militares de ambos cuerpos de ejército á las ciudades de Zaragoza y México, que uno de los referidos cuerpos de ejército seria el auxiliar del otro, y que verificara la ocupacion de San Martin de Tescmelucan el del Centro, como punto estratégico: contenia ademas el plan mencionado, otros muchos puntos referentes á las fuerzas y Estados del interior, y cuyos puntos creimos conveniente y esencial dejar comprendidos en nuestro plan, si bien no tenian ni podian tener otro carácter que simples indicaciones, hechas al supremo gobierno de una manera respetuosa, por si el mismo tuviera á bien adoptarlas.

El señor general Mendoza, con su feliz memoria y claro talento, recojió é hizo constar en una acta todos los puntos discutidos y acordados en nuestras conferencias. Despues de haber sido aprobados y firmados tres ejemplares de este documento, se remitió uno de ellos, con el carácter de muy reservado y por extraordinario, al supremo gobierno, quien aprobo su contenido un poco mas tarde, como consta de la nota oficial que, con el carácter de reservada tambien, recibió el señor general Comonfort y el que suscribe, suscrita por el señor ministro de la guerra. Los otros dos ejemplares quedaron, uno en poder del citado señor general Comonfort y el otro en mi archivo reservado.

El dia 8 del mismo mes, esto es, cinco dias despues del en que llegó el citado señor general á Zaragoza, emprendimos nuestra marcha para la capital de la República.

En una conferencia que tuvimos con el señor presidente y sus ministros, desempeñamos la comision que nosotros mismos nos hubiéramos dado. Allí volví á insistir en que se estableciera la unidad de mando, porque, como he dicho, creí que de esto pendia el buen éxito de todas nuestras operaciones militares. El señor presidente ofreció resolver oportunamente este

gravísimo punto, reservándose sin duda meditarlo y acordar lo conveniente en junta de ministros.

Al dia siguiente en la noche, 10 de Febrero, el señor ministro de la guerra, el demócrata y recomendable general C. Miguel Blanco, tuvo la bondad de pasar á la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del ministerio de la guerra, en cuya nota quedaba resuelto definitivamente el punto objeto de la cuestion; pero no en el sentido que yo lo habia iniciado, sino en otro diametralmente opuesto; porque se prevenia en aquella, que los cuerpos de ejército de Oriente y Centro obráran independientemente uno del otro, no quedando por esto entre ellos otra liga, que las combinaciones acordadas y aprobadas mútua y previamente por los respectivos generales en jefe de ambos cuerpos de ejército.

Con la mayor pena leí la comunicacion de que me ocupo, pero no hice ni quise hacer ya la menor observacion respecto de su contenido, porque ya mi conciencia estaba enteramente tranquila, cuando habia hecho cuanto me aconsejaba la lealtad con que serví á mi patria y á mi gobierno, y cuanto me impusiera el deber en la posicion que ocupaba como soldado, y cuando habia hecho tambien cuanto pudiera hacerse en la órbita de mis facultades, á fin de que la República mexicana pudiera jugar, en contra de sus injustos invasores, de una manera simultánea, sin dificultad alguna y en la hora y punto que se creyera mas conveniente, todos sus elementos físicos.

Creí, pues, que solo me restaba, para cumplir mis deberes como soldado, prestar una ciega obediencia á las órdenes del supremo gobierno, y mas cuando tenia la conviccion, de que esas órdenes eran la espresion de la buena fé mas pura y del mas acendrado patriotismo. Asi lo hice, y me volví en union del señor general Comonfort, para Zaragoza, el dia 11 del mismo mes. El citado señor general se quedó en Tescmelucan, en cuya poblacion se encontraba la mayor parte de sus fuerzas.

Seame permitido manifestar al mismo supremo gobierno, por el digno y respetable conducto de V., hoy que ya sus órdenes quedaron cumplidas de una manera leal y caballerosa, cual corresponde á un ciudadano honrado, hoy que ya en el pasado solo vemos hechos sujetos á la calificacion de la opinion pública y bajo el dominio de la historia, y hoy que ya no tengo otros compromisos para con el mismo supremo gobierno, que narrarle con toda verdad los sucesos que han pasado, el resultado que han dado sus disposiciones, mi modo de ver la marcha de los sucesos por la posicion en que me hallaba, y aun los sentimientos mas íntimos de mi conciencia, á fin de que el mismo supremo gobierno, con la ilustracion y filosofía con que ha marcado los actos de su administracion, pueda aprovecharse de la historia de los acontecimientos que han tenido lugar, para bien de la nacion que ha puesto en sus manos su gloria y sus faustos destinos: repito que me sea permitido decir hoy que ya todo ha pasado, que la lectura de la orden á que me contraigo, destruyó una gran parte de las risueñas esperanzas que tenia respecto de la defensa de Zaragoza y del triunfo de nuestras armas, y que los hechos vinieron, en mi concepto, á realizar mis temores.

Yo no quiero decir con esto, que no tenia una alta idea del valor, aptitud y patriotismo del general en jefe del cuerpo de ejército del Centro y de sus dignos compañeros de armas; yo solo he querido decir, que faltaba la unidad en el mando, y que fraccionado el poder de la República, juzgaba por lo mismo débiles, como era natural, los elementos físicos que poseía para hacer frente al poder colosal de la Francia. Tampoco he querido decir, que el supremo gobierno, no obstante la ilustracion y acierto que ha tenido al tratar todos los negocios de su incumbencia, sufriera una equivocacion al dictar aquella orden: yo lo que he querido decir, señor ministro, es lo que me ha dictado mi conciencia que diga, cuando como soldado de una República democrática, doy cuenta de mis actos, respecto de asuntos de la mas alta importancia para la nacion, al gobierno honrado y justo de ella.

Yo he dicho, y repito de nuevo, que respeto las razones que tuvo presentes el supremo gobierno al dictar aquella orden que obedecí y fui exacto en cumplir, pero ese respeto no me impone el sacrificio, punible de mi parte si lo hiciera, de faltar á mi conciencia aun cuando lo que ésta me diga sea equivocado ó erróneo.

En atencion á lo que habia pasado me resolví ya de la manera mas absoluta y terminante, á salvar á toda costa y á trueque de los mas grandes y cruentos sacrificios, el honor del cuerpo de ejército de Oriente, á quien el supremo gobierno dispensaba tan justas y merecidas consideraciones, y cuyo cuerpo de ejército, compuesto de guardias nacionales ó de ciudadanos á quienes habian armado las circunstancias, habia puesto á mis órdenes; salvando con esto al mismo tiempo el buen nombre de México, y dejando así satisfechos los patrióticos y nobles sentimientos del gobierno, que ya me eran conocidos.

Esta amarga y silenciosa resolucion, me la arrancara la razon de ver diseminados y en distintas manos los elementos de guerra con que contaba México, y la conciencia que tenia formada por esa misma razon, de que se me tomara la plaza, y así se lo manifesté confidencial y reservadamente á los señores generales Mendoza y Paz, cuartel-maestre el primero y jefe de la artillería el segundo, y en cuyos oficiales generales reconozco y han reconocido los inteligentes un fondo no comun de conocimientos militares, científicos y prácticos; siendo, por los servicios y antecedentes de ambos, bien conocidos sus sentimientos patrióticos. Los dos generales aprobaron, con júbilo y como laudable, mi resolucion.

Para realizar ésta, para zanjar las dificultades que ella misma debia naturalmente presentarme en lo sucesivo, y para poner un dique á cualquiera otro proyecto que pudiera nacer de las circunstancias de la plaza creándose procélitos, por esas mismas circunstancias para embarazarme, quise arrancarle una prenda al cuerpo de ejército de mi mando, por medio de sus efes de mas alta graduacion, quise que me hiciera una solem-

ne promesa, que sería el símbolo de su patriotismo y de sus glorias, promesa que estaba muy seguro que me otorgaría, porque eran hombres de corazón los que me rodeaban.

Al efecto previne al mismo general cuartel-maestre, que reuniera en el palacio del gobierno y en las piezas de mi habitación, á los comandantes de la artillería é ingenieros, al general inspector del cuerpo de ejército, á los generales que mandaban divisiones y brigadas, así como á los coroneles encargados del mando de éstas últimas, sin decirle que motivaba ni que objeto tenía la reunion.

Verificada ésta, hablé á todos manifestándoles: que la lucha que México sostenía con una de las naciones mas poderosas del mundo, para no permitir que fueran conculcados sus mas preciosos derechos, tomaba de dia en dia formas mas gigantescas y colosales; que desgraciadamente algunos de los malos hijos de México se hallaban unidos á las huestes de la Francia, y que para que México sostuviera con decoro sus derechos y pudiera hacer el noble papel que le correspondía en la lucha á que tan injustamente se le había provocado, era necesario, absolutamente necesario, que los buenos mexicanos de que se formaba el cuerpo de ejército de Oriente, los que comprendían lo que importaba y valía el honor del suelo en que vieron la primera luz, se unieran haciendo á un lado resentimientos personales y de partidos, que siempre nacen y eran propios, no de la pequeñez de los hombres, sino de las situaciones graves y difíciles en que se colocaban muchas veces; que era necesario sacrificar en aras de la patria todo aquello que fuera pequeño y poco noble, todo aquello que tendiera á debilitar el poder de México; en suma, que era necesario que el cuerpo de ejército de Oriente fuera el eco fiel de los sentimientos nacionales, y que para que su voz fuera mas vigorosa y potente, debía ser una sola y llevarla su general en jefe, lo que daría tambien por resultado, que la accion de éste quedara mas espedita y pudiera fijar su atencion en solo los asuntos de la guerra.

El señor general cuartel-maestre tomó la palabra y hablando en nombre de los jefes que se hallaban presentes, en términos elocuentes y sentidos, me ofreció de la manera mas osplícita y solemne, que quedarian cumplidos mis deseos, por exigirlo así los intereses de la patria.

En seguida manifesté que aquella reunion tenía otro objeto, y era el principal. Dije que la guerra tenía azares que todos conocían, que por uno de ellos podía caer la plaza en poder del enemigo, que por uno de ellos podían sufrir un descalabro las tropas que tenía la honra de mandar, y que por uno de ellos podía ver la patria desvanecidas sus mas halagüeñas esperanzas respecto de la victoria, y que esto no podíamos evitarlo ni ponernos á cubierto de sus consecuencias, supuesto que esos mismos azares prosedían de las inmutables leyes de la naturaleza; pero que lo que sí podíamos salvar á pesar de nuestros mismos enemigos, fueran cuales fueren los sucesos, lo que no tenían poder para arrebatarlos ni aun los mismos acontecimientos, era el honor de México: y que para salvar éste, si la guerra se desgraciaba respecto de nosotros, si la fortuna no nos era propicia, yo contaba como coolaboradores con todos los hombres de corazón á quienes llamaba compañeros de armas, con todas las notabilidades democráticas que de puntos lejanos y atravesando centenares de leguas habían concurrido á Zaragoza, no en pos de comodidades ó empleos militares, sino en busca de rudas fatigas y de una tumba gloriosa; que á esos hombres, en quienes la nacion tenía cifrado su porvenir y que eran la columna de sus libertades públicas, yo los juzgaba capaces de todo lo grande, de todo lo que es capaz un pueblo cuando se trata de su honor, esto es, de los actos mas heróicos; que por lo mismo quería que, anticipadamente y de una manera solemne, levantáramos un monumento á las glorias de México, y que ese monumento consistiera en hacer todos una protesta que dejaríamos consignada y firmada en una acta, de defender cada uno de los señores generales y jefes los puntos que les encomendáramos, sin que importara algo para el cumplimiento de las consignas que

recibieran, si alguno ó algunos de esos puntos caian ó no en poder del enemigo, pues de lo que debian cuidarse era de defender cada uno honrosamente sus parapetos y reductos, aunque la ciudad quedara convertida en escombros, y no hubiera ya medio alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos encargados á su defensa, hasta caer muertos ó prisioneros en ellos; pues que estaba resuelto, porque así me lo aconsejaba el honor y el deber, á que si la fortuna no nos era favorable, no salvar de la plaza ni un cartucho ni un proyectil, ni un hombre ni un cañon, y á defender á la ciudad hasta en su último atrincheramiento, para que pudiéramos decirle en él al general del ejército invasor, cuando ya humanamente no nos fuera posible poder continuar la lucha: *No podemos ya defendernos; no te pedimos garantías; ven y ahórcanos si quieres.* Tales fueron mis palabras.

Al preguntar si se hacia la protesta, si se levantaba la acta, y si prestaban, no como soldados sino como ciudadanos, su aquiescencia para ello, todos se levantaron de una manera simultánea para aprobar cuanto habia dicho. No hubo discusiones, no hubo esplicaciones, no hubo objeciones de alguna especie: á mi incorrecto discurso solo sucedieron lágrimas, lo que me demostró que mis palabras no eran otra cosa, sino lo que formaba la conciencia de todos, lo que estaba en el sentimiento de todos.

Manifesté tambien: que aquella acta quedaria oculta mientras pasaban los sucesos que se esperaban en Zaragoza, para no desvirtuar su objeto, y para que ella misma testificara en lo sucesivo, cuales habian sido las resoluciones que se tomaron en las horas mas frias y glaciales de los acontecimientos, y dijera al gobierno supremo de que manera se habian cumplido sus órdenes y llenado sus deseos; y á la nacion, en que terminos habian comprendido sus hijos sus deberes, y como los habian llenado.

La base de mis proyectos estaba puesta ya. La fortuna me habia comenzado á sonreir para realizarlos.

Yo por un principio de noble orgullo y de amor propio, queria tener la honra de escribir aquel documento, donde el cuerpo de ejército de Oriente, por medio de sus jefes de alta graduacion, iba á dejar consignada una espresion de heroica y sublime abnegacion, un voto de austeridad militar y de patriotismo, y por lo mismo diferí aquel trabajo material de un dia para otro, y de este para aquel, hasta la llegada del ejército frances á la plaza, sin que el carácter urgente de la multitud de quehaceres que me rodeaban, me hubieran permitido llenar mi deseo en este punto. El documento, pues, no fué escrito materialmente, pero su contenido quedó consignado solemnemente en una protesta hecha por generales y jefes pundonorosos y escrito en el corazon de cada uno de ellos.

En el acto señalé los puntos que debian defender á cada uno de los jefes que mandaban divisiones y brigadas.

Encargué la defensa de la línea que quedaba comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia, ó sean 5 de Mayo, Guadalupe é Independencia, incluidos dichos fuertes, al señor general D. Felipe B. Berriozábal, que mandaba la primera division. El primero de los fuertes mencionados quedó á las inmediatas órdenes del señor general Hinojosa, el segundo á las del señor general Gayoso, y el tercero á las del señor general Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santanita y San Javier, ó sea el Demócrata é Iturbide incluidos estos últimos, la encargué al señor general D. Florencio Antillon, que mandaba la tercera division, quedando por entonces encargados tambien, del primero de dichos fuertes el señor coronel Macias, jefe de una de las brigadas de Guanajuato, y del segundo el señor general Rojo jefe de otra de las de Morelia.

La línea comprendida entre los fuertes del Carmen ó sea Hidalgo y Morelos, la encomendé al señor general D. Francisco Alatorre, que mandaba la cuarta division, quedando el primero de los fuertes referidos á las órdenes del señor general

Ghilardi, y el segundo á las del señor coronel, hoy general, D. Miguel Auza.

La línea comprendida entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, la dejé á las órdenes del ilustre y malogrado general D. Ignacio de la Llave que mandaba la quinta division, quedando encargado del primero de dichos fuertes el señor general Pinzon, y del segundo el señor general Patoni.

El señor general Mejía que mandaba una brigada suelta, estando á las inmediatas órdenes del cuartel general, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

El señor general D. Miguel Negrete, á cuyas órdenes se encontraba la segunda division, quedó formando con ella la reserva general del cuerpo de ejército.

Con justicia ó sin ella, pero mas bien como resultado de la agitacion en que se hallaban los ánimos y el estado de exageracion á que habia llegado el sentimiento pátrio respecto de la defensa de la plaza, existian fuertes diferencias entre el jefe del cuerpo de ingenieros coronel D. Joaquin Colombres, para quien oficialmente pedí al supremo gobierno el empleo de general de brigada, y los principales jefes del referido cuerpo de ejército. A consecuencia de esto tuve una conferencia reservada con el citado señor coronel, la que dió por resultado que ese científico y patriota jóven me dijera: que lo separara del mando del cuerpo de ingenieros, aunque la plaza se hallaba ya en vísperas de ser atacada, porque no queria interponer con su persona, que valia tan poco, la mas ligera dificultad al cuartel general, en momentos en que éste, por convenir asi al bien de la patria, debía alejar todo motivo de desunion, todo pretexto de discordia, para dejar que en el horizonte militar que iba á presentársenos, solo jugaran pasiones grandes y elevadas. Asi lo hice, separándolo de la comandancia del cuerpo de ingenieros para utilizar sus servicios en mi estado mayor.

Refiero este hecho, señor ministro, porque el ciudadano coronel Colombres se halla hoy fuera de la República, preso y

en un país extranjero, porque ese hecho, como otros muchos, quise dejarlo en la oscuridad para no herir susceptibilidades, y porque yo veo mas grandes á los hombres sobreponiéndose á sus propias pasiones, en bien de su patria y de sus semejantes, que presentándose al fuego y á la metralla enemiga.

Con el mas vehemente deseo de acertar, para corresponder así á la confianza que el magistrado supremo de la nacion me dispensara, y para no comprometer voluntariamente en lo mas mínimo los intereses del cuerpo de ejército que estaba á mis órdenes y por consecuencia de esto los de la nacion toda, habia pedido anticipadamente un plan de defensa que comprendiera todas las ideas generales compatibles al estado en que se hallaba la plaza, previendo, hasta donde fuera posible en el mismo plan, la actitud que pudiera tomar el enemigo.

Este documento lo recabé del señor general cuartel-maestre, por ser un deber de él mismo proporcionármelo. El señor general Mendoza, ademas de sus conocimientos militares, reúne otros locales respecto de la ciudad y sus alrededores, por ser oriundo de Zaragoza, que no poseía ningun otro general.

Otro documento de esta misma clase pedí reservadamente al señor coronel Colombres, para tener puntos de comparacion, y por medio de ellos, mas facilidad de indagar la verdad, ó lo mas conveniente en un asunto de tanta importancia.

La razon que tuve para dirigirme á este señor y no á algun otro de nuestros generales, fué la siguiente. Colombres es hijo de la ciudad de Zaragoza, ingeniero, y posee prácticamente conocimientos en el arte de la guerra. Fué ademas el que, mandando el cuerpo de ejército de Oriente el malogrado general Zaragoza, concibió el proyecto de fortificar la ciudad por medio de fuertes bastionados y aislados unos de otros, cuyo proyecto puso en ejecucion, prévia la orden del referido general en jefe, y la respectiva aprobacion del ciudadano presidente.

Cuando esos documentos se hallaban en mi poder, no quise discutir el contenido de ellos con sus autores, por creer-

lo así conveniente, no obstante haberlo solicitado ambos. El señor general Mendoza me entregó un apéndice ó sea complemento del primer plan que habia formulado, y que contenia algunos puntos importantes de que habia hecho omision en aquel.

Los demas trabajos científicos y estratégicos que requeria la plaza, se habian concluido ya: en ellos prestó muy importantes servicios el citado señor general cuartel-maestre y los ingenieros que trabajaron bajo su inspeccion, cuyos nombres no doy aquí por no recordarlos. Todos los documentos en que constan esos trabajos, se han salvado, y el supremo gobierno no podrá juzgar de su mucha ó poca importancia, sino cuando tenga la honra de remitírselos.

Creo tambien conveniente decir al supremo gobierno: que del plan de campaña que habia formado mi antecesor, el demócrata general Zaragoza, segun pude inferirlo por sus disposiciones prévias no porque respecto de ésto me dejara documento alguno, solo hice las variaciones siguientes.

1.º Abandonar el proyecto de defender las Cumbres de Aculcingo, que habian comenzado á fortificarse con parapetos pasagerísimos y de campaña, con solo el objeto de causar algunos males al enemigo. Este proyecto lo abandoné, porque con él iba á dársele á aquel una victoria, en cambio de algunos centenares de muertos que pudiéramos hacerle, aumentando en consecuencia la moral del ejército frances, todo lo que iba á disminuir la del nuestro.

2.º Reunir en la plaza de Zaragoza todos los elementos de guerra que estaban diseminados desde el Puente Nacional, hasta la fortaleza de Perote, y desde la fortaleza de Perote hasta el Palmar.

3.º Aumentar los fuertes que circumbalaban la plaza de Zaragoza con los que se levantaron, por mi órden un poco despues, y que llevaban los nombres de Zaragoza, Morelos y el Demócrata; cuyas modificaciones fueron tambien aprobadas por el supremo gobierno.

Los movimientos y aprestos que se notaban en fines de Febrero en el campo enemigo, indicaban ya con toda claridad que el dia del combate se aproximaba, y así se lo manifesté al ciudadano ministro de la guerra por medio de mensajes telegráficos. En vista de ésto, tuve una conferencia con el señor general Paz, comandante general de artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza, y tanto yo, como dicho señor, juzgamos ineficaces los que habia para llenar el objeto á que estaban destinados, por su poco número, y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

El señor general Paz, me dirigió una comunicacion, en la que me decia, el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba, de absoluta é imperiosa necesidad y con cuanta prontitud fuera posible, unos setecientos quintales de pólvora. Me decia tambien: que la manifestacion y pedido que me hacia, era para salvar la responsabilidad que pesaba sobre él mismo, en el caso desgraciado en que, por falta de parque, sufriera una derrota el cuerpo de ejército de Oriente.

A mi vez, porque era mi deber y porque quise tambien eximirme de toda responsabilidad, transcribí dicha comunicacion, con el carácter de muy reservada, al supremo gobierno, de la que obtuve la contestacion respectiva, ofreciéndoseme en ella, que se me remitirian oportunamente los elementos de guerra que pedia, y que para ello el gobierno estaba haciendo toda clase de sacrificios.

Efectivamente, yo soy el primero, señor ministro, en reconocer y admirar los esfuerzos hechos entonces por el supremo gobierno; mas la situacion en que se hallaba era en extremo difícil, y apenas podia satisfacer por lo mismo las mas imperiosas exigencias de aquella; y mas si se tiene en cuenta que todos nuestros elementos de guerra habian concluido en una lucha de cinco años, lucha que el pueblo mexicano sostuvo en defensa de sus derechos, contra las clases privilegiadas de nuestra sociedad.

No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero, en comision cerca del supremo gobierno, á los señores coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que le manifestáran de viva voz, la necesidad que habia de que se aumentáran el parque y los víveres con que contaba la plaza, y de que se sustituyeran los últimos, que se estaban consumiendo entonces, con algunas cantidades de numerario que se ministráran al ejército, para poder reservarlos y hacer uso de ellos en el asedio que probablemente sufriría la ciudad. La autoridad suprema atendió á mis comisionados, y ordenó que se remitieran con toda prontitud, las cantidades que necesitaban mis tropas para su manutencion: ofreciendo al mismo tiempo remitir oportunamente el parque y víveres que se pedían.

Sin destruir ni barrenar el pensamiento general que habia adoptado para la defensa de la plaza, permití á los señores generales encargados de las líneas y de los fuertes, así como al que habia encomendado el perímetro interior de la misma plaza, que se hicieran en los puntos, cuya defensa les correspondía, todas las obras de zapa que aun faltaban para que los fuertes tuvieran el poder y consistencia que se habia querido darles, que concluyeran y aun comenzáran á hacerse las abatidas y trampas al frente del saliente de los bastiones, y que bajo su inspeccion se aspilleráran todos los edificios que se hallaban cerca de los mismos fuertes y los que daban á la campaña alguno de sus frentes ó costados, para cuyas operaciones puse ingenieros á las órdenes de los referidos generales.

Me es grato y satisfactorio manifestar á V. que en esos trabajos hubo una emulacion patriótica entre unos y otros generales y jefes del cuerpo de ejército que mandaba, entre unos y otros oficiales, y aun entre unos y otros individuos de la clase de tropa. Todo esto era un ligero presagio de que los soldados de Oriente le consagraban á México, su sangre, su trabajo y cuanto valian.

El señor general Berriozábal trabajó con actividad y sin

descanso sobre los cerros, teniendo por coolaboradores á los generales que estaban á sus órdenes, lo mismo hicieron en sus respectivas líneas, y sin que el primero les aventajara en lo mas mínimo, los señores generales Antillon, Alatorre y Llave. El señor general Negrete con los generales Escobedo, Rioseco y Prieto, que mandaban las brigadas de su division, sobrepujó en esos mismos trabajos á las esperanzas del cuartel general: lo mismo hizo por su parte el señor general Mejía. Injusto seria si en este punto no hiciera una mención muy especial y honorífica del modesto cuanto valiente general Patoni.

En principios de Marzo, el señor presidente, acompañado de su ministro de relaciones, visitó la plaza de Zaragoza; ahí volví á manifestarle la urgencia que habia de que se me remitieran los elementos pedidos anticipadamente, y ahí volví á recibir nuevos ofrecimientos de que oportunamente se me harian los respectivos envios.

Por los mensajes telegráficos y comunicaciones reservadas que recibí del señor ministro de la guerra, supe que el supremo gobierno habia hacinado una gran parte de los elementos que necesitaba la plaza, que unos venian ya en camino y con direccion á ella, y que los otros se remitieron tambien un poco despues; pero los sucesos se precipitaron y ya no fué posible introducirlos á la ciudad para contar con ellos en su defensa.

Los viveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta dias, fundando el cálculo respecto de las últimas, sobre ataques fuertes y continuados á la plaza durante los citados treinta dias.

Este fué el término, segun lo que entendí, en que el supremo gobierno creyó que se resolvía la cuestion de armas, creencia de que participé yo tambien, fundándome en el brio y arrojo proverbial del ejército frances, y en la valentia y patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no sería otra que la destruccion de ambos ejércitos, porque juzgé que el invasor iba á atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada. Y si bien sus ataques y asaltos fueron llenos de enteresa y brio, retrocedió cuando

los hechos convencieron á sus generales que su ejército caminaba á un abismo, como lo demostraré en esta misma nota y en su lugar respectivo.

Los estados de fuerza, municiones y víveres que habia en la plaza, al comenzarse el asedio, existen en el ministerio de la guerra, y yo los acompañaria á este parté para comprobar mis aceberaciones, si pudiera disponer de ellos á la vez; pero me reservo hacerlo, cuando remita los demas documentos comprobantes de esta nota.

El enemigo ocupaba el día 15 de Marzo los puntos de Amozoc, Animas y Chachapan, que se hallan á pocas millas de la ciudad de Zaragoza, y cuyos puntos habia ocupado con el grueso de su ejército, batiéndose con nuestras caballerías, que dispuse vinieran á la vanguardia de aquel á una ó dos millas de distancia.

El 16, poco despues de las ocho de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, bien asegurados sus flancos y con todas las precauciones que aconseja el arte, avanzó hácia la plaza por el lado del Este. A los tres cuartos para las nueve de la mañana de ese mismo día, la cabeza de sus columnas tocaba los suburbios de la hacienda de los Alamos.

A las nueve, un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe, anunció á la plaza que estaba á sus puertas el ejército invasor. Poco despues ocupó los cerros de Amalúcan y las Navajas, que estaban á sus flancos, para apoyar en ellos sus movimientos, cuyos puntos comenzó á fortificar en el acto, sin que ántes ni despues de esta operacion le fueran disputados aquellos por nuestras fuerzas, por no convenir esto al plan de operaciones que me habia propuesto seguir.

Poco ántes de las once del día, el enemigo comenzó á prolongar su línea por su derecha, apoyada en el cerro de Amalúcan, y como intentando colocarse al norte de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

A la una de la tarde, la columna que protegió á la van-

guardia la prolongacion de la línea, hizo alto en la hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto quedó apoyada su derecha.

Cuatro horas despues, el enemigo desprendió de sus campamentos tres columnas con tiradores á su frente, y con direccion al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro en que se hallaba colocado aquel. Las columnas permanecieron hasta la entrada de la noche, en el punto en que hicieron alto.

Por si tuviera por objeto este movimiento descubrir el alcance del cañon de la plaza, mandé que éste permaneciera en silencio mientras el enemigo no hiciera un movimiento formal. La plaza continuaba con la mayor calma sus obras de zapa, teniendo las tropas que la guarnecian, colocado en pabellones, su armamento.

Durante la noche de ese día no ocurrió novedad alguna, y el enemigo permaneció en los puntos que ocupaba durante el día, sin avanzar su línea por su frente ni prolongarla por sus flancos.

De una manera detallada y minuciosa dí el parte al supremo gobierno de todo lo ocurrido la noche y día que dejo citados, por medio de mensajes telegráficos que remití, dándoles un carácter oficial. Esos documentos se publicaron en los diarios que entonces veían la luz en la capital de la República. [1]

[1] "Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

Señor ministro de la guerra.—El enemigo avanza hácia la plaza, con fuerzas de las tres armas.

Ya se acerca á la hacienda de los Alamos. Son los tres cuartos para las nueve de la mañana.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las nueve de la mañana.

Señor ministro de la guerra.—Son las nueve de la mañana y la fortaleza de Guadalupe anuncia con un cañonazo que el enemigo está al frente de la plaza.—Ortega."

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El enemigo se ha posesionado

A las primeras luces de la mañana del día 17 se dejaron ver por las lomas de la Uranga, las columnas del cuerpo de ejército del Centro que mandaba el señor general Comonfort, por cuyo punto indiqué á dicho señor general la noche anterior, que sería conveniente se situara, para envolver al enemigo por uno de sus flancos, en el caso de que atacara rudamente á los fuertes de Loreto y Guadalupe en columna cerrada, y sin mas apoyo que su arrojo, su artillería y sus bayonetas.

El enemigo durante ese día no hizo otra cosa que prolongar un poco mas su línea por su izquierda y derecha, apoyando su movimiento en fuertes columnas de las tres armas. Su marcha la ejecutó lenta y pausadamente y con todas las precauciones de guerra. La prolongación de la línea por su derecha no la comenzó á verificar sino en las últimas horas de la tarde, para ocultar sin duda el objeto de su movimiento. En la noche de ese mismo día di aviso al señor general Comonfort de los puntos que ocupaba el ejército francés.

La noche se pasó sin novedad.

de los cerros de Amalúcan y las Navajas, que se hallan frente al fuerte de Guadalupe: por el centro y camino real vienen avanzando hácia la plaza las columnas de infantería.

Fuerte de Guadalupe, á las diez de la mañana.—*Ortega.*"

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez y cincuenta minutos de la mañana.

Señor ministro de la guerra.

Van á ser las diez y media de la mañana.

El enemigo ha hecho alto, y parte de él toma como por su derecha volteando el cerro de Amalúcan, rumbo á la Malintzin.

El resto queda tendido en columnas sobre el camino real. Creo que ahí solo piensa establecer su campo, según lo que está indicando su movimiento, á menos de que en la tarde de hoy no avance y emprenda el ataque.

Toda la plaza está lista. La línea de los cerros, encargada á los generales Berriozábal, Gayoso, Díaz é Hinojosa, continúa en los trabajos de fortificación, con la mayor calma, teniendo al frente de las obras su armamento en pabellones.

Lo mismo dejé á la reserva general, al mando del general Negrete, en el centro de la plaza. Todo, pues, está en calma, pero todo preparado para resistir el ataque.—*Ortega.*"

Todo lo ocurrido en las veinticuatro horas anteriores, está bien circunstanciado en los mensajes telegráficos que remití al supremo gobierno, y que tambien he visto publicados en los diarios referidos. [2] (V. la pag. 33.)

El día 18 continuó su movimiento en los términos que lo hizo los días anteriores. A las doce del mismo día tocó el camino de México, cortando el alambre telegráfico que comunicaba á esta última ciudad con la de Zaragoza. Poco despues ocupó el cerro de San Juan, sin que se le disputara por fuerza alguna de las nuestras, porque aquel punto no habia sido fortificado, y se encontraba por lo mismo, abandonado enteramente; pues si bien dicho cerro es una posicion ventajosa por su proporcionada elevacion y por hallarse un poco avanzado de los suburbios del Oeste de la ciudad, no era posible su defensa, porque para hacerla con buen éxito, era necesario constituirlo en una fortaleza aislada é independiente de la plaza, y con todos los elementos necesarios para su defensa, y la plaza apenas tenia el número de tropas absolutamente indispensable para cubrir su recinto.

"Fuerte de Guadalupe, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y cuarenta y cinco minutos del día.—Señor ministro de la guerra.—Fuerte de Guadalupe, á las doce y diez y seis minutos.—El enemigo está estableciendo su campamento sobre el camino real de Amozoc, á media legua de la garita y fuera de nuestros tiros de cañon; otro grueso de sus fuerzas corona, como le dije á V., el cerro de las Navajas, izquierda de su campo: otro está á su derecha en el cerro de Amalúcan, y continúa prolongando su línea á la derecha del mismo cerro, é izquierda nuestra, como colocándose al frente y por el Norte de las fortalezas de Guadalupe y Loreto.

Solo estoy inspeccionando ver cual es el punto en que el enemigo apoya su derecha, para bajar á la ciudad en union de los señores generales Mendoza y Paz, que los traigo á mi lado, á uno como cuartel-maestre y á otro como comandante general de artillería, para lo que se me ofrezca. El Sr. general Berriozábal queda en este fuerte, y él mismo me transmitirá por el telégrafo al centro de la plaza, todo lo que ocurra. Los demas generales en sus respectivas líneas.—*Ortega.*"

Antes de que los franceses ocuparan el citado cerro, y aun despues de haberlo ocupado, algunos de nuestros guerrilleros hostilizaban tenazmente la vanguardia de aquellos, á cuya hostilizacion contestaron con algunos tiros de cañon disparados de la cima del cerro mencionado.

Los días 19 y 20, el enemigo continuó reconcentrando sus fuerzas y elementos de guerra, sobre el citado cerro de San Juan y caminos de México y Tlaxcala, no habiendo ocurrido en dichos dias mas novedad, que algunas ligeras escaramusas habidas entre las avanzadas de uno y otro ejército.

El día 20, las fuerzas que mandaba el señor general Comonfort volvieron á aproximarse á las lomas de la Uranga con direccion al puente de México, y aun se oyeron en la plaza por aquel rumbo, algunos disparos de cañon.

El 21, decia en carta particular al señor general Comonfort, lo siguiente, cuyo contenido ratifico ahora en todas sus partes.

"Fuerte de Guadalupe, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á la una y veinticinco minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—Es la una de la tarde, estoy en la oficina del telégrafo del pie del cerro de Guadalupe, y marché para el centro de la plaza.—El enemigo apoyó al fin su derecha en un grueso de infantería situada en la hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto estan colocando sus tiendas. Hasta esta hora el ataque está anunciado sobre los cerros; mas no es remoto que en la noche me cambien el campo, y al amanecer me ataquen uno de los flancos de la plaza. De todo estaré pendiente, y si en la noche observe algun movimiento oculto del enemigo, no se lo comunicaré á V. hasta que lo crea conveniente. He retirado nuestras caballerías del frente del enemigo.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863, á las tres y cincuenta minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general Berriozábal por el telégrafo del cerro, me dice lo siguiente:

"Nuestra primera brigada de caballería entra á la garita de los Remedios. Una gruesa columna del enemigo, se presenta por todo el camino á la falda de Amalúcan; creo que vendrá á acampar entre este cerro y la hacienda de los Alamos. Daré á V. aviso de lo que haga dicha columna. En los fuertes de mi línea no ocurre novedad.—Ortega."

"Mi querido amigo y compañero.—Los generales Carbajal y Rivera con las brigadas que mandan, saldrán dentro de una ó dos horas de esta plaza, rompiendo, si es necesario, la débil línea que tiene el ejército invasor frente á nuestros fuertes. El objeto de la comision que hé dado á dichos generales, ellos mismos podrán manifestarlo á vd. verbalmente. Le mando á vd. una coleccion de los boletines que se han publicado en esta plaza, faltando solo el que verá la luz dentro de pocas horas, y que tendrá algun interes por mencionarse en él los sucesos que han tenido lugar la tarde de hoy. En unas cuantas líneas se los referiré. El enemigo no ha hecho obras de zapa para colocar sus baterías, hasta la tarde de hoy que comenzó una obra frente á Totimchuacan y á mucha distancia de la plaza; pero poco despues de haber comenzado sus trabajos, el fuerte de Ingenieros desbarató con sus tiros de cañon la columna que los apoyaba, teniendo que hacer fuego en seguida sobre los trabajadores. A la misma hora que esto pasaba por Ingenieros, los fuertes de Guadalupe, Loreto y Santa Anita, ó sea 5 de Mayo y Democrata, rompian tambien sus fuegos de cañon sobre la línea que el enemigo habia formado por un camino mas inmediato á dichos fuertes, para proteger un gran convoy de carros que traía de Amalúcan para el cerro de S.

"Recibido en México á las tres y cincuenta y cinco minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

"La columna enemiga que participé á V. se habia presentado á nuestro frente, ha acampado á derecha é izquierda del camino real, en la salida de Amalúcan.—Ortega."

"A las cuatro de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Acaba de darme parte el general O' Horan, que un zuavo se ha desprendido del ejército invasor, y protegido por una ligera barranca, se ha venido á nuestro campamento; una partida de traidores lo persiguió para lazarlo, pero nuestro cuerpo de exploradores lo protegió oportunamente.—Ortega."

"Puebla Marzo 16 de 1863, á las cuatro y cinco minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Ha entrado á esta plaza el primer batallon de Tlaxcala. Lo he agregado á la division que

Juan. Esto produjo una grande alarma en todo el campamento enemigo, el que se puso en el acto listo y sobre las armas. El último de los mencionados fuertes hizo con tanto acierto sus tiros, que una columna que se dirigía hácia él, como para amagarlo á una gran distancia, la desbarató á los diez ó doce tiros, haciéndole algunos muertos. El enemigo tuvo que diseminar la columna en guerrillas y tiradores, y hacer que echaran pecho á tierra para proteger el paso del convoy. El campamento de Amalúcan lo están trasladando para la línea del cerro de San Juan, en cuyo punto, como le he dicho á vd., están haciendo los invasores, la reconcentraci6n de su fuerza. Le suplico á vd. trasmita al ciudadano ministro de la guerra, el contenido de esta carta, que va escrita de mi puño, como la anterior, para que no dude vd. de su autenticidad. Diariamente le he escrito una carta: dígame vd. si las ha recibido. La confianza y la moral del cuerpo de ejército que defiende la plaza, no pueden ser mejores. Continuamos los trabajos de fortificaci6n sin descanso. Todos los generales encargados de las líneas exteriores y perímetro interior, los encargados de las reservas, como son los generales Negrete y Prieto, trabajan de dia y noche."

Hasta aqui la carta que cito.

manda el general la Llave. Los batallones de Huauchinango los he agregado á la brigada del general Mejía, y uno de ellos á la divisi6n del general Berriozábal.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las cuatro y siete minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

"A las tres de la tarde, una partida del enemigo que ocupaba el cerro de las Navajas, ha bajado y ocupa la cresta del de Amalúcan y la hacienda de los Alamos.—Ortega."

"A las cinco y doce minutos de la tarde.—Señor ministro de la guerra.—En este momento que son las cinco y diez minutos, me comunica el general Berriozábal que se dirigen tres columnas del enemigo sobre el cerro de Guadalupe.—Yo salgo en el acto para ese punto á disponer lo conveniente.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido á las seis y treinta minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Las tres columnas de infantería de que me habló el señor general Berriozábal,

Los generales Carbajal y Rivera con las dos brigadas de caballería que mandaban, salieron de Zaragoza la noche del mismo dia 21, con el único y esclusivo objeto de proporcionar víveres á la plaza, porque creí que ninguna otra persona podia interesarse mas por la conservaci6n del cuerpo de ejército de Oriente, que los militares que pertenecian al mismo. Al efecto dí las órdenes correspondientes á los referidos generales, conviniendo con ellos las señas, contraseñas y términos que debian servirnos para hacer las introducciones de víveres oportunamente; porque creí tambien que aquellos dias, que eran los primeros del sitio, eran igualmente los mas á propósito para acometer y realizar aquella empresa.

De todo esto dí el aviso correspondiente al señor general Comonfort y al supremo gobierno; suplicando á este último, que aquellas fuerzas, aunque iban á quedar fuera de la plaza, se sirviera dejarlas á mis órdenes, y formando, como hasta entonces, parte del cuerpo de ejército de Oriente, para poder realizar con ellas los proyectos que me firmara para la conservaci6n de la ciudad.

han hecho alto al frente de Guadalupe y á tiro de cañ6n del mismo fuerte, pero tiro perdido. Al frente estoy sobre el cerro observándolo todo con la vista natural. Se trabó un ligero tiroteo entre nuestra avanzada y la enemiga.—Ortega."

"Recibido á las seis y treinta y cinco minutos de la tarde. Ciudadano ministro de la guerra.—En este momento me comunica el general Aureliano Rivera, que todas las fuerzas del enemigo, que estaban en Tlaxcala y Huamantla, avanzan sobre esta plaza.—Ortega."

"Recibido en México á las siete y veinticinco minutos de la noche.—Sr. ministro de la guerra.—Las columnas volvieron á hacer alto. Ya me vine del cerro y me encuentro en el centro de la plaza. Todo está quieto á esta hora. Son las siete de la noche. El general Berriozábal quedó sobre el cerro. Voy á mandar exploradores en todas direcciones para observar si el enemigo cambia su campo ó intenta atacarme por otro rumbo.—Recibí las libranzas.—Ortega."

Puebla Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las once de la noche.—Señor ministro de la guerra.—Son las ocho y diez minu-

Cuatro ó cinco dias despues, recibí una comunicacion de l mismo supremo gobierno, en que se me prevenia diera órden á los mencionados generales, para que quedaran agregados, con sus respectivas brigadas, al cuerpo de ejército del Centro: manifestándoseme tambien en dicha comunicacion, que no tuviera cuidado alguno por lo relativo á víveres, porque estos debia de introducirlos, como era de su deber y se le habia prevenido, el referido señor general Comonfort.

Di en el acto la órden que se me mandaba, aunque con alguna pena, no porque no esperara mucho de aquel general, sino porque, como he dicho ya, no habia unidad de mando, y no podia por lo mismo haberla de accion, y el cuerpo de ejército de Oriente, que era sobre el único que yo ejercia mando, se debilitaba con esta medida.

Ha llegado á mis manos un impreso publicado en Paris, cuyo contenido han reproducido despues los periódicos de la República. En él aparece un diario que abraza los primeros dias de las operaciones militares sobre Puebla de Zaragoza, cuyo diario está escrito por el general Forey. En ese documen-

tos de la noche.—Todo en silencio, y no ocurre novedad. En los mismos términos me dá parte el general Berriozábal y los demas generales encargados de las otras líneas. Acaba de llegar un desertor frances, y los informes que me dá parece que son exactos. Dice que Forey aun no está en el campo, que se quedó en Amozoc, y que avanzará hasta mañana con toda la artillería de sitio: que falta una division en el campo, que se quedó en dicho pueblo de Amozoc: que las piezas de sitio que trae el enemigo son ochenta y ademas doce morteros; que la dotacion de esas piezas son quinientos tiros para cada una: que no sabe el número de tiros de fusil que trae, ni aproximadamente: que los carros son trecientos, y que muchos de ellos vienen cargados de cestones; que respecto del ataque, desconfia del buen éxito una parte del ejército. Dice tambien, que segun ha oido decir, cargarán toda la fuerza y artillería sobre un solo fuerte, y que si no pueden tomarlo, establecerán en seguida un sitio. Agrega que el ejército frances es de treinta mil hombres, lo que le queda útil, y ademas los traidores: que la fuerza que está al frente de Guadalupe se compone de ocho mil hombres, y de igual número la que

to se dice, ó se da á entender: que el general Carbajal se dejó encerrar, tal vez contra su voluntad, en el cerco que el ejército frances puso á la plaza.

Esta, señor ministro, es una inesacta y equivocada apreciacion del general Forey. Los generales Carbajal y Rivera con sus brigadas, lo mismo que el general O' Horan, con la division de caballería que mandaba, *no se han dejado encerrar en la plaza de Zaragoza*, sino que para quedarse en ella han recibido de mi parte una órden espresa; pues la permanencia de dichas fuerzas en aquella ciudad, en los primeros dias del sitio, formaba parte de mi plan de defensa, en atencion á que esperaba, no un sitio formal, sino un ataque rudo por alguno de los puntos no fortificados de la ciudad, y quise que las caballerías, en uno de estos casos, me sirvieran para resolver la cuestion sobre la llanura, y no quedar espuesto á que me aconteciera lo que á los señores generales Berriozábal y Negrete, el cinco de Mayo sobre los cerros de Guadalupe y Loreto, quienes despues de haber rechazado y desbaratado á las columnas francesas, no tuvieron una fuerza de caballería con que haber confirmado

está tambien al frente de Guadalupe por el camino de Amozoc. El desertor es artillero. Sale en la diligencia de mañana. El comandante militar de Tepeaca me dice, que el enemigo ha desocupado aquella poblacion, y que todo el dia han estado pasando fuerzas de Acatzingo para Amozoc.—*Ortega.*"

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las once y treinta minutos de la noche.—Señor ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro lo siguiente:

"Ya tengo enteramente establecidas mis líneas. No hay noticia del enemigo, ni se nota movimiento alguno.—*Ortega.*"

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y veinte minutos de la noche.—Son las doce de la noche: la lluvia que cae algo copiosa apaga el gran número de fogatas que el enemigo tenia. Sin mas novedad.—*Ortega.*"

"Puebla Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—Son las cinco de la mañana y no ocurre novedad. Lo mas de la noche ha llovido: entiendo

su triunfo de una manera absoluta, lanceando y aprisionando esas mismas columnas en medio de la confusion que produjera su huida. Recuerdo que en una conferencia muy privada y confidencial que tuve en México con el ciudadano president, le comuniqué lo que dejo espuesto, como que formaba parte del plan de defensa que habia adoptado.

Digo á V. ésto, señor ministro, porque el impreso referido debe haber llegado á manos del supremo gobierno, y ademas, para dar al hecho citado su verdadera apreciacion.

Los dias 22, 23, 24, 25 y 26 tuvieron lugar los sucesos que referí en cartas particulares remitidas al señor general Comonfort, y en una comunicacion oficial dirigida al señor ministro de la guerra; y aunque al tener lugar aquellos acontecimientos, lo tuvieron tambien algunos episodios interesantísimos, no narro estos por falta de datos, y por no esponerme á sufrir una equivocacion respecto de los detalles ó circunstancias de esos mismos sucesos.

Los documentos á que me refiero, y cuyo contenido ratifico tambien, son los siguientes.

que al esclarecer se romperan los fuegos. Al poner este parte, se comienzan á oír cañonazos en Guadalupe, si bien por el telégrafo de aquel punto no recibo parte alguno. Me voy para el cerro, y de allá comunicaré á vd. lo que haya de mas importancia. El mayor general de infantería acaba de venir del campo; me da parte de que se sintió hace pocas horas ruido de tropa y carruajes por el rumbo de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros. Tambien el general Berriozábal me dió parte hace pocas horas, de que el enemigo habia apagado completamente todas las fogatas que tenia en sus campos de Manzanilla y Amalúca. Si el enemigo cambia su campo, todo está previsto por nuestra parte.—Ortega."

"Puebla Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis y diez minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El Sr. general Mendoza me avisa que no hay novedad en la línea de Oriente, y que los cañonazos que se han oído han sido para saludar á nuestro pabellon al izarse en los fuertes. Este parte lo recibí despues de darle á vd. mi anterior.—Ortega."

"Comienzo por decirle á vd. que hace tres dias no le he escrito porque no he tenido tiempo y que esta carta, así como las anteriores, van de mi puño para que no desconfie de su autenticidad.

El enemigo se decidió por fin á atacar á Puebla, pero no cargando á la bayoneta ni en columna cerrada sobre nuestro ejército, como se decia, sino haciéndonos todos los honores de un sitio en forma, y consultando en él todas las reglas que prescribe el arte.

Desde hace tres dias se rompieron los fuegos de cañon por una y otra parte, si bien de una manera lenta y floja; luego continuaron, con una poca mas de actividad, y muy especialmente por nuestra parte con el objeto de impedir que el enemigo situara sus baterías. En la tarde, el mismo enemigo comenzó á arrojar bombas desde la garita de México, sobre los fuertes de Iturbide y de Morelos, ó sea San Javier y el Parral, que le fueron contestadas en el acto por nuestros morteros, dando esto por resultado, que se le impidiera todo trabajo durante el dia. Siguió el fuego de cañon en la noche de una manera poco activa. Hoy han continuado las bombas de una y otra parte, lo mismo que el fuego de cañon y el de rifle de los cazadores del enemigo y nuestros rifles, pues dispuse que entraran ochenta de es-

(2) "Fuerte de Guadalupe, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las nueve y diez minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—Son las ocho y media de la mañana, hera en que bajo del cerro de Guadalupe. El enemigo retiró desde anoche unas columnas que habia colocado al frente de los cerros. Sus campamentos, que están unidos, permanecen quietos, y no se ve en ellos movimiento alguno que indique un apresto para el ataque. Está el mismo enemigo atrincherando la cúspide del cerro de Amalúca, y se percibe, aunque no con mucha claridad, algunos otros trabajos de zapa en sus campamentos de izquierda y derecha. El movimiento ó ruido que se observó á la madrugada por el frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros y de que dí ávd. parte, fué producido por nuestra fuerza de caballería que circunvalava la ciudad, y que recorria de fuerte á fuerte despues de la lluvia, para observar si el enemigo habia hecho movimiento alguno.

El Sr. general Comonfort aceptó de una manera patriótica la indicacion que le hice, y colocó sus fuerzas en el punto que le manifesté, dejándose ver las columnas que formansu línea de batalla al frente

tos pertenecientes á la legion del Norte, al fuerte de San Javier, y que el coronel Auza, que defiende el de Morelos, colocara rifleros del 5.º batallon de Zacatecas por todas las sinuosidades del terreno, fuera de las murallas y cerca del enemigo. Hemos tenido pocos muertos y heridos; el invasor ha sufrido mucho mas; todos los puntos que habia ocupado hasta ayer, ha tenido que abandonarlos, al ser rechazado por nuestros rifleros, que salieron de los fuertes. Las avanzadas del coronel Auza han desalojado á las del enemigo, que han querido apoderarse de Santiago.

Lo mismo han hecho las de Morelia con las que han llegado á San Matías, y las de Guanajuato con las avanzadas y tiradores que han querido posesionarse de las sinuosidades del terreno, que están por uno de los flancos de aquel fuerte. Ayer una fuerza de Durango desalojó á otra francesa de Agua-Azul. Murieron algunos zua- vos, y tres de ellos tiraron los rifles, que recogió nuestra fuerza. Los invasores están obrando con mucha cordura y sensatez, esto es, con la que se obra cuando se tiene que batir á un ejército disciplinado. Hoy se apoderaron de algunas casas de San Matías, y fueron desalo-

del campo enemigo, á las primeras luces de la mañana; mi deseo, pues, en esta parte quedó satisfecho.

El enemigo, que creí que en la noche colocaria sus baterías para batirnos los fuertes, nada hizo, enidándo solo de asegurarse. Ya les manifiesto á las fuerzas del señor general Comonfort, el punto en que deben situarse para que coadyuven á la realizacion de mi plan. El enemigo toma muchas precauciones, pero todas ellas me indican que nos respeta ó que no tiene fé en el buen éxito del ataque. Marcho, pues, al centro de la plaza. El señor general Berriozábal queda sobre el cerro para dar aviso de los movimientos del enemigo. No hay mas novedad.—Ortega."

"Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—Señor ministro de la guerra.— Son las nueve y media de la mañana, hera en que me dice el general Berriozábal desde el cerro de Guadalupe, lo siguiente:

"Fuerte trozo de caballería é infantería enemiga se desprende del camino real para el cerro del Tepozúchil, que está al frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros."

jados por nuestra artillería tres horas despues, cayendo las casas mas que de prisa. Puede vd. manifestar al supremo gobierno, que si se pierde esta ciudad por uno de tantos azares que tiene la guerra, solo quedará en poder del enemigo un monton de escombros, porque sus defensores están resueltos á defender los fuertes que se enenentran en los suburbios de la poblacion, y si estos se pierden, cada una de las casas y edificios de aquella. Dígale vd. tambien, que no admite esto como una fanfarronada, sino como la espresion mas sincera de este cuerpo de ejército.

Mucho, muchísimo, me han servido los señores generales Mendoza y Paz.

Estamos muy bien respecto de moral y de confianza: todo el comercio está abierto, no obstante los fuegos nutridos de una y otra parte.

Se capturó un sargento mexicano, y he mandado que se le ponga una marea de traidor en la cara, y que quede en libertad. La nacion necesita conocer á sus buenos y á sus malos hijos.

Marzo 25 á las ocho de la mañana.—No se fué el correo anoche, y continuó esta para decirle lo que ha ocurrido de mas importancia en

"Trascribolo á vd. para su conocimiento.—Ortega.—Recibido á las 9 y 45 minutos de la mañana."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las 10 y 46 minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El comandante del fuerte de Ingenieros me da el parte siguiente:

"En este momento que son las nueve y cuarto de la mañana, está pasando sobre la loma que queda tras el cerro del Tepozúchil, una fuerza considerable de las tres armas. La artillería es de montaña, y la caballería parece ser de traidores, porque llevan lanza y bandera." Trascribolo á vd. para su conocimiento.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las 10 y 45 minutos de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

"A las 9 y 45 minutos de la mañana.—La fuerza que subió al cerro del Tepozúchil permanece en su cima, como en observacion, ó gran guardia del flanco izquierdo del campamento enemigo. Ni en el camino real ni en el resto del referido campamento, se nota movimiento importante."—Ortega."

las doce horas transecurridas. El fuego durante la noche ha sido nutrido. Me acaban de decir ahora que son las ocho de la noche, que el enemigo se prepara para atacar la plaza. Voy á prepararme yo para la defensa. Vi el tiroteo que tuvo vd. hoy con el enemigo, y lo bien puestas que dejó nuestras armas.

Día 26 á las nueve de la mañana.—No salió el correo, y por lo mismo le pongo por tercer apéndice estas líneas. Anoche á las once de ella, el enemigo tenía formada una fuerte columna protegida por su paralela: avisado de ésto, así como de que en todo el campo de los invasores se notaba cierto movimiento que indicaba un asalto, me preparé de modo que el enemigo sufriera una sorpresa, y mandé en el acto romper el fuego para explorar su campo: fuego que él contestó de una manera vigorosa y activa hasta esta hora que son las nueve de la mañana.

El centro de la ciudad y su parte occidental, están sufriendo ya el bombardeo. La moral de nuestro ejército está bien, muy bien. En la noche anterior y parte de este día hemos tenido algunas desgracias, poquísimas si se atiende al fuego que ha habido."

Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á la una y 5 minutos de la mañana.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice, por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

"A las 12 y 15 minutos de la mañana.—No hay novedad en nuestra línea. Los campamentos del enemigo han sido reforzados considerablemente, tanto el de Manzanilla, como los de Amalúcan y los Alamos. Una pequeña fuerza avanza del camino real hacia las ruinas donde estableció su primer campamento el ejército invasor el 5 de Mayo."

Los jefes de las otras líneas, dan parte sin novedad. El general Rivera acaba de llegar y de hablar conmigo, y me dice que por el rumbo de Nopalúcan y Huamantla no han quedado ni franceses ni traidores, pues que todos se han reconcentrado hacia Puebla.—*Ortega.*"

Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las cinco de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Son las cuatro de la tarde y no ocurre novedad: el enemigo continúa en su campo sin hacer movimiento alguno. En esta misma hora mando al general cuartel-maest-

"Ciudadano ministro de la guerra.—El enemigo acaba de sufrir un fuerte descalabro por el valiente ejército que tengo la honra de mandar.

Durante el día, con sus bombas y fuegos nutridos de cañon, logró destruirnos parte del fuerte de San Javier, y entre ocho y nueve de la noche de hoy, ha desprendido de sus paralelas unas columnas de ataque, y asaltó dicho fuerte, cuyas columnas fueron rechazadas y destruidas en menos de una hora, por nuestros valientes; en el concepto de que para obtener este triunfo, no tuve necesidad de hacer uso de una sola de las siete brigadas de infantería que tengo de reserva.

Mañana daré á vd. algunos detalles sobre este importante hecho de armas, limitándome por ahora á decirle: que el asalto lo resistieron los bizarros batallones, mandados por sus dignos jefes, 2.º y 6.º de Guanajuato, auxiliados por el flanco derecho y fuera de la muralla, por el batallon de riferos, y por el flanco izquierdo y los redientes de Morelos, por los batallones 3.º, 4.º y 5.º de Zacatecas, mandados por el bravo ciudadano coronel Miguel Auza.

tre que observe los puntos en que el enemigo sitúa sus grandes guardias. El general Gayoso me acaba de decir desde el fuerte de Guadalupe y en nombre del general Berriozábal: que el enemigo está situando otro campamento en la hacienda de los Alamos con las fuerzas que han llegado de Amozoc: me dice tambien, que la fuerza que está en el cerro del Tepozúchil, ha subido piezas de artillería al mismo cerro. Además del general cuartel-maestre, mando exploradores que observen é inspeccionen de cerca el cerro referido, aunque estoy casi cierto de que han de haber reforzado la gran guardia que está en dicho cerro con algunas piezas de mantaña rayadas, pues de otra manera no pueden asegurar los invasores el centro de su campo.—*Ortega.*"

Puebla Marzo 17 de 1863.—Recibido á las 5 y 30 minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general Gayoso me dice lo siguiente:

"Noto movimiento del enemigo, acampado en la Manzanilla. Doy conocimiento al general Berriozábal que salió á reconocer la línea."

La línea atacada la mandaban los valientes generales C. Florencio Antillon y su segundo C. Francisco Lamadrid, y la que auxilió el no menos valiente y modesto general Alatorre.

El jefe que mandaba el fuerte que fué atacado, es el valiente y pundonoroso joven C. Bernardo Smith, á quien encargué su defensa pocas horas ántes de que fuese intentado el asalto, y en el acto que prevé éste. En el fuego y bombardeo que se ha sostenido en el día y en la brillante jornada de esta noche, la mencion mas especial y honorífica pertenece á la artillería por justicia.

Como desde á las seis de la tarde prevé el ataque, dispuse que cuatro baterías de la reserva general, tres de Zacatecas y una de Veracruz, se situaran convenientemente, para que á la hora del asalto y con una ligera marcha, se colocaran *en camparaso* envolviendo los dos flancos del enemigo. Esta orden fué tan bien ejecutada por los generales Paz y García, que minutos despues de haberse roto los fuegos de fusilería, el enemigo estaba envuelto por el de nuestros cañones, que sostenían al mismo tiempo los fuertes mandados por el general Ghilardi y coronel Auza.

Pocos momentos despues me dice el general Berriozábal lo siguiente:

"A las cuatro y media de la tarde. Hasta este momento toda la derecha del campamento enemigo de la Manzanilla, ha levantado sus tiendas y hace movimiento házia el cerro de la Resurreccion. En nuestra línea no tiene vd. novedad y estamos listos."

No hay mas novedad y me voy en este momento para el cerro.—*Ortega.*"

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las 7 y 45 minutos de la noche.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice á las seis de la tarde lo siguiente:

"Segun el movimiento del campamento enemigo que estaba á la izquierda de la Manzanilla, la vanguardia ha pasado ya como legua y media de la Resurreccion, y van con rumba á San Aparicio y á San Pablo del Monte."

En nuestras líneas no hay novedad.—*Ortega.*

"Puebla Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las nueve y doce minutos de la noche.—Ciudadano ministro de la guerra.—Aca-

Las dos baterías de Zacatecas que se colocaron por la derecha de los fuertes se encargó de dirigir las el bravo general Negrete, cuyos deseos llenó satisfactoriamente el jefe nato de ella, C. Isidoro Santelices. En éste como en todos los trabajos que están á mi cargo, me han servido muchísimo los conocimientos locales, instruccion y valor de los generales cuartel-maestre C. J. M. Gonzalez Mendoza, y comandante general de artillería C. Francisco Paz.

Sírvase vd. poner lo espuesto en conocimiento del ciudadano presidente de la República, y felicitarlo á nombre del cuerpo de ejército de Oriente.—*Ortega.*"

"Aumento.—El enemigo hizo sufrir mucho hoy á las familias inocentes de esta ciudad, por las bombas que estuvo arrojando al centro de ella. Se me pasaba decir á vd. que en la noche de hoy, habremos tenido, entre muertos y heridos por nuestra parte, el insignificante número de sesenta hombres."

Hasta aquí los documentos que cito.

bó de llegar del cerro, donde estuve mirando la marcha que hizo la fuerza enemiga de que me habló el Sr. general Berriozábal. A las seis y veinte minutos de la tarde, la cabeza de la línea iba llegando al pueblo de San Aparicio y su retaguardia tocaba la Resurreccion, si bien la línea era sumamente débil, y se conocía que el objeto del enemigo era aparentar que marchaba mucha fuerza.

A la hora referida faltó la luz, y ya no pudieron distinguirse los objetos ni observarse si la fuerza se quedaba en San Aparicio ó si pasaba para San Pablo del Monte. Parece que la fuerza mencionada no llevaba trenes de artillería. Su número, segun la opinion de los generales Berriozábal, Gayoso y Díaz, que la vieron desfilar desde el principio y con la buena luz de la tarde, se compone de cuatro á cinco mil hombres.

Ya doy aviso á la vanguardia del cuerpo de ejército del Centro y al Sr. general Comonfort, de este movimiento del enemigo. No ocurre mas novedad, y son las siete y media de la noche. Un fuerte campamento quedó en la Manzanilla al frente de Guadalupe.—*Ortega.*"

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las nueve y treinta minutos de la noche.—C. ministro de la guerra.—El Sr. general Berriozábal me dice lo siguiente:

"No hay novedad en mi línea, y en la del enemigo se ven encendidas las fogatas de los campamentos de los Alamos, las Navajas,

Tengo que hacer una advertencia. En el diario á que me refiero y que tiene un carácter oficial por ser dirigido al emperador de los franceses por el general Forey, se trata, de una manera ingeniosa, de desfigurar los hechos acaecidos el 26 de Marzo en la noche, diciendo: que la plaza creyó por tropas agresoras á los trabajadores, que iban á abrir la tercera paralela, y que, segun el mismo diario, se componian de dos mil zapadores.

La plaza tenia, como era natural, exploradores y centinelas avanzados y perdidos, para inspeccionar de cerca los movimientos del enemigo. Así es, que tuvo todos los medios para descubrir y apreciar el objeto de los movimientos y ataques del mismo enemigo, y mas cuando aquellos se descubrian por sus propios resultados.

No fueron, pues, trabajadores los que los franceses lanzaron sobre el fuerte de San Javier, sino gruesas columnas perfectamente armadas para asaltarlo. La poca resistencia que interpusieron esas columnas, porque no podian hacer otra cosa una vez que se vieron envueltas en la llanura por

Amalúcan y Manzanilla. En San Aparicio solo se distinguen hasta este momento dos fogatas, lo que me hace creer que la fuerza que de la Manzanilla se movió esta tarde, ha hecho alto en dicho pueblo, pero que no acaba de establecer su campamento, y por eso tal vez no enciende sus fogatas; si así no lo hace, lo avisaré á vd., pues entiendo que en este caso pretende ocultarse para hacer otro movimiento." Y lo trascibo á vd., para su inteligencia.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las doce y cincuenta y cinco minutos de la noche.—C. ministro de la guerra.—Van á ser las diez de la noche, hora en que me dice el general Berriozábal por el telégrafo, y desde Guadalupe, lo siguiente:

"No hay novedad en esta línea. En San Aparicio han aparecido las fogatas del campamento enemigo."

De las otras líneas me dicen los generales encargados de ellas, que no hay novedad.

En la plaza está lloviendo.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las 12 y 58 minutos de la noche.—C. ministro de la guerra.—Son las doce de la

los fuegos de artillería y fusilería del fuerte y de sus flancos, demostraron claramente: que el enemigo demasiado astuto, como es; y viendo el estrago que sus bombas y demas proyectiles habian hecho en el referido fuerte, creyó desmoralizados á sus defensores, creyó por lo mismo que éstos interpondrian una débil resistencia, y por último creyó posible y fácil, hacerse de aquella posicion tomándola por medio del asalto y la sorpresa. Para realizar este plan se aprovechó de la oscuridad de la noche, lanzando sus fuerzas sobre el saliente del bastion izquierdo, que era el que se hallaba mas demolido. Como temió sufrir un descalabro en la empresa atrevida que iba á aventurar, como efectivamente lo sufrió, juzgó fácil ocultarlo, aprovechándose de la misma oscuridad de la noche, no contestando al cañon de la plaza; si bien no podia hacerlo, porque entre éste y el del enemigo se interponian las columnas asaltantes del último, y ni podia concebirse racionalmente que hiciera jugar su artillería sobre la espalda de sus mismas columnas. La razon, pues, que se da en el referido documento, y que fué la misma que de una manera oficial me diera el gene-

noche, y no hay novedad absolutamente en la línea avanzada que manda el Sr. general Berriozábal, ni en todas las demas. Hay la mayor vigilancia.—Ortega."

"Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido á las seis y treinta minutos de la mañana.—Sr. ministro de la guerra.—Segun los partes que dan los generales encargados de las líneas, hasta esta hora que son las cinco de la mañana, no ha ocurrido novedad en la plaza.—Ortega."

"Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las seis y cincuenta minutos de la mañana.—C. ministro de la guerra.—El general O'Horan, encargado de la division de caballería, me dice á esta hora, que son las seis y cuarto de la mañana, que un grueso de infantería francesa pasa por las lomas que estan al frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros. (R)

Dentro de una hora sabré aproximadamente el objeto que lleva esa columna.—Ortega."

Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las ocho de la mañana.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general O' He-

ral Forey para ocultar aquel descalabro, es de tan poco peso, que se destruye por sí misma; porque solo consiste en decir: que el ejército francés no hizo jugar su artillería sobre la nuestra.

El día que los invasores concluyeron su segunda paralela, y que rompieron el fuego de todas sus baterías sobre el mencionado fuerte de San Javier, que era el punto objetivo de sus ataques, redujeron á escombros en siete horas de fuego, uno de los baluartes, parte de otro y la cortina que se hallaba entre ellos, pues los proyectiles arrojados de la segunda paralela, y no á tiro de brecha, perforaban con la mayor facilidad las crestas de nuestros parapetos. Las bombas de grueso calibre que continuamente estaban cayendo sobre ellos, así como en el centro de la ciudad, eran las que causaban mas estrago.

A las cinco de la mañana del día que he citado, se rompieron los fuegos, y á las doce del mismo, previos los partes que me daba el comandante de la arma, habia tenido que reponer tres veces los pelotones de artilleros que servian las piezas, y dos á los comandantes de la artillería del fuerte, porque los

ran me comunica que el enemigo, con tres grupos de infantería, ha ocupado la hacienda de Batán, que se halla al frente del fuerte de Ingenieros; y los esploradores me avisan que el cerro del Tepozúchil está ocupado por infantería y caballería de los invasores. El general Carbajal me da tambien parte á esta misma hora, que son las siete de la mañana, que el enemigo que pernoctó en San Gerónimo, ha tomado por su derecha, como doblando los cerros de Guadalupe y Loreto, y con direccion al fuerte de Santa Anita, ó sea del Demócrata; si bien, segun lo que me dice el mismo general, no está bien marcado su movimiento, pues solo su vanguardia es la que se dirige al cerro del Conde, que se halla cerca del pueblo de Santa María. Dentro de poco se pondrá en claro el movimiento que está haciendo el enemigo en circunvalacion de la plaza.—Ortega.”

“Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—A las 8 y 15 minutos de la mañana.—C. ministro.—Continúa el movimiento de la fuerza que salió de San Aparicio, en el mismo sentido y por el mismo rumbo que dije á vd. en mi parte anterior. El general Llave, encargado de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, el general Alatorre de los de

mas de ellos habian sido muertos ó heridos honrosamente. A la hora mencionada, ya estaban inútiles casi todas las piezas con que se hallaba artillado aquel, una porque habia sido desmontada, y las demas porque estaban cubiertos sus montajes con los escombros de los muros, y esto no solo me consta por los partes que incesantemente recibia, sino porque lo observaba con la vista natural, por hallarme colocado en una de las torres de la catedral, que solo distaba algunas cuerdas del fuerte atacado.

El general francés conviene en lo que llevo espuesto, y manifiesta ademas: que destruidos nuestros parapetos solo quedó haciendo fuego, durante el día, una pieza que se encontraba situada en el bastion de la derecha del fuerte, el que habia sufrido poco de su artillería, por tener ésta menos accion sobre él. Todo esto, que es esacto, no prueba otra cosa, sino que nuestras fortificaciones eran sumamente débiles y pasajeras, y que la plaza no era de primer orden, como equivocadamente lo ha dicho, en una pieza oficial, el estado mayor del ejército francés.

Hidalgo y Morelos, y el general Antillon de los de Iturbide y Demócrata, dan parte sin novedad en la noche.

El general Berriozábal, encargado de los fuertes de Guadalupe, 5 de Mayo é Independencia, da tambien el mismo parte por lo que respecta á la noche.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las 8 y 40 minutos de la mañana.—Ciudadano ministro de la guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo lo siguiente:

“A las siete y cuarto de la mañana. La fuerza enemiga de que le hablé á vd. en mi parte anterior, toma el rumbo de Santa Anita ó garita de México, y del campamento de las Navajas, ó los Alamos, se ha desprendido un fuerte trozo de infantería, y se dirige á las lomas de Teotimehuacán: aquí está el señor general Mendoza.”—Trascribilo á vd. etc.—Ortega.”

“Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—Recibido á las 10 y 40 minutos de la mañana.—Ciudadano ministro de la guerra.—Del fuerte de Guadalupe estoy observando posiciones y movimientos del enemigo, y todo está en estos términos: Una fuerza como de mil á dos mil hombres, está colocada al frente del pueblo de Teotimehuacán, y al frente tambien del fuerte de Ingenieros; se ha observado que por de-

La plaza, como lo sabe muy bien el supremo gobierno y los millares de hombres que la han visitado, no solo no tenia las condiciones que requiere el arte para ser plaza de primer orden, pero ni aun las indispensables para que pudiera considerarse como de segundo ó de tercero. Ni era posible en unos cuantos meses y con pocos trabajadores, haber improvisado una plaza semejante en una ciudad dedicada á la agricultura y al comercio, y jamás á objetos de guerra, para los que no era á propósito por su situacion topográfica. Además la esperiencia ha demostrado, que para construir plazas de esta naturaleza, se requiere todo el poder de los gobiernos en tiempos de paz, grandes recursos y el trascurso de algunos años.

Yo no me he propuesto, señor ministro, y seria además irregular é inusitado, ocuparme, al rendir el parte general á mi gobierno de la defensa de la plaza de Zaragoza, de lo que haya dicho respecto de ella el general frances; pero como antes de rendir ese parte, he visto los documentos á que me refiero, he creído conveniente valerme de ellos para demostrar con mas claridad la verdad de los hechos

tras de las lomas del Tepozúchil, caminan mas fuerzas hacia aquel rumbo. En la cima del mismo cerro del Tepozúchil, está colocada otra fuerza pequeña. Entre este cerro y el de Amalúcan, y sobre el camino real de Amozoc, está un gran campamento, apoyando este su izquierda sobre la cima del segundo de dichos cerros. Este campamento está quieto, y no se mueve hasta esta hora. A la retaguardia del cerro de Amalúcan, parece que estan todos los trenes. El otro campamento, y parece que es el mas fuerte, está entre el cerro de la Resurreccion y San Aparicio: este se compone de la fuerza que se movió ayer tarde y anoche de la Manzanilla, cuyo punto ha quedado abandonado. Este campamento lo ha estado levantando el enemigo, y en columna cerrada y lentamente, ha pasado ya la cabeza de dicha fuerza de San Pablo del Monte, como envolviendo los cerros de Guadalupe y Loreto. Son las nueve de la mañana, hora en que se deja ver al frente del fuerte de Ingenieros, una columna como de 2,000 infantes franceses. Continúan su movimiento las columnas que van marchando al frente de los cerros. Ninguna fuerza se ha desprendido con direccion á Rioprieto y San Martín.—Ortega."

que narro, y de la que no me separaré por consideracion alguna, por exigirlo así los grandes intereses que para la humanidad y la civilizacion se ventilan en la cuestion actual.

Las brechas abiertas y destrozos causados al bastion de la izquierda del frente de San Javier, se cerraron y repusieron imperfecta y provisionalmente la noche del día del primer ataque: el siguiente los destrozos fueron mayores, porque los parapetos presentaban ya menos resistencia, en la noche volvió á repararse lo destruido, y así continuó haciéndose en lo sucesivo hasta la terminacion del sitio.

El 28 dirijí al señor ministro de la guerra la siguiente comunicacion, á la cual, así como á la que mandé con fecha 26 y que dejo inserta en esta nota, no tengo que hacer otras rectificaciones que las contenidas en mi oficio del 28, y órdenes generales del cuerpo de ejército, que inserto tambien en el orden que les corresponde.

Hé aquí los documentos de que hago mencion.

"Ciudadano ministro de la guerra.—Hoy á la una y media de la mañana el enemigo salió de su paralela mas inmediata al fuerte de San Javier, ó sea Iturbide, y atacó á éste, de una manera ruda y vigorosa por su frente y flancos, llegando para dar el asalto sus co-

"Fuerte de Guadalupe, á las doce.—Ciudadano ministro de la guerra.—El enemigo sigue doblando los cerros: ha tomado por la barranca de la Constancia, frente al fuerte del Demócrata, á apoderarse de los Molinos y del camino de México. Tal vez dextro de una ó dos horas sus columnas habrán llegado al cerro de San Juan y cortado nuestra línea telegráfica. Sus otros campamentos están quietos.

He dado orden de que la primera brigada de caballería y la segunda de Zacatecas marchen á batir una fuerza de caballería traidora que nos está llamando la atención por Teotimehuacán; al general O'Horan le he encargado esta operacion, recomendándole que obre siempre bajo la proteccion de la plaza, pues que la fuerza de traidores tiene cerca de Teotimehuacán un apoyo de infantería francesa. Nuestras columnas de caballería van tendidas por la llanura, y en muy buena direccion y orden. Tal vez sea este el último parte que le dirijo. Estoy en Guadalupe.—Ortega."

lumnas hasta el foso del mismo fuerte, en el concepto, de que los parapetos de las cortinas y baluartes de aquel, estaban destruidos en una gran parte, por el fuego de cañon y bombardeo del enemigo.

Este apoyó su asalto en un fuego nutridísimo de artillería, haciendo jugar para ello sobre dicho fuerte y el de Morelos, que defiende el coronel Auza, todas las baterías que tenia colocadas.

A las dos y cincuenta minutos de la mañana las columnas del enemigo eran rechazadas y dispersadas, pudiendo solo salvarse merced á la oscuridad de la noche y á lo inmediato de sus paralelas, que de una manera hábil y atrevida ha construido, empleando para ello un trabajo extraordinario.

Poco despues quedaron apagados por nuestra artillería los fuegos de cañon del enemigo.

Este apoyó tambien su asalto en el bombardeo de la ciudad.

En esta misma hora se están oyendo en las inmediaciones del fuerte ya citado, los lamentos de los heridos franceses; mas he dispuesto que no se levanten del campo, hasta que llegue el dia, por hallarse á unos cincuenta ú ochenta metros de distancia las obras de los invasores.

Los batallones 3.º, 4.º y 5.º de Zacatecas, que auxiliaron la defensa de San Javier, por el flanco izquierdo de nuestra linea y desde los redientes de Morelos, tuvieron treinta y dos hombres fuera de combate entre muertos y heridos, incluidos en estos últimos dos gefes y dos oficiales, y cincuenta tambien entre muertos y heridos el primer batallon de Guanajuato, medio batallon del mixto de Querétaro y medio batallon de otro cuerpo de la misma division de Guanajuato, cuyas fuerzas sostuvieron de una manera igualmente heroica el ataque.

No sé los muertos y heridos que hayan tenido los cuerpos de la division que manda el general Negrete, quien personalmente, y por el flanco izquierdo, auxilió al fuerte atacado.

Tampoco sé los que tendria nuestra artillería, que se condujo de un modo heroico y brillante: ésta tuvo que jugar en los fuertes del

Cármén, Morelos, San Javier y Santa Anita, y cinco baterías que se colocaron y jugaron fuera de las murallas, perteneciendo toda esta fuerza á la artillería de Veracruz, Zacatecas y México.

No tuve necesidad de tocar las reservas que mandan los señores generales Berriozábal, Llave y Alatorre, ni una gran parte de la que manda el general Negrete, quienes estuvieron listos, lo mismo que el general Mejía con su brigada, para concurrir al punto que fuera conveniente.

Nuestra caballería, mandada por el activo y valiente general O' Horan, dispuso tambien que con anticipacion se colocara de un modo conveniente en uno de los flancos del enemigo, sin que hiciera movimiento alguno, á menos de que espresamente se mandase, cuyas órdenes fueron cumplidas estrictamente.

El cuerpo de ejército de Oriente saluda por mi conducto y felicitación al magistrado supremo de la nacion por este nuevo triunfo de nuestras armas, en el que tiene su gran parte de gloria el bravo coronel Smith, jefe principal del fuerte de San Javier.—Ortega."

"Tengo la honra de acompañar á vd. las órdenes generales extraordinarias del cuerpo de ejército de mi mando, relativas á la funcion de armas que tuvo lugar antes de anoche entre las fuerzas de México y el ejército frances. En mi parte anterior hice algunas omisiones, respecto al hecho de armas referido, por serme en el acto que lo mandé, desconocidos todos los detalles de aquel, omision que dejó subsanada en la orden del ejército.—Zaragoza, 23 de Marzo de 1863.—Ortega."

"Orden general extraordinaria del cuerpo de ejército de Oriente, del 27 de Marzo de 1863.

El ciudadano general en jefe, bastante satisfecho del honroso comportamiento de las tropas todas que componen este cuerpo de ejército se ha servido disponer que se haga mencion honorífica de los cuerpos é individuos que en la jornada de ayer han llenado sus deberes en el servicio de la patria y honor del gobierno.

Dicho general en jefe, en uso de sus facultades, se ha servido disponer que conste en la historia del ejército, que los batallones 20 y 22 de Guanajuato, 29, 30 y 31 de Zacatecas, 10 de Rifleros, 11 de Reforma, 12 de Querétaro, 16, 17 y 18 de Puebla, se comportaron bizarramente; los de Guanajuato en la defensa del fuerte de Iturbide, y los demas impidiendo el aporche y asalto del enemigo á dicho fuerte.

Igual conducta observaron en la artillería las brigadas primera de Veracruz, 4.^{ta} de Auxiliares de artillería del mismo del mismo Estado, 5.^{ta} batería del batallón de artillería de México y un piquete de Zacatecas; pero especialmente las brigadas dichas de Veracruz, que sosteniendo el fuego en el fuerte en posición de difícil combate, contra una batería de la segunda paralela de 24 piezas y otras dos de la primera, una de obuses y otra de cañones, ni se resfrió su valor ni se detuvo su maniobra, obrando certera y eficazmente sobre la cabeza de los trabajos del enemigo, acreditando sus individuos que son dignos de servir esa arma, y esencial y particularmente los capitanes segundos Platon Sanchez y Onofre Perez Pinzon, que herido el primero y contuso el segundo, y mandados relevar, pidieron permanecer para concluir el tiempo de su fatiga. El artillero Matías Martinez, que sacado de combate todo su peloton, y no pudiendo servir solo la pieza, se ocupó al descubierto de reparar la parte del muro destruida: éste fué elevado á sargento segundo en el mismo baluarte, y el ciudadano general en jefe lo mandó reconocer como tal sargento segundo. El paisano Antonio Huerta, que sin pertenecer al ejército, sirvió á fuer de buen ciudadano, y ayudó á servir una pieza toda la jornada. El sargento C. Julian Hinojosa, estando de faccion en la barrera del fuerte, le quitó el fusil de las manos una bomba de grueso calibre, y sin abandonar su servicio esperó que los nuestros le dieran otro fusil.

El teniente coronel ciudadano Bernardo Smith, fué encargado del mando del fuerte en momentos de peligro, en atención á la firmeza y distincion con que mandaba las tropas de

Guanajuato, correspondiendo á la confianza que se le dispensara, con repeler al enemigo en el asalto de la noche. Al ciudadano general Lamadrid, se le nombró segundo en jefe de la 3.^{ta} division que defendia la línea atacada, satisfecho el ciudadano general en jefe de su valor y pericia, á cuya confianza correspondió tambien este acreditado oficial.

Los ciudadanos jefes de artillería, comandante general Francisco Paz y mayor general de la arma Alejandro García, con inteligencia, actividad y valor, dispusieron las cosas relativas á su arma. Es muy digna de mencion honorífica la conducta del teniente coronel Gaspar Sanchez Ochoa, que convaleciente de una enfermedad anterior estaba de baja en el servicio, pero que en el momento que el enemigo desmascaró sus baterías sobre el fuerte, entró en él y trabajó en su honorífica defensa, la que fué decisiva por la importante cooperacion de la reserva mandada por el intrépido general Negrete, que á sus antecedentes une este hecho mas. Es tambien de mencionarse la actividad é inteligencia de los ingenieros teniente coronel capitán 1.^o Emilio Rodriguez, y capitanes Manuel Mariscal y Carlos Ramiro.

El ciudadano general en jefe, que desea hacer justicia á todos los buenos servidores de la patria, manda que se hagan saber, por esta órden general, las acciones de cada uno de los que se distinguieron, á reserva de ser comprendidos en el parte general, para que reciban de la nacion los testimonios de gratitud y consideraciones á que se han hecho acreedores.

De órden del ciudadano general en jefe.—El cuartel maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*.

“Como aclaracion á la órden del 27 al 28 de éste, el general en jefe dispone se diga: que sirvieron la artillería del fuerte Iturbide, la primera brigada de Veracruz, quinta batería del batallón de artillería de México, piquete de artillería de Zacatecas, y la cuarta brigada auxiliares de artillería mixta de Veracruz, y protegiendo la defensa del fuerte, por los flancos en campo raso y fuera de las murallas, dos baterías de la segunda

brigada de Zacatecas, la primera batería del batallón de artilleros de México, y otra batería compuesta de dos pelotones de la primera brigada, dos de la quinta batería del batallón de artillería de México y dos de la segunda brigada de Zacatecas.

De orden del ciudadano general en jefe.—El cuartel maestro, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*."

Hasta aquí los documentos que dejo citados.

En los días 29, 30, 31 de Marzo y 1.º de Abril, tuvieron lugar los hechos que refero en mi comunicacion de fecha 30, y cartas que remití al señor general Comonfort con fecha 31 de Marzo y 1.º de Abril, cuyos documentos inserto en seguida.

"Ciudadano ministro de la guerra.—Destruida una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servia de base al fuerte de San Javier, próxima á desplomarse otra, destruidos tambien los baluartes y cortinas del referido fuerte, y cegados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga, generales instruidos é inteligentes lo mismo que los jefes de dicho fuerte, me manifestaron: que ya no era posible continuar con buen éxito la defensa, entre multitud de razones que habia para ello, porque ya nuestra artillería no podia jugar, tanto porque las paralelas del enemigo, donde tenia ocultas y apostadas sus columnas, estaban á distancia de 30 ó 40 varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y esplanadas estaban convertidas en un monton de escombros. No obstante el respeto que me merece la opinion de aquellos generales, pasé personalmente al referido fuerte, y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinion. En consecuencia dispuse que todas las existencias de municiones de guerra que habia en los repuestos, se trasladaran á los almacenes del centro de la ciudad, y que se sacara la artillería de sitio, de plaza y de batalla con que estaba armado el fuerte, resolviéndome al mismo tiempo á seguir defendiéndolo, no ya con el carácter de un fuerte, sino de unos cuantos palmos de terreno, que queria disputar de todas maneras al enemigo, vendiéndolos bien caros en caso desgraciado; y así lo manifesté á sus defensores poco ántes de que sufriera el asalto.

A las tres y media de la tarde del día de ayer, hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte, como lo habia hecho los días anteriores, dirijiendo á él todos sus fuegos de artillería. Poco despues de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto gruesas columnas, que resistieron en el pátio de la Penitenciaría dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto habia colocado en los flancos del fuerte, tenian que recorrer una estension de 500 á 1,000 varas, cuando los franceses solo tenian que andar 30 ó 40, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrian las paralelas: esto no obstante, el señor coronel D. Carlos Salazar con el batallón de Rifleros, perteneciente á la division que manda el señor general Negrete, llegó por nuestra derecha hasta el foso del referido fuerte; otra columna, que mandó desprender del Cármen el señor general D. Francisco Alatorre de las fuerzas de Zacatecas á las órdenes del Sr. general Ghilardi, llegó atravesando la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago; tres batallones de Puebla tambien á pecho descubierta, al mando de sus dignos jefes los señores generales Negrete y Prieto, reforzaban la línea de la derecha, que manda el señor general Antillon; los batallones Reforma, Mixto de Querétaro y parte del de Rifleros, al mando del coronel Rioseco, defendian bizarramente las manzanas que circunvalan la retaguardia de San Javier, y otros tres batallones de Zacatecas, al mando del señor coronel Auza, defendian otra de las manzanas citadas y los redientes de Morelos.

A todos estos jefes y á sus subordinados los ví serenos en medio de los fuegos, á unos á pecho descubierta y á otros en los muros que se les habian encomendado, esparando el empuje del invasor; mas éste, que no pudo ó no quiso resistir nuestros fuegos, y merced á la absoluta oscuridad que producía el humo, ocultó sus columnas en los fosos de las paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría, despues de haber sido resistidas heroicamente por los defensores de este punto. No hemos perdido ni un solo cartucho ni una sola pieza de artillería, escepto dos de montaña que era necesario perder para causarle algunos males al enemigo á la hora del

asalto, pues como he dicho á vd., mandé previamente desartillar el fuerte y vaciar sus repuestos y almacenes. En la funcion de armas perdimos tambien 500 hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales, y soldados de los que defendian á San Javier, prisioneros en poder del enemigo. Sírvase vd. manifestar al señor presidente, que nuestro cuerpo de ejército no ha sufrido lo mas mínimo en su moral, por la pérdida de Iturbide, porque ésta, como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra, y la exijia ademas la conveniencia de la defensa de la plaza.

Como una prueba del primero de estos asertos, puede vd. manifestar al mismo señor presidente, que hace 32 horas, despues de la en que se sufrió el asalto, que el enemigo no ha podido desalojar á nuestras tropas de las manzanas que circunvalan la retaguardia del referido fuerte, ni aun de aquellas que se encuentran á 13 ó 14 varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construccion, y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores, á consecuencia de que todas tienen su frente á la campaña.

Me he propuesto defender otras treinta horas las citadas manzanas, para obligar al enemigo á que las tome en columna cerrada, y á que en el ataque sea rechazado ó pierda mil ó dos mil hombres; y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonaré las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos estos escombros impidan á la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías, una vez que el enemigo ocupa San Javier. En la hipótesis de que aquel no me ataque las manzanas en los términos referidos, mi línea quedará establecida á la retaguardia de ellas, cuya línea, así como las otras dos que estan mas hácia el centro de la ciudad, está perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables. El abandono de los redientes de Morelos, lo motivará la circunstancia de que ni han sido ni seran atacados por el frente que ve á la campaña, sino por la gola, que, como es bien sabido, está sin fortificacion, y solo le sirven de apoyo las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas á San Javier. Mas una vez que sea

abandonado aqnel punto, queda descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea. El enemigo no ha atacado alguna otra de las fortificaciones que se hallan en los suburbios de la ciudad. Me han servido mucho como siempre, los señores generales Mendoza y Paz.

Sírvase vd. dar parte con lo espuesto al señor presidente de la República.—L. y Reforma. Zaragoza, Marzo 30 de 1863.—Ortega."

"Señor general Comonfort.—A las ocho de la noche del día 31 de Marzo.—El correo no pudo salir anoche, y por lo mismo le diré á vd. lo que ha pasado en la plaza en las 24 horas que han transcurrido. El enemigo no ha podido desalojar á nuestras fuerzas de las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas y á la retaguardia de San Javier, no obstante el fuego nutrido de artillería que ha dirigido sobre ellas desde sus paralelas. No se ha resuelto á tomar esos puntos con sus columnas. A la hora en que escribo estas líneas recibo parte de que ha comenzado á incendiarnos las puertas de las citadas manzanas.

Si el enemigo no ataca, ya dí orden de que las manzanas tantas veces citadas, la plaza de toros y redientes de Morelos, se abandonen ántes de amanecer; y he dispuesto tambien que se desartillen los últimos á la una de la mañana, vaciando al mismo tiempo sus repuestos. Esta medida la dictan las razones que dí al señor ministro de la guerra.

El día de hoy hemos perdido como 100 hombres entre muertos y heridos. El enemigo ha continuado arrojando bombas sobre la ciudad. Han vuelto del campamento frances los vice-cónsules de los Estados-Unidos y de Prusia, á quienes negó el general Forey la gracia que yo habia concedido, en obsequio de la humanidad y de la civilizacion, y que consistia en permitir que salieran de la ciudad todas las mugeres, niños y familias indefensas.

El general frances cree, que por el terror de las familias obligará á la guarnicion á rendirse, mas si esto cree, se equivoca, pues los soldados que mando y yo muy particularmente, estamos resueltos á defen-

der manzana por manzana y edificio por edificio, aunue todo quede convertido en ruinas. Todos los correos que le he mandado, han vuelto con los pliegos de vd.—Continúo esta carta á las cinco de la tarde del dia 1.º de Abril, porque el correo no pudo salir anoche. Abandoné las manzanas y redientes de Morelos, y el enemigo solo ha ocupado dos de las primeras, mas no las restantes ni los redientes que estan batidos por nuestra segunda línea. He vuelto á ocupar, á las diez de la mañana de hoy, las manzanas abandonadas y los redientes, si bien con poca fuerza, porque no estoy resuelto á seguir defendiendo estos puntos. En los redientes dejé cuatro piezas de marina inútiles y pesadísimas, y que ni á esta hora que estoy en posesion de dicho punto, me resuelvo á sacarlas. Deje vd. consignado ésto por la prensa. Hoy el fuego ha sido mas lento y flojo. Hemos perdido como 40 hombres entre muertos y heridos. Tenemos ó tiene el enemigo, siete oficiales y dos jefes prisioneros de los nuestros. Acabo de recibir de ellos una carta que me trajo con una bandera blanca un oficial frances. Mañana les mando una paga.—Ortega.”

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza Abril 1.º de 1863.—Querido amigo y compeñero: Son las ocho de la noche y no ha ocurrido cosa alguna de importancia. Dentro de algunos minutos me voy á la línea avanzada llevándome dos ingenieros y á los generales Paz y Mendoza, con el objeto de ver si entre los parapetos avanzados y los de la retaguardia de estos, levanto otros formando asi una estensa muralla entre las manzanas, para hacer jugar toda nuestra artilleria sobre la plaza de toros.

Acabo de recibir su apreciable de fecha 31. Ya dije á vd. en mi carta que le remití hace algunas horas, que luego que me dieron aviso de la torre, que se aproximaba vd. y que el enemigo preparaba sus fuerzas para recibirlo, hice salir una fuerte columna sobre el campamento frances del rancho Colorado, al que se reconcentraron los inmediatos. Cuando oseureció, nuestra columna volvió á la plaza despues de haber hecho sobre aquel campamento algunos tiros de cañon. Siempre he esperado mucho de vd.—Ortega.”

A lo que manifesté en los documentos que anteceden, solo tengo que agregar: que las piezas de montaña que se perdieron en San Javier, no fueron dos sino tres, cuya equivocacion del escribiente ó telegrafista no pude subsanar oportunamente, porque durante los dias del asedio, no supe los terminos en que se habia publicado el parte que dejo inserto.

Debo tambien añadir á los conceptos emitidos en éste, por exijirlo así un principio de justicia: que en los dias que quedan citados hubo entre los defensores de la plaza hechos que tocaban al heroismo, no solo por oficiales y jefes de alta graduacion, sino aun por los individuos de la clase de tropa, y por simples ciudadanos, que, sin tener carácter alguno militar, dieron su sangre y su vida en defensa de su patria.

Pena y mortificacion me causa, señor ministro, cada vez que escribo una línea, no tener á la vista los datos y apuntes que recojí para auxiliar á mi memoria cuando fuera oportuno, porque seria imposible que aquella me sirviera para citar los nombres de multitud de personas, y para narrar tambien multitud de circunstancias de que vinieron acompañados los hechos principales que he referido, circunstancias que si están llenas de interes consideradas aisladamente, forman en su conjunto una página honrosa en la historia de México; mas ya que no es posible tener á la vista aquellos documentos para realizar mis deseos, como lo he manifestado y vuelvo á repetirlo ahora, me permitiré hacer una mención especial del señor coronel, hoy general, D. Pedro Rioseco, y de los señores coroneles Herrera y Cairo, Gomez [D. Jesus] y Escovedo, así como de los jefes, oficiales y tropa que mandaban esos valientes y pundonorosos jefes.

Rioseco con la primera brigada de la division del señor general Negrete, sufre durante tres dias, sin recibir relevo alguno en la plaza de toros y manzanas de izquierda y derecha, el fuego de rifle que hacia el enemigo de S. Javier, y el de las baterias colocadas en las paralelas.

Ocho ó diez veces visité á este jefe para ver el estado en que se hallaba su tropa y los puntos que defendia, y otras tan-

tas lo ví, lo mismo que á Herrera y Cairo y demas jefes y oficiales que lo acompañaban, sereno y contento en medio de la muerte y del estrago que causaban los proyectiles del invasor, ya cubriendo, con los mismos escombros que le dejaban aquellos, las brechas que le abrian á cada hora, y ya improvisando, segun las instrucciones que le diera, otros medios de defensa, para lo que puse bajo sus órdenes al ingeniero D. Francisco Beltran.

No oí de los labios de Rioseco ni de los jefes, oficiales y tropa que lo obedecian, ni una sola queja, ni observé el mas ligero disgusto porque no los habia mandado relevar oportunamente, no obstante haber triplicado las fatigas que las leyes militares imponen en casos como éste.

Tampoco recibí de algunos de esos valientes ni la mas ligera indicacion, ni la observacion mas mínima respecto de las órdenes que recibian: alegres y obedientes, llenaban para con su patria, los deberes de soldados republicanos y subordinados. Solo recuerdo estas frases que me dirigió modesta y privadamente Herrera y Cairo. "Mi general, si V. lo cree conveniente, sacrifique el batallon de Querétaro que mando, para ver si se logra recuperar el fuerte de S. Javier: mi persona y el batallon estan dispuestos á hacer ese sacrificio en los términos que V. lo exija." Yo aprecié en lo mucho que valian, las palabras de aquel jefe, y mas cuando su fisonomía, su acento y la hora y punto en que las vertiera, me revelaban que procedian del corazon; pero juzgué que era inútil cualquier sacrificio, por que aunque lograra apoderarme del fuerte, con pérdida de algunos centenares de hombres, no podia conservarlo ni defenderlo por las razones que manifesté al señor ministro.

Rioseco y sus compañeros no abandonaron los puntos que se les habian encomendado, sino cuando así convino al honor de la plaza, y cuando para ello recibieron las órdenes correspondientes del cuartel general, sin haber perdido hasta entonces un solo palmo de terreno.

Los coroneles Gomez y Escovedo se hallaban á la retaguardia de los jefes que he mencionado, preparando entre los

fuegos del enemigo, una segunda línea de defensa, en los términos que se les habia ordenado. Su conducta, y la de las fuerzas que mandaban, no fué menos digna que la de los primeros.

El coronel, hoy general, D. Miguel Auza que ocupaba las manzanas de la izquierda de Rioseco y redientes de Morelos, y que habia sufrido con las fuerzas que mandaba, el fuego y destrozos de la artillería enemiga desde que ésta comenzó á batir el fuerte de San Javier, se condujo tambien de una manera honrosísima, lo mismo que la tropa y oficialidad que estaba á sus órdenes. Habiéndole mandado fuerzas, para relevar las que tenia, dos dias despues de la pérdida de S. Javier, me mandó suplicar con el señor general Paz, que le dejara los batallones 3.º y 5.º de Zacatecas que tenia á sus órdenes, pues que éstos, inclusa su oficialidad, se hallaban aún llenos de entereza para seguir defendiendo el fuerte con toda desicion, no obstante lo mucho que habian sufrido. En vista de esto, pasé en el acto á los redientes de Morelos, y habiendo encontrado al señor Auza, que hablaba á la sazón con el general Paz, en el punto de mayor peligro, y á sus fuerzas con el mas grande entusiasmo, me dijo el primero. *Creo que aceptaria V. mi súplica, que no me relevará las fuerzas, ni me mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve V. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas y mi vida le responden á V. de los redientes de Morelos y manzanas que ocupan.*

Esos puntos los desocupó con la mayor calma y sangre fria, cuando para ello recibió tambien órdenes espresas y terminantes del cuartel general, lo que tuvo lugar al mismo tiempo en que las recibiera Rioseco, por convenir así á los intereses de la plaza.

En la tarde del dia 30 de Marzo, observé de las torres de catedral que las fuerzas del señor general Comonfort, se movian con direccion al puente de México, é inmediatamente dispuse que el general Negrete, que mandaba la reserva general, saliera con una fuerte columna de las tres armas, por la dere-

cha del fuerte de Santa Anita, sobre el campamento enemigo que se hallaba en el pueblo de Santa María, con el objeto de proteger á las fuerzas del cuerpo de ejército del Centro, caso de que estas intentáran algo sobre la línea francesa, ó introducir víveres á la plaza. La columna hizo su salida en muy buen orden, cambiando sus tiros de cañon con los de la línea enemiga, cuando ya se hallaba inmediata á ella y sobre la llanura. Al entrar la noche, observé que las fuerzas del citado cuerpo de ejército del Centro se habian retirado como con direccion á Ocotlan, y mandé que nuestra columna se replegara á la plaza, como se verificó.

En esos días escribí reservadamente al señor general Comonfort, proponiéndole como un plan de campaña que nos daría los mejores resultados, lo siguiente: que se situara con su fuerza en Santa Inés Zacatelco, al norte de la ciudad, desde cuyo punto podia amagarse la línea de comunicacion que tenia establecida el invasor con Orizava; y le decia ademas que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que á las primeras luces del dia siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces b'en débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que lándome préviamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrian de la plaza para hallarse á la misma hora y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacaran simultáneamente los campamentos de que se componia aquella, lo que daría por resultado, en mi concepto, su destruccion, y obligaría al invasor á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas ruesos campamentos, lo que importaría un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza.

Como el señor general Comonfort no me contestara, entendí que habia pedido instrucciones al supremo gobierno relativas á mi proyecto.

Los dias trascurrieron y vino la pérdida de S. Javier y de los sucesos que dejo reseñados. Algunos dias despues recibí

una carta de aquel general, en que me decia: que para ejecutar el plan que le habia propuesto, necesitaba que le proporcionara una fuerza de la plaza, compuesta, segun recuerdo, de cinco ó seis mil hombres. Recibia con esta carta otra del señor presidente, en la que me recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara al referido general la fuerza que me pedia.

A este último señor le contesté: que no me seria posible obsequiar sus deseos sin comprometer sériamente la defensa de Zaragoza; y al señor presidente le dije tambien en lo confidencial: que facilitar la fuerza al señor general Comonfort, importaba tanto como obligarme á perder la plaza en unas cuantas horas, porque ésta quedaria sumamente débil por todas partes, y mas cuando hasta entonces habia perdido ya como tres mil hombres de sus defensores; pero que si creia conveniente la medida, se sirviera darme las órdenes correspondientes, en cuyo caso se buscaria un medio para perder la ciudad de una manera decorosa y digna: le decia tambien, que estuviera siempre seguro de que sus órdenes quedarian cumplidas inmediatamente que yo las recibiera.

El citado señor general contestó de enterado á mi carta, y la respuesta del señor presidente, que recibí tambien con el carácter de confidencial, fué: que admitia por buenas mis razones, y sobre todo cuando yo debia hacer lo que estimara por mas acertado *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*

Aquí creo oportuno y de justicia hacer una advertencia, y es la siguiente.

El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas, en los primeros dias del asedio de la plaza, que estaba al frente de un cuerpo de ejército improvisado, y compuesto en su mayor parte de reclutas, como era natural, y que esto tal vez le iba á impedir llenar sus deseos y satisfacer los sentimientos de su corazon, que eran los de un verdadero mexicano.

Reservadamente manifesté al señor general Mendoza lo que pasaba, respecto de combinaciones, entre los cuerpos de

ejército de Oriente y Centro, con el objeto de oír su parecer en lo relativo á este punto, opinion que juzgué de mucho peso, tanto por ser el cuartel-maestre de uno de los citados cuerpos de ejército y estar en consecuencia identificado con sus destinos, con sus exigencias, con sus necesidades y con sus glorias, como por las relaciones de íntima amistad que tenía con el señor general Comonfort. La opinion del señor Mendoza fué, que no comprendía las razones que militarmente se hubieran tenido presentes, para pedirle fuerzas á una plaza á quien estaba batiendo un enemigo poderoso, y la que habia perdido ya, aunque honrosamente, uno de sus fuertes, que era á la vez una de las llaves de la ciudad: que no comprendía tampoco, por qué el citado señor general Comonfort no habia aceptado y puesto en práctica el plan que le habia yo propuesto, y que por lo mismo, y siendo para él inusitado y nuevo todo lo que estaba pasando, opinaba, no obstante las relaciones de extraordinario cariño que lo ligaban con el señor general Comonfort á quien trataba como hermano, que yo me entendiera directamente con el supremo gobierno respecto de combinaciones.

Me pareció racional y desapasionada la opinion de aquel general, y me diriji en el acto al supremo gobierno, no para acordar con él combinaciones militares, sino manifestándole las propuestas que habia hecho al señor general Comonfort, y diciéndole al mismo tiempo, que nada importaba la pérdida de San Javier, y que aun era tiempo de salvarlo todo, siempre que se estableciera la unidad de mando en ambos cuerpos de ejército, encareciéndole, de cuantas maneras me fué posible, la necesidad que habia de que se adoptara este pensamiento.

Mi carta fué recibida, pues se me contestó á todos los puntos contenidos en ella, sin resolver el de que yo me ocupaba de una manera esencial y preferente.

Le dije tambien: que deseaba no fuera estéril la sangre que se estaba derramando en Zaragoza, ni infructuosos los esfuerzos heroicos de sus defensores, así como

los grandes y patrióticos que hacia el gobierno supremo; y que por lo mismo me ocupaba de hacerle aquellas observaciones, que me arrancaban la hilacion de los sucesos, el conocimiento que tenia de las cosas y de la situacion por la posicion en que me hallaba, y un sentimiento patriótico; pero que no aceptara mis indicaciones si no lo creía conveniente, pues por mi parte, le repetia, que quedaba enteramente tranquilo, y dejaba satisfecho un deber de conciencia, con solo la circunstancia de saber que esas indicaciones, que me dictaba mi propio deber, habian llegado á conocimiento de quien tenia los poderes de la nacion para salvarla: agregando á todo esto, como una nueva y cansada repeticion, que de una ú otra manera se salvaría el honor de las armas de la República.

La division del ciudadano general Negrete habia sufrido mucho, porque habia tenido que colocarla en algunos puntos de los que se hallaban á retaguardia y por el lado del Este del fuerte de San Javier, no obstante estar formando dicha division la reserva general, y por esto tuve que mandar hacer su relevo la noche del dia 31 de Marzo, sustituyéndola con la reserva de la primera division que mandaba el señor general Berriozábal, cuya fuerza previne al mismo general moviera á la una de la noche hácia el frente atacado de la ciudad, órden que quedó cumplida en el acto, pues algunos minutos despues de haber mandado pedir aquella reserva se me presentó al frente de ella el general D. Porfirio Diaz, á quien personalmente entregué los reductos y edificios que debia defender, dándole órden de hacerlo de una manera provisional y débil, respecto de los que estaban avanzados de la línea, que esa misma noche me propuse formar y defender, y de un modo decidido y á todo trance hasta quedar muerta ó prisionera la fuerza, respecto de los que formaban parte de la línea mencionada.

En la misma noche y á la misma hora, hice tambien mover hácia el frente referido, al general Llave con la reserva de su division, entregándole en los mismos términos que al general Diaz, algunas manzanas y parapetos de aquella línea

Las órdenes que le diera, con relacion á la defensa, fueron las que recibió poco antes el general Diaz.

Tambien esa noche, y algunas horas despues de dejar concluidas estas operaciones y recorriendo la derecha de la línea acompañado del señor general Paz y de dos de mis ayudantes, dí al general Antillon y á su segundo el general Lamadrid, las órdenes correspondientes, esto es, les señalé los puntos avanzados que debian defender provisionalmente, y los que formaban parte de la línea que no debia perderse, sino con la pérdida absoluta de sus defensores.

Despues dí igualmente orden al general cuartel-maestre, para que á la mañana siguiente, y con cuanta actividad fuera posible, se estableciera esa línea que tendria por objeto reparar la pérdida de San Javier en la defensa de la ciudad: que ella debia quedar formada entre el Cármen y Santa-Anita, apoyando su izquierda en el primero de los fuertes referidos, y su derecha en el segundo. En estos términos.

Partiria el muro que la formaba, del Cármen, con frente á la llanura, hasta tocar á Santa Ines; seguiria por las manzanas del Pitiminí tocando á San Agustin, continuaria por las que se interponen en línea recta entre el citado ex-convento y el de la Merced, y seguiria finalmente desde este último punto con direccion á la iglesia del Señor de los Trabajos y Santa Anita.

Tambien dí orden al mismo general para que dispusiera, de una manera precisa y terminante, que se abandonáran todas las obras de la plaza, y que los instrumentos de zapa, zapadores y aun los trabajos del mismo cuerpo de ejército, se dedicáran esclusivamente á la realizacion del proyector que estaba resuelto á llevar á cabo de todas maneras; previniéndole igualmente dispusiera, que en el interior de todas las manzanas comprendidas en la línea, quedáran construidos parapetos pasajeros que sirvieran para la defensa interior de los referidos edificios.

El señor general Mendoza cumplió con toda esactitud esta

orden, cooperando ademas á la realizacion de mi pensamiento con sus luces como militar y con sus conocimientos locales.

Al dia siguiente dí personalmente al señor general Negrete, la misma orden que diera la noche anterior á los generales Llave, Alatorre, Antillon, Lamadrid y Auza, pues parte de las fuerzas que formaban su division habia continuado defendiendo algunas manzanas comprendidas en la línea de que me he ocupado, cuya orden trasmitió en mi presencia al recomendable general Prieto. Ese mismo dia, 1.º de Abril, dispuse que el general Berriozábal fuera á encargarse del mando de las fuerzas pertenecientes á su division, á las que, la noche precedente, habia encomendado algunos puntos del frente atacado de la ciudad.

Los generales Antillon, Lamadrid y Rojo, en la línea comprendida de la Merced á Santa Anita; Alatorre, Régules, Ghilardi y Auza en la comprendida de Santa Inés al Cármen; y en la que quedaba entre Santa Inés y la Merced, los generales Berriozábal y Llave, así como en los puntos avanzados los generales Diaz y Caamaño y coroneles Zepeda, Sanchez-Roman y Balcazar, comenzaron con cuanta actividad, constancia y empeño podia desearse, á ejecutar los trabajos que exijia el establecimiento de la línea tantas veces mencionada. El general Negrete despues de haber trabajado en ella con su division, se dedicó á la construccion de otra á la retuguardia de la que he señalado.

En ella, esto es, en la establecida para sustituir á San Javier, así como en sus puntos avanzados, fué donde nuestro cuerpo de ejército rechazó repetidas veces al ejército invasor, donde cayeron prisioneras sus valientes y atrevidas columnas de asalto, y donde el cuerpo de ejército de Oriente defendió brechas abiertas y practicables por muchos dias, siendo una de ellas por el término de cuarenta.

De esa línea no llegó á perderse un solo palmo de terreno, y fué dueño de ella el cuerpo de ejército que estaba á mis ór-

denes, así como de los demas fuertes aislados que circunvalaban la plaza, hasta el 17 de Mayo, en que, por falta de municiones y víveres, mandé disolver el referido cuerpo de ejército, y en que se constituyeron prisioneros de guerra los jefes y oficiales que lo mandaban.

Del establecimiento de esta línea y del objeto que me propusiera conseguir con ella, dí, con todos sus pormenores y reservadamente, el aviso respectivo al supremo gobierno.

El día 31 de Marzo ó el 1.º de Abril, se me presentó el general Berriozábal, manifestándome lo conveniente que seria abandonar la plaza para salvar al cuerpo de ejército de Oriente. Mi respuesta fué: que estaba resuelto á solo salvar el honor de las armas de la República, y en consecuencia que no abandonaria jamas la plaza, á menos de que una necesidad no viniera á justificar esa medida. Poco despues, el general Paz me habló en los mismos términos, diciéndome: que tanto el señor general Berriozábal como algunos otros de sus compañeros, le habían encomendado que interpusiera para conmigo sus respetos é influencia, á fin de que obrara del modo que queda espuesto. Mi contestacion fué la misma que diera al general Berriozábal, y no solamente la aprobó, sino que la elogiara, agregando: que él pensaba de la misma manera que yo, y que al hablarme no habia querido hacer otra cosa, que cumplir leal y caballerosamente con un encargo.

En la noche del día siguiente al en que pasó lo que dejó referido, se presentó en las piezas de mi habitacion el general D. Ignacio de la Llave, y con la mesura y prudencia que le eran características, me dijo: que iba comisionado por algunos de nuestros generales con el objeto de persuadirme, que era útil y aun necesario abandonar la plaza, pues que rota la primera línea de ésta, ya no quedaba otro recurso para conservar al cuerpo de ejército de Oriente, cuyo cuerpo serviria un poco mas tarde de apoyo á las instituciones democráticas, y á la defensa de la independencia nacional. Mi respuesta, despues de una larga conferencia que tuve con dicho se-

ñor, fué la misma que dí anteriormente á los generales que dejó mencionados; contestando al señor Llave sus argumentos con la sencilla razon, de que no se me habia encargado otra cosa, que la defensa de la plaza, y en consecuencia la salvacion del honor de nuestras armas.

Yo no habia recibido instruccion alguna del supremo gobierno, para obrar de esta ó aquella manera en tales ó cuales casos que pudieron preverse, y que naturalmente debian acontecer en el ataque de la misma plaza: yo no recibí mas instruccion y consigna que la siguiente: "Defiende á Zaragoza"; y respetando en esta parte el noble y sublime silencio del gobierno, creí que comprendia la significacion de esa elocuente consigna en estos términos. Que se me dispensaba una ilimitada confianza, y que se me exijia al mismo tiempo la defensa de Puebla de Zaragoza á todo trance y de todas maneras, obteniendo una victoria ó sacrificando honrosamente á los sufridos y patriotas soldados que mandaba; pero como ésta era una interpretacion que yo daba á las órdenes espresas que tenia, porque mas alhagaba á mis sentimientos y á los proyectos que me propuse realizar, quise escusarme de toda responsabilidad ante el supremo gobierno, en atencion á que mis compromisos eran para con él, y los de él para con la nacion, y en consecuencia sus órdenes eran las únicas que debian cumplirse.

Escribí, pues, en el acto al señor ministro de la guerra, patentizándole cuales eran las tendencias de algunos de nuestros generales, cuales las proposiciones que me habian hecho, y cual la respuesta que les dí; añadiendo á todo esto mi modo de ver la cuestion de armas entre México y Francia, respecto de la cual le decia: que yo creía conveniente el sacrificio heroico del cuerpo de ejército de Oriente, siempre que la suerte no nos fuera propicia, para salvar el decoro de nuestras armas.

El señor ministro me contestó inmediatamente, en nombre del ciudadano presidente, aprobando mi conducta, y diciéndome ademas: que la mision que tenia que llenar el cuerpo

de ejército que mandaba, era precisamente la que yo mismo señalaba en mi carta.

Tranquilo con esta respuesta, afirmé mas y mas la creencia que tenia de lo conveniente que era realizar mi programa.

Me reservé el contenido de aquella contestacion para no herir susceptibilidades, y para obrar con la prudencia y cordura que exigian las circunstancias, á fin de no crearme mas dificultades de las que naturalmente me presentaba la gravedad de la situacion en que me hallaba colocado.

Las tendencias de que me ocupo, concluyeron enteramente con los triunfos que comenzaron á obtener nuestras armas los dias 2, 3, 6 y 7 de Abril, y que referí en los términos contenidos en los documentos que inserto y ratifico ahora, enmendando solo algunos errores telegráficos ó de imprenta con que se publicaron en los diarios, errores que he salvado tambien en los demas documentos que he insertado en esta parte.

Las piezas que cito son las siguientes.

"Ciudadano ministro de la guerra.—Tengo la honra de remitir á vd., en copia y en lo conducente, la orden general de este cuerpo de ejército relativa á la funcion de armas que tuvo lugar anoche en la manzana que se halla frente de la del Hospicio, y al Sur del mismo.

Libertad y reforma. Zaragoza, Abril 3 de 1863.—Ortega."

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Con esta fecha me dice el señor cuartel-maestre lo que sigue:

El ciudadano general Porfirio Diaz, perteneciente á la division del ciudadano general Berriozábal, y encargado de la linea de vanguardia de San Agustin, me dice lo que copio:

"Tengo la honra de participar á vd., que en la brigada de mi mando han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo que se halla en el Hospicio, abrió una brecha con artillería en el cuartel de San Márcos, y se lanzó por ella en número considerable,

hasta ocupar la mitad del patio del edificio, y los defensores de éste el resto de él.

En este estado permanecimos sosteniendo un rudo combate hasta la media noche, á cuya hora volvió el enemigo á sus puestos, dejando en su fuga muertos y armas que aun no puede recoger por completo, por no permitírsele nuestros fuegos.

Como á las dos de la mañana, el enemigo que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustin, abrió una brecha con artillería en la manzana que manda el ciudadano coronel Balcázar, lanzándose á continuacion hasta ocupar parte de una casa, en cuya posicion sostuvo un combate con los defensores de la linea hasta las cinco de la mañana, á cuya hora fue completamente rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos y armas, y en la calle otros de los primeros, y varias de las segundas que tampoco se le permite recoger.

Esusco hacer á vd. recomendaciones especiales de los pundonorosos jefes, oficiales y tropa con cuyo mando me honro, y solo le diré: que todos ellos han manifestado que conocen cuánto vale la dignidad de una nacion libre, que los ha honrado confiando á su denuedo el crédito de sus armas.

Por mi parte, felicito á vd. cordialmente y al ciudadano general en jefe, reiterándole las protestas de mi justa consideracion."

Lo que tengo la honra de trasladar á vd. para el superior conocimiento del ciudadano presidente de la República.

Cuartel general en Zaragoza, Abril 3 de 1863.—Ortega."

En la orden del cuerpo de ejército de Oriente del 3 al 4 de Abril de 1863 en Zaragoza, entre otras cosas se dice lo siguiente:

"El ciudadano general en jefe se ha servido mandar se haga mencion honorífica del ciudadano coronel del 6.º batallon de Jalisco Miguel Balcázar, por su comportamiento en la jornada de anoche, pues á mas de haber cumplido con su deber, dió ejemplo de valor á su tropa. Del teniente coronel del 4.º batallon Rafael Ballesteros, que llenó satisfactoriamente sus deberes. Del comandante de batallon Modesto Martinez y capitán Romualdo Zárate del mismo batallon"

que salieron heridos, y sin embargo continuaron con firmeza hasta terminar el combate.

En esta jornada cooperaron eficazmente los batallones 1.º de Toluca y 6.º de Jalisco, y sobre todo, el C. general Porfirio Diaz que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

Los partes generales comprenderán á todas las personas que se han hecho acreedoras, en la función de armas de anoche, al reconocimiento nacional.

De orden del ciudadano general en jefe.—El cuartel-maestre.—Comunicada.—*Privado.*"

"Zaragoza, Abril 6 de 1863.—A las cinco de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort —Mi querido amigo y compañero:—Diré á vd. lo que ha pasado en la plaza, de mas importancia, en estos últimos días.

El enemigo no ha podido dar un paso: ha abierto algunas brechas en las manzanas ocupadas por nuestras fuerzas, lanzándose en seguida sobre ellas; mas las veces que ha verificado ésto, ha sido rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos, algunas armas, y aun instrumentos de zapa, corriendo en seguida á ocupar las manzanas que se hallan en su poder.

A las cuatro de la mañana del sábado, 4 de Abril, el enemigo comenzó á arrojar bombas y granadas sobre San Agustín, y á las seis de la misma mañana, logró incendiar la iglesia del referido ex-convento. A esa misma hora comenzó á arder una casa particular del centro de la ciudad. El enemigo, creyendo que esto introduciría el desorden en los defensores de la plaza, duplicó sus fuegos de artillería, intentando en seguida apoderarse de algunas manzanas, de las que fue rechazado, y reducido á las posiciones que ocupa. Sus fuegos y los nuestros, se suspendieron á las once del día, hora en que se convenció el mismo enemigo de que nada podía conseguir, por medio de los incendios producidos por sus proyectiles.

Por lo que respecta á San Agustín, diré á vd. que el poder de nuestras bombas fué ineficaz para apagar el incendio por la multitud

de combustibles que habia en la iglesia, y que consistian en santos, colaterales, casullas, manteos, &c., &c.

Nosotros no perdimos ni un cartucho, ni la cosa mas insignificante perteneciente al ejército; ni se permitió tampoco que el incendio se comunicara de la iglesia al resto del edificio, cuyo punto ocupaban nuestras tropas, habiéndose debido esto último á las acertadas medidas de los señores generales Llave, Berriozábal y Mejía, á quienes encontré en la línea atacada, y en cuya retaguardia se sufría el incendio. Los señores generales Mendoza y Paz, cada uno en la órbita que les corresponde, dispusieron oportunamente todo lo que convenia á que la plaza pudiera resistir un asalto general, y ésto lo disponian precisamente á la hora en que comenzaba el incendio, hora en que yo conciliaba el sueño, y en la que dichos señores no permitieron que se me hablara sino fué hasta que el incendio iba tomando incremento, y que se duplicaban los fuegos de artillería y fusilería en nuestra línea.

En el incendio referido, prestaron tambien importantes servicios los señores coronel Foster y Lic. D. Miguel Castellanos, lo mismo que los jefes y ayudantes de mi estado mayor, esto és, una parte de ellos, y que se componia de los señores Loera, Ortega [D. Joaquín], Tognó, Rincón, Calvillo, Sanchez y Velez, y algunas otras personas á quienes no recuerdo; á cuyos individuos encargué uno de los conductos por donde debia transmitirse el fuego de la iglesia al ex-convento. Esta comision la desempeñaron personalmente, en medio de las bombas y granadas que el enemigo estaba dirigiendo sobre aquel punto.

El mismo sábado por la mañana, el enemigo comenzó á dirigir sus tiros de cañon de San Javier para Santa Anita; mas este último fuerte contestó vigorosamente en el acto, y el enemigo apagó sus fuegos.

En la tarde se desprendian tres columnas débiles de infantería del campamento del Tepozúchil, sin duda con el objeto de

reconocer el terreno, y con direccion al fuerte de Zaragoza. Este, lo mismo que el de Ingenieros y Guadalupe, rompió sobre ellas sus fuegos de artillería, y algunos minutos despues las referidas columnas en desórden corrian para su campamento.

Los invasores ocupan seis manzanas, inclusa la del Hospicio. El frente y flancos de este edificio, están en nuestro poder. Los residentes de Morelos los ha ocupado el enemigo y están enfilados por nuestros fuegos.

Escribía la última frase, cuando el enemigo ha roto un fuerte cañoneo sobre la manzana que está frente del Hospicio, arrojando al mismo tiempo granadas y bombas sobre la ciudad.

Concluyo por lo mismo.—*Ortega.*”

“Son las seis y tres cuartos de la tarde, hora en que el señor general Ortega acaba de dar la vuelta, y me encarga diga á vd.: que el enemigo abrió brechas con sus cañones en la manzana que está al frente del Hospicio y á un lado de la calle de Miradores, logrando penetrar hasta el centro de ella; pero que ha sido rechazado victoriosamente.

El general Llave, que defendía la manzana, salió ligerísimamente herido, por una rosada de bala.

A esta hora cierro la carta y salen los correos —*Juan Tugno.*”

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro de la guerra.—Con ésta fecha me dice el Ciudadano general Llave, que fué quien resistió el ataque del enemigo la tarde de ayer en la manzana que ocupa, lo siguiente:

“Ayer como á las 5 de la tarde emprendió el enemigo un fuerte ataque sobre la manzana que defiende el batallon de Tuxpam, número 36 de este cuerpo de ejército, comprendida entre las calles de Miradores é Iglesias, y despues de haber abierto una enorme brecha con su artillería, lanzó una columna, la cual fué heroicamente rechazada y puesta en fuga, habiéndolo sido tiroteada por las fuerzas de las manzanas inmediatas, cuyo auxilio fué muy oportuno.

El enemigo dejó en nuestro poder un oficial y 36 individuos de

tropa prisioneros, algunos muertos, dos heridos y varias armas, las cuales he mandado repartir á los bravos soldados que las quitaron. Los prisioneros los he remitido á ese cuartel general. Los señores jefes, oficiales y tropa que concurrieron á esta gloriosa jornada, han tenido el mas digno comportamiento, habiéndose distinguido entre ellos el ciudadano capitan Manuel Galindo, quien fué muerto con felonía en los últimos momentos del combate. Como este jóven capitan ha prestado siempre muy buenos servicios á la libertad y á la independencia, suplico á vd. se sirva recomendar á su familia al supremo gobierno.

Los grandes trabajos que he estado efectuando durante toda la noche para cerrar la brecha que abrió el enemigo y prevenirme para otro ataque, me prohiben por ahora dar un parte mas detallado; pero si vd. lo considera necesario, lo haré cuando las circunstancias lo permitan.”

Lo que tengo el honor de trasmitir á vd., para conocimiento del C. presidente de la República.

Libertad y reforma. Cuartel general en Zaragoza, Abril 7 de 1863.—*Ortega.*”

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro de la guerra.—Con esta fecha me dice el Ciudadano general Felipe Berriozábal lo siguiente:

“Tengo el honor de poner en conocimiento de vd., las novedades ocurridas en el día y noche anterior en la division que está á mis órdenes y puntos que ella ocupa.

En los fuertes no hubo novedad, y en las manzanas del Poniente de la ciudad solo hemos tenido heridos un comandante de batallon y un capitan, cuyas heridas recibieron éstos, en los momentos en que el enemigo entre 6 y 7 de la tarde, emprendió su ataque sobre la manzana que está al costado del Hospicio, y que tan valientemente han resistido los cuerpos de la 5.ª division que la cubre. Como anoche al entregar á vd. los 37 prisioneros hechos al enemigo, le di parte verbal de lo ocurrido

y hoy dará á vd. el parte pormenorizado el general Llave, á cuyas inmediatas órdenes está dicha manzana, escuso hablarle de este particular, limitándome solo á manifestarle que por la derecha protejió la defensa muy eficazmente el 2.º batallón de Toluca, y por la izquierda el 8.º de Jalisco y un obús de á 24, á las órdenes de los valientes capitanes Castañeda y Sanchez. Aunque el enemigo llamó tambien la atención por la plazuela de San Agustín, no hubo una cosa de importancia.

Lo que tengo la honra etc., etc., etc.—Ortega."

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro de la guerra.—Con esta fecha me dice el Ciudadano general Ignacio Mejía lo que sigue:

"Tengo la satisfacción de participar á vd., que en esta línea fortificada no ha ocurrido novedad, y el sentimiento de que una de las muchas bombas que sobre esta plaza disparó el enemigo, causara la muerte á una monja, hiriendo á otras siete y á un presbítero, de quien tambien murió una hermana suya; habiéndose logrado sofocar el incendio que otra bomba había causado en la calle del Correo Viejo, casa del canónigo Ortega."

Lo que tengo la honra etc.—Ortega."

"Ciudadano ministro de la guerra.—Zaragoza, Abril 7 de 1863.—El ciudadano coronel Antonio Calderón, jefe del cuerpo Auxiliares del ejército, me dice con fecha de hoy lo siguiente:

"Pongo en el superior conocimiento de vd., que en la madrugada de hoy desalojé, con la fuerza de mi mando, de la garita del Puñal, á una fuerza de infantería de zuavos que se había apoderado de ella, sostenida por una fuerza de caballería que cubría el camino de Posadas, sufriendo el enemigo pérdidas considerables. Por mi parte he tenido heridos á José María Ortiz, Miguel Sanchez, Luciano Sanchez, Laureano Ramirez y Serapio Ponto Villafán, siendo de gravedad los tres primeros, que alucinados por un 'viva México!' que

gritaron los franceses, suspendieron la función de armas, y cobardemente entonces los citados franceses les metieron los marrazos. Tambien perdí tres caballos en el combate, portándose los soldados de este cuerpo de una manera decidida y recomendable."

"Lo que tengo el honor, etc."

Y lo traslado á vd. etc.—Ortega."

Los sucesos que tuvieron lugar desde el 8 al 11, son los que referí en mi carta de esta última fecha, que inserto en seguida ratificando su contenido.

"Zaragoza, Abril 11 de 1863.—A la una de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Anoche recibí la apreciable de vd. de 8 del corriente, marcada con el número 13. Solo dos correos de los que le he mandado no han dado la vuelta, pero tengo algunas razones para creer que no han caído en poder del enemigo.

No ha habido cosa notable en la plaza despues de lo que le comuniqué con fechas 6, 7 y 8 del corriente.

Los trabajos por sitiados y sitiadores siguen con mucha actividad, aunque con mas lentitud por parte de los últimos, por no permitirlo los fuegos de la plaza.

Despues de los últimos asaltos emprendidos por el enemigo, en los que ha sido rechazado dejando algunas de sus armas, muertos y heridos en nuestro poder así como prisionera una compañía de zuavos, se ha disminuido notablemente su ardor de iniciativa, y creo ha perdido mucho en su moral, así lo está indicando al menos la actitud que guarda, pues se ha limitado últimamente á la defensiva de las cinco ó seis manzanas que ocupa por la orilla de la ciudad, inmediatas á San Javier. Ha aspillerado parte de dichas manzanas, y segun se ha podido observar, parece que construye parapetos en el interior de ellas.

La manzana en que se halla el Hospicio, casi está ya convertida en escombros, así como una multitud de casas y edificios de los barrios del Poniente de la ciudad: esto no obstante, el enemigo no ha podido dar un paso hácia el centro de ella.

En estos últimos dos dias han disminuido considerablemente las bombas y granadas que el ejército invasor estaba arrojando sobre nuestros parapetos y los edificios de la ciudad, no obstante estar levantando nosotros á su vista nuevas trincheras y otras obras de zapa.

Esto, pues, me demuestra que, proyectiles de esta clase se le escasean, y con tanta mas razon juzgo de esta manera, cuanto que sé por mis correos y exploradores, que ha mandado carros á Orizava para que le conduzcan aquellos elementos de guerra. Además, ha debilitado sus fuegos á la hora en que ha sufrido, entre las calles y manzanas, algunos descabros.

Por nuestra parte habiamos disparado hasta el día 7 del corriente, veinticinco mil cañonazos, y arrojado al campo enemigo cerca de mil bombas. Pocas habian sido las municiones de infantería que habiamos consumido hasta la fecha citada, pues el número de lo gastado hasta entonces, no llegaba á cuatrocientos mil tiros.

Pocos tambien son los muertos y heridos que hemos tenido en estos últimos dias. El general Llave no fué herido de bala; solo recibió dos contusiones, en union del ingeniero Foster, con los escombros que arrojó sobre él la artillería enemiga al abrir la brecha.

El citado señor general Llave está ya perfectamente sano, y ni una hora se ha separado del reduto que le encargué, y que ha defendido con tanto valor.

Despues de lo que dije á vd. en mi última, los sitiadores no han atacado, ni han intentado atacar alguno de los fuertes de los suburbios de la ciudad.

Con el permiso del general Forey me escribió nuestro ingeniero Emilio Rodríguez, por sí y á nombre de los ocho oficiales prisioneros, cuyas cartas me entregó un parlamentario del mismo general Forey.

Al dia siguiente mandé seiscientos cincuenta y dos pesos que importaba una paga de nuestros citados prisioneros, incluso en dicha suma cincuenta pesos que dispuse se entregaran á un oficial que me dicen se halla tambien prisionero, y que pertenece al cuerpo de ejército que vd. manda.

Al mismo teniente coronel Rodriguez le dije: que con el permiso del general Forey me manifestara, si los ciento y tantos prisioneros de la clase de tropa que me hicieron en San Javier, estaban con tal carácter en poder del ejército frances, ó si habian sido refundidos en las fuerzas de Márquez. Nada me ha contestado hasta hoy, y es sin duda porque no se lo ha permitido el general frances, quien probablemente no hallará con que disculparse, por haber entregado á dicho cabecilla los prisioneros que tenia de nuestro cuerpo de ejército, cuando segun los usos y la práctica legalmente introducida en casos de esta naturaleza, debió haberlos conservado en su poder ó juramentádoslos, para que no hubieran tomado las armas en lo sucesivo contra el ejército frances.

Los prisioneros de dicho ejército que tenemos en esta plaza, me pidieron el permiso de escribir á su campo: se los concedí, y con la contestacion recibieron mil y quinientos francos en oro del cuño español.

Nada mas ocurre por aquí que llame la atencion.

Tenga vd. la bondad de hacerles presentes mis respetos al señor presidente y sus ministros, recibiendo vd. un saludo de los muchos amigos que tiene en esta plaza, y otro muy especial de su compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

El mismo dia 11 espedí el decreto que sigue, y que tenia por objeto proporcionar víveres al cuerpo de ejército de mi mando.

"Jesus Gonzalez Ortega, general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, y comandante militar del Estado de Puebla, á sus habitantes, sabed:

Que habiéndose descubierto algunos depósitos de víveres y forrajes, que se tenian ocultos con perjuicio del ejército y del público, cosa que en ningun caso debe permitir la autoridad; en uso de las amplias facultades, decreto:

Art. 1.º Todos los dueños de depósitos ó existencias de víveres y forrajes, presentarán dentro de veinticuatro horas, á la proveyuría de este cuerpo de ejército, una relacion exacta de las existencias que tengan.

Art. 2.º La proveduría procederá luego á recibir esas existencias, espidiendo al interesado la constancia correspondiente de la entrega que haya hecho, para su pago.

Art. 3.º Los que tengan establecimientos ó tiendas abiertas para vender víveres ó forrajes, continuarán en su comercio, y solo tendrán la obligacion de presentar dentro de veinticuatro horas á la proveduría, la relacion exacta de las existencias que tengan.

Art. 4.º Es prohibida y punible toda ocultacion de víveres y forrajes, y quien la hiciere, sobre perder las existencias que tuviere, ingresándose á la proveduría, será juzgado como traidor. En el mismo caso estarán los que, teniendo espendios abiertos, hicieren alguna ocultacion, cerrándoseles ademas el establecimiento.

Art. 5.º El que denunciare la existencia de algunos víveres y forrajes que se hayan ocultado, sobre espedírseles por la secretaría de la comandancia un certificado honorífico, se les gratificará correspondientemente en especie ó en numerario.

Art. 6.º Serán juzgados como traidores los proveedores ó personas que vendieren ú ocultaren los víveres destinados para los cuerpos ó batallones del ejército, así como los individuos del mismo ejército que tomaren del comercio, del vecindario ó de algun ciudadano, sin la órden correspondiente, cualquiera clase de objetos.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento. Dado en Zaragoza, á 11 de Abril de 1863.—*Jesus G. Ortega.*"

En esos mismos dias hice salir de la plaza una guerrilla de exploradores, que tenía dentro de ella, compuesta de hombres audaces y atrevidos, y que poseían un conocimiento exacto del terreno, con el objeto de que introdujeran algunos víveres, operacion que no creí imposible pudiera realizarse en esos dias, tanto por los informes que respecto del personal de la guerrilla me dió el general Negrete, como por el compromiso que ésta se contrajo, y el estado que, todavia en esa fecha, guardaban las obras de contravalacion que el enemigo llevaba para obstruir toda comunicacion con la plaza.

Acordadas con el jefe de la referida guerrilla, todas las señas y medios que debian servir para que pudiera desempeñar con buen éxito su comision, salió y no volví á tener noticia de ella hasta el mes de Mayo, en que recibí un oficio de su jefe, por medio del que me manifestaba, las dificultades que se le habian presentado para llevar á cabo su comision, y que cien reses que habia reunido últimamente, le habian sido recogidas por el señor general D. Tomás O' Horan.

El enemigo comenzó á dudar del buen éxito de sus asaltos, segun lo indicaban la actitud que guardaba y sus movimientos. Ademas los víveres y municiones comenzaron ya á escasear, y por esto dispuse que el citado general O' Horan, con la division de caballería, saliera de la plaza en la noche del 13 al 14 de Abril, con el objeto de introducir aquellos dos esenciales elementos de guerra, y de manifestar al supremo gobierno, la poquísima existencia que habia de ellos en nuestros almacenes: manifestacion que no habia podido hacer con toda verdad, por conducto de los correos que hacia salir, por temor de que mis cartas cayeran en poder de los sitiadores.

Habiendo acordado tambien con el mencionado general, las señas y contraseñas que debian servirnos para entendernos y para que la plaza pudiera auxiliar aquella operacion, y habiendo igualmente recibido por escrito y firmadas de mi puño las instrucciones correspondientes, verificó su salida.

En esas instrucciones se le prevenia: que se pusiera de acuerdo, para cumplir su comision, con el señor general D. Ignacio Comonfort, quien tenia obligacion de introducir á la plaza, los elementos de guerra que ésta necesitaba, segun lo que anticipadamente habia dicho el ciudadano ministro de la guerra al cuartel general del cuerpo de ejército de Oriente. Se le prevenia tambien que no obedeciera mas órdenes, que las que directamente le diera el general en jefe del referido cuerpo de ejército de Oriente, á cuyas fuerzas pertenecia y seguia perteneciendo la division que mandaba.

Para que no fracasáran los proyectos que motivaban su salida, escribí al supremo gobierno, suplicándole: que no se me qui-

tara la fuerza de caballería que mandaba aquel jefe, y que continuara, como hasta entonces, perteneciendo al cuerpo de ejército de Oriente, aunque se hallara fuera del recinto fortificado.

El mismo supremo gobierno, que estaba mas al corriente de las necesidades del cuerpo de ejército del Centro, y de algunas operaciones que era necesario practicar fuera de las murallas, no tuvo por conveniente obsequiar mi súplica, y dispuso por lo mismo, que la referida fuerza de caballería se pusiera á las órdenes del señor general Comonfort.

Del día 11 al 13 no tuvo lugar entre sitiados y sitiadores, sino lo que refero en mi carta, de esta última fecha, que inserto á continuación ratificando su contenido.

"Zaragoza, Abril 13 de 1863.—A las cuatro y cuarto de la tarde.—Sr. general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—El enemigo no ha podido dar un paso. Continúa sus fuegos de cañon sobre el Carmen y los reductos inmediatos á ese fuerte, situados entre el mismo y San Agustín por el lado que vé á la campaña; pero en ellos no ha sido tan afortunado, pues nuestra artillería los ha apagado dos ó tres veces, si bien aquel no ha hecho jugar todas sus piezas, así como nosotros no hemos puesto en acción ni la décima parte de las nuestras.

Los fuegos de fusilería de una y otra parte, han sido lentos y continuados.

El enemigo, desafortunado en sus últimos asaltos, no ha vuelto á intentar otro, sin embargo no cesa de arrojar sus granadas, balas de rifle y toda clase de proyectiles sobre la ciudad.

Estamos bien, muy bien; la moral de nuestro ejército ha subido gradualmente, á proporción que se manifiesta la impotencia del enemigo para tomar la plaza.

El general Rivera me dice que las fuerzas de vd. tuvieron un encuentro con los invasores, en el que estos últimos llevaron la peor parte.

Reciba vd. por esto, mis mas cordiales felicitaciones.

Nosotros no pudimos ni oír ni ver cosa alguna relativa á ese encuentro, por el ruido y humo que tenemos en la ciudad.

Nada mas ocurre de importancia.

Pocos muertos y heridos hemos tenido en la noche y día de ayer. Su amigo y compañero que lo aprecia.—*Jesus G. Ortega.*"

Del día 13 al 14, los fuegos continuaron por una y otra parte, aunque no muy nutridos, y sí con mucha actividad las obras de zapa.

Los acontecimientos habidos del 14 al 15 están consignados en mi carta de esta última fecha, cuyo contenido ratifico.

Hé aquí el documento que cito.

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 15 de 1863.—A las cuatro de la tarde.—Le he escrito á vd. desde el día 11 sin interrupción, y así lo haré en lo sucesivo, para que el supremo gobierno sepa con certeza y prontamente todo lo que pasa entre el enemigo y esta plaza.

Por ahora solo le diré, que en las veinticuatro horas anteriores á la en que escribo ésta, no ha ocurrido cosa alguna de importancia, y que el enemigo no ha podido dar un solo paso, ni ensanchar su línea por su frente y flancos, un palmo de terreno, sin embargo de estar hechas pedazos y destruidas, tanto las manzanas que ocupa el mismo enemigo, como las que ocupan nuestras fuerzas.

Los franceses han levantado su campo de Amozac, y de este campamento como de los que se hallan por el lado del Sur, han estado conduciendo gaviones hácia el frente del Carmen. Anoche han levantado una obra por el centro de los redientes de Morelos, *enfilados por los fuegos de las manzanas que ocupamos*, cuya obra hasta esta hora parece ser un camino cubierto ó el principio de un parapeto para desenfilarse dichos redientes y poderlos ocupar.

Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

Del 15 al 21 tuvieron lugar fuertes y rudos ataques sobre la plaza; los que no siéndome fácil referir pormenorizada-

mente, lo hago en general, contrayéndome, respecto de esos sucesos, á los puntos genéricos que con relacion á los mismos, narré en mi carta de fecha 21, haciendo en ella una rectificacion importante.

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 21 de 1863.—A las cuatro y treinta minutos de la tarde.—Mi querido amigo y compañero: Le pongo á vd. estas líneas para manifestarle que no me ha sido posible escribir despues del dia 15, en que le dirigí mi carta número 5.

Vd. habrá oido lo nutrido que ha sido el fuego del enemigo sobre la plaza y el de ésta sobre el enemigo en los últimos dias; cuyos fuegos comenzaron una hora despues de haber firmado mi citada última carta. En la tarde del mismo dia 15 el enemigo recibió 60 carros con municiones y dinero, y dos dias despues otros 90 con municiones y víveres. No me será posible darle á vd. una idea pormenorizada de todo lo que ha pasado en los seis dias anteriores en esta plaza, especialmente de los cuerpos que han tomado parte en la lucha, y por lo mismo me limito á referir lo mas notable. El dia 15, en las últimas horas de la tarde, hice salir del Cármen á la primera brigada de Zacatecas al mando del señor general Ghilardi, apoyada en una bateria de batalla, con direccion á la Teja, para impedir los trabajos de zapa que el enemigo estaba haciendo en aquel punto, con objeto de batir el Cármen. Esto dió lugar á una pequeña batalla que hubo en dicho punto, y á la que puso término la noche: durante el tiempo empleado en aquel encuentro, los fuegos se generalizaron por una y otra parte en la línea del Sur de la ciudad, recibiendo un fuerte cañoneo los parapetos defendidos por los señores generales Berriozábal y Diaz, por los coroneles Auza y Sanchez Roman, por el señor general Régules, y muy especialmente los del Cármen, en cuyo punto se hallaba el señor general Alatorre, dirigiendo el movimiento que le habia encomendado en esa línea. El enemigo, tan luego como vió que se desprendian fuerzas de la plaza para la Teja, conmovió todos los campamentos del Sur, y aun el del cerro de San Juan, mandando

reforzar á paso veloz con los mas inmediatos, á la fuerza que tenia en el citado punto de la Teja.

Ya dije á vd. que la noche puso término á este encuentro. Los fuegos, con mas ó menos interrupcion, siguieron durante la noche y el siguiente dia; en este último se desprendieron dos trozos de infantería del enemigo, compuestos de cazadores, con direccion á algunas sinuosidades del terreno que se hallan frente al fuerte del Cármen, y de cuyos puntos fueron desalojados poco despues. Los fuegos de artillería del mismo enemigo habian destruido una parte del panteon del Cármen.—El fuego continuó durante la noche, el dia siguiente, la noche del mismo dia y mañana del 19, con mas ó menos interrupcion; pero aunque el enemigo lo generalizaba por toda la línea ya citada, era muy remarcado sobre las manzanas que se hallan en uno de los costados de la Plazuela de SanAgustin, y con vista á la llanura, y la que se halla á la espalda de Santa Inés y con vista tambien á la llanura, defendida la primera y la que está á su retaguardia por el 4.º batallon de Zacatecas, al mando de su coronel D. Joaquín Sanchez Roman, y la segunda, por fuerzas del mismo Estado, á las órdenes del coronel Auza.—Las dos manzanas encargadas al 4.º batallon de Zacatecas, quedaban en la línea defendida por la division que manda el señor general Berriozábal, y por esto puse accidentalmente á sus órdenes el mencionado batallon.—El enemigo llevó por espacio de algunos dias, una obra de zapa formal sobre dichas manzanas, estendiendo un ramal de sus paralelas por el centro de los redientes de Morelos, que se hallan como vd. sabe, sobre la llanura del rumbo de Santiago, y cuyos trabajos se le interrumpieron multitud de veces por los fuegos de artillería de las mismas manzanas; desalojándolo una vez de dicho ramal, y logrando aun quitarle los instrumentos de zapa y algunos gaviones, é incendiarle todos los demas con que reforzaba el mencionado ramal, cuya operacion hicieron unos cuantos soldados del 3.º batallon de Zacatecas á pecho descubierto.

La obra del enemigo, de que hablo á vd., se encuentra á unas veinte ó veinticinco varas de las manzanas que defendiamos, y ya que á

éstas, que se componen de las casas viejas de las orillas de la ciudad, se les hacia el honor de batirlas como á una fortaleza, pues como he dicho á vd. se habian hecho obras de zapa y colocado en ellas baterías para atacarlas, quise que sucumbieran con el mismo honor que les hacia el enemigo, y dispuse que se defendiesen hasta lo último, no obstante estar ya hechas pedazos, tanto por los parapetos que nosotros habiamos hecho en ellas, como y principalmente, por los fuegos de cañon y fusilería que habian recibido con mas ó menos fuerza en los quince dias anteriores.

A las cuatro de la tarde del dia diez y nueve, el enemigo rompió sus fuegos de cañon sobre las citadas manzanas, generalizándolos por toda la línea que he mencionado, incluso el fuerte de Teotimehuacán, al que se aproximaron algunas fuerzas francesas, y que hizo retirar en el acto la artillería de aquel fuerte: una hora despues estaban abiertas grandes brechas en las manzanas, cuyas brechas se cerraban con pelotones de nuestros soldados, quienes ya no podian ser auxiliados por nuestros fuegos de fusilería, porque los habia apagado la artillería enemiga, en atencion á que el frente de las manzanas inmediatas, miraba á la llanura y se hallaba á pleno tiro de aquellas.

Poco despues los zuavos asaltaron las manzanas ocupadas por Sanchez Roman, á cuya hora se hallaba en ellas como jefe de aquella línea, el valiente hijo de Oaxaca general Porfirio Diaz, y fueron heroicamente rechazados; mas este triunfo ocasionó un entusiasmo frenético en las tropas que defendian aquel punto, y no juzgando al enemigo astuto y conecedor de la guerra para aprovecharse de todos sus incidentes, lo creyeron derrotado y se cuidaron poco de aprestarse á un nuevo combate. El enemigo que vió la confianza que aquel triunfo habia inspirado á nuestros soldados, dió rápidamente otro asalto á las manzanas, y aunque éstas fueron defendidas valerosamente, tuvieron que perderse despues de un sangriento combate y de haber sido rechazados de nuevo los asaltantes.—Perdimos una pieza de mon-

taña que quedó sepultada bajo el techo de una casa que se desplomara, y entre muertos y heridos 150 hombres del 4.^o batallon de Zacatecas, é igual número de cada uno de los batallones de Rifleros de San Luis y primero de Aguascalientes, cuyos dos batallones pertenecen á la valiente division del C. general Negrete, y que mandé á los puntos atacados en auxilio de los mismos.—La manzana ocupada por el coronel Auza, que se halla entre las calles de Villareal y Cañitas, fué tambien blanco de la artillería enemiga, abriendo igualmente en ella grandes brechas. El jefe encargado de su defensa, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido, estuvo esperando el asalto durante la tarde y la noche, mas éste no tuvo verificativo, porque el enemigo se limitó á conservar las manzanas que habia defendido Sanchez Roman.

Muy entrada la noche visité aquella manzana, y convencido de que el enemigo no la asaltaria, sino que procuraria su destruccion por medio de sus cañones, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros, ordené al ciudadano coronel Auza la abandonara, despues de incendiarla, para que no aprovechara el mismo enemigo los escombros en que estaba convertida, y que á continuacion se replagara á la manzana inmediata, que es la de Santa Ines, y que forma parte de la línea fuerte que establecí para la defensa de la ciudad despues de la pérdida de San Javier. Tambien le ordené en la misma noche al ciudadano general Berriozábal, que incendiará las manzanas que habian ocupado en la tarde las fuerzas francesas, cuya orden fué cumplida en el acto sin que pudieran impedirlo los fuegos del enemigo.

Le previne igualmente al mismo general, que conservara esa noche, y el dia y noche de ayer, la manzana que se halla al frente del Hospicio y que le nombran de los cuarteles, la que se encuentra á la espalda de ésta y que forma uno de los costados de la plazuela de San Agustin, y la situada entre la misma plazuela y el ex-convento referido, y que si no eran atacadas durante ese tiempo, las abandonara despues de haber incendiado los escombros á que tambien

se hallaban reducidas, replegando á San Agustín las fuerzas que ocupaban aquellas, cuya orden quedó cumplida en la madrugada de hoy. Los fuegos han continuado ayer y hoy sin dar resultado favorable, ni á nosotros ni al enemigo. Forey estuvo ayer en el Molino para inspeccionar todo el Sur de la ciudad.—Está aglomerando piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra en el Pópulo para atacar simultáneamente al Carmen, Santa Inés y San Agustín.

El mismo Forey cree que la plaza se rendirá dentro de diez ó doce días por falta de víveres.

Han ido nuevos trenes para Orizava para conducir al campo enemigo mas proyectiles y víveres.

Sírvase vd. decirle al señor ministro de la guerra, que me propongo darle un parte general de todo lo ocurrido en Puebla, y que por ahora me limito á escribirle cartas particulares y por conducto de vd.

Todos nuestros generales han trabajado sin descanso, cumpliendo de una manera satisfactoria con su deber.

Estoy muy cansado y desvelado, y ademas, me duele mucho la cabeza; por lo mismo me reservo algunas otras cosas mas que queria decirle, para hacerlo mañana.

Una felicitacion muy sincera y patriótica en nombre del cuerpo de ejército de Oriente á los señores generales Rosas Landa y Echeagaray, recibíendola vd. de nuevo en nombre del mismo por la jornada del día 14.—Ortega."

En la noche del 18 al 19 entraron á la plaza, por orden del general Rivera y acuerdo espreso del general Comonfort algunos bultos pequeños con harina, y que contenian todos ellos el peso de noventa arrobas, pues aunque era mucho mayor la cantidad que se trataba de introducir en hombres de algunos indígenas, un incidente desgraciado impidió que se realizara aquel proyecto.

El citado general Rivera no me dió aviso de la hora en que debía hacer la introduccion y lugares por donde intentaba verificarla, sin duda por temor de que el pliego que contuviera

el aviso, fuera interceptado en la línea enemiga. Ignorando yo las disposiciones que respecto de ésto iba á poner en práctica aquel general, hice salir de la plaza la noche referida, al 4.^o escuadron de Zacatecas, cuyo cuerpo tuvo un encuentro con las fuerzas del general Rivera y con los conductores de harina, desgraciadamente en un punto inmediato á la línea francesa. Este es el incidente á que aludo en el párrafo anterior.

La pérdida honrosa de las manzanas que ocupaba Sanchez Roman, comprendidas en la línea defendida por los generales Berriozábal y Diaz, me ocasionó nuevas y fuertes dificultades; si bien aquella pérdida era muy insignificante, pues las referidas manzanas formaban parte de los puntos avanzados de nuestra línea, se hallaban débiles y debian por lo mismo defenderse de un modo transitorio y provisional, y si me propuse que se perdieran despues de un asalto, fué por el honor que les dispensaba el enemigo, construyendo una obra formal para atacarlas.

En uno de los días 21 ó 22 se presentaron en palacio, sin previa citacion de mi parte, los señores generales Berriozábal, Negrete, Antillon y la Llave: se hallaban tambien en la oficina del cuartel-maestre, en cuyo punto se reunieron todos, los generales Mendoza, Paz, Mejía y Diaz. El último de estos señores solo visitaba el cuartel general, cuando algun negocio de mucha importancia, relativo á la línea que defendía, lo llevaba á aquel punto.

Reunidos todos, llegó tambien el señor general D. Miguel Auza, quien aparte y reservadamente me manifestó que aquella reunion tenia por objeto pedirme que abandonara la plaza; que á él lo habian visto algunos de los generales que se hallaban en la junta, recomendándole que secundara sus proyectos, é influyera para que yo me prestara á la realizacion de ellos, y que en caso de negativa por mi parte, hiciera dimision del empleo militar que tenia en el cuerpo de ejército de Oriente, pidiendo su baja en él, como estaban resueltos á hacerlo los generales que mandaban divisiones; me manifestó igualmente:

que no accedió á esto último, dando por respuesta que no podía por motivo alguno pedir su baja en el mencionado cuerpo de ejército; y contrayéndose á mi persona me dijo: que solo cumplía con un encargo, en obsequio de la consideracion que dispensaba á los generales de que se habia ocupado, y que sin manifestarme su modo de pensar respecto de la plaza, en nada influia ni me indicaba tampoco cosa alguna con relacion á ella, porque deseaba que hiciera yo lo que creyese mas conveniente al honor de nuestras armas.

Habiendo pasado esta conferencia, que como he dicho tuvo lugar entre solo el Sr. Auza y el que suscribe, el señor general Mejía me dijo, sin hacer suya proposicion alguna, cuales eran las pretensiones de algunos de los señores generales que se hallaban presentes, refiriéndome lo mismo que me dijera poco antes el Sr. Auza.

En vista de esto tomé la palabra y con alguna vehemencia manifesté lo inconveniente y deshonoroso que juzgaba para la República, tomar aquella medida.

Se insistió en persuadirme de lo contrario, tomando para ello la palabra alternativamente los señores Berriozábal, Negrote, Antillon, Llave y Diaz, apoyando sus proposiciones en los siguientes argumentos, que espusieron con no menos vehemencia y calor con que lo hubiera hecho yo. Dijeron: que era necesario, para salvar las instituciones democráticas y la independencia de la República, salvar el cuerpo de ejército de Oriente.

Por la categoria de las personas con quienes hablaba, y muy especialmente por la situacion de la plaza que exigia de mi parte toda la prudencia posible, me presté á aquella conferencia, contestando á los argumentos que se adujeron, con los siguientes: que yo no habia recibido mas consigna del supremo gobierno, que defender á la ciudad de Zaragoza, y en consecuencia el honor de nuestras armas y el del benemérito cuerpo de ejército que mandaba que por lo mismo, la obligacion que tenia yo como soldado, y como yo todos los demas, de defender las instituciones é independencia de la República, era

obedeciendo las órdenes del gobierno, único que tenia poderes legítimos de la nacion para salvar, en los términos que él creyera por convenientes, aquellos caros principios.

A esto se me objetó, que la defensa de la plaza ya no podia continuarse, porque nuestro cuerpo de ejército estaba enteramente desmoralizado, á extremo de que se desbandaria esa noche ó al dia siguiente.

Mi respuesta fué: que yo no consideraba que se encontrasen nuestras tropas en el estado de desmoralizacion en que decian los señores generales, porque las veía llenas de entusiasmo, llenas de entereza y vigor; pero que aun en la hipótesis de que las juzgara de otra manera, permaneceria siempre en la plaza, porque este era mi deber, y que en el remotísimo y casi imposible caso de que nuestro cuerpo de ejército se desbandara, la nacion no veria en ese acto, sino una accion ejecutada y motivada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los habia entre los defensores de la plaza, mas no un paso deshonoroso dado é iniciado por sus generales. Repetí que yo no habia recibido otras instrucciones del gobierno, que las de defender á Puebla de Zaragoza, y que de esa consigna no me separaria ni en lo mas pequeño, porque mi separacion importaba tanto como contraerme una inmensa responsabilidad que no aceptaria jamas; porque deseaba, que el gobierno, al darle cuenta á la nacion de haber ó no conservado el depósito que pusiera en sus manos, no pudiera decirle que no habia tenido soldados, al par que republicanos, obedientes y respetuosos, que lo secundaran. Dije tambien, que este era mi deber y lo llenaria, fueran cuales fueren los tropiezos y dificultades que se me presentáran, y mas cuando al llenar ese deber satisfacía los sentimientos de mi corazon, complaciendo al mismo tiempo las exigencias de mi cerebro; porque si yo ejerciera entonces el mando supremo de la nacion, dispondria: que el cuerpo de ejército de Oriente, en el asedio que sufría la plaza y en el estado á que habian llegado las cosas, se sacrificara de un modo nuevo y honroso, para demostrarle á la Europa y al mundo, que los ciudadanos de que se compone nuestra República, esto es, el pueblo mexicano, tan noble como el pueblo mas noble de la tierra, poseía grandes y elevadas virtudes, que injustamente no le habian concedido las otras naciones, ó quizá por lo mal que lo habian representado sus hombres públicos; y dije por último, que mas grandes se pre-

sentaban los milicianos que mandaba, y mas respetable la nacion ante el ejército frances, sacrificándose aquellos en cumplimiento de una consigna y en las aras de un deber sagrado, que abandonando la plaza estemporáneamente, lo que podia atribuirse á una fuga vergonzosa, y mas cuando aun no habia una razon imperiosísima que justificara aquella medida.

Esto motivó una larga y acalorada discusion, en la que se amplificaron los argumentos referidos, agregando á lo dicho, el general Antillon: que el cuerpo de ejército no estaba en obligacion de hacer un sacrificio inútil. El general Berriozábal: que por el estado de desmoralizacion en que se encontraba nuestro cuerpo de ejército, temia y quería evitar que los franceses lo hicieran prisionero y los males que á esto se seguirian, porque puestos los elementos físicos con que contábamos, en manos de Márquez, estaba hecha con esto la destruccion de los pueblos de la República; me ofreció ademas su firma y las de los otros generales, para que descansando en ellas, pudiera salvar mi responsabilidad ante el gobierno y ante la nacion, porque aseverarian y autorizarian con ellas, según se espresó, la bondad del acto que me indicaban y pedian que pusiera en práctica. El general Negrete: que si no queria aceptar las indicaciones que se me hacian, me resolviera á dar una batalla campal, para salir de una ú otra manera de la plaza. El general Llave, llevando la palabra por todos los demas: que la marcha natural de los acontecimientos del sitio, aun cuando no se nos tomara la plaza, nos iba conduciendo necesariamente á una capitulacion, y que tanto él como sus compañeros estaban resueltos á no celebrarla,

Se dijo igualmente: que ya no habia víveres para nuestras tropas, y que los que se les proporcionaban, sacándolos de casas particulares, eran sumamente insignificantes, é insuficientes no ya para conservar la robustez y brio del soldado, pero ni aun para subvenir á su simple manutencion, y mas cuando se hallaba la tropa destruida en su parte física por los trabajos sumamente activos á que estaba dedicada durante el dia y la noche, y por las fatigas incesantes de la lucha. Se dijo tambien por los mismos señores generales: que las indicaciones que me habian hecho, eran para salvar la responsabilidad que tenian ante la nacion.

La contestacion que por último dí á lo que queda espuesto, fué la siguiente.

Que el sacrificio del cuerpo de ejército de Oriente no era inútil, si á él lo conducia la defensa de la plaza, en atencion á que este era el deber que le impusiera el gobierno y el honor de las armas de la República; que la calificacion de si era ó no inútil aquel acto, estaba sujeta, no á los generales que mandaban divisiones, sino al gobierno supremo en primer término, y al general en jefe en segundo, y que ni uno ni otro habian juzgado hasta entonces, inútil el sacrificio honroso de nuestros milicianos, si á ese sacrificio los conducian los azares de la guerra; y ademas que los pueblos todos eran muy celosos de su honra, y que por lo mismo México, á quien todos conociamos, veria con mas satisfaccion y orgullo hecho pedazos á nuestro cuerpo de ejército por el hambre, la fatiga y las balas, y aun en poder del ejército frances cumpliendo sus deberes, que no abandonando una plaza, cuya defensa se le habia encomendado, cuando todavia ella contaba con algunos elementos de vida y con el valor de sus defensores; y que si ese sacrificio, impuesto por los pueblos á sus hombres de armas, era obligatorio al subalterno y al soldado, lo era por doble motivo á las personas á quienes condecoraron con distintivos que no concedieron á todos. Que á nuestro cuerpo de ejército no lo veia desmoralizado, por mas que se me aseverara así y volviera á repetírseme. Que si la marcha de los sucesos de la guerra no nos era propicia, no podiamos evitar que nuestros elementos físicos, que consideraba y habia considerado siempre de muy poca valía puesto por término de comparacion el honor de México y de sus armas, cayeran en poder de Márquez, pero sí podiamos evitar que cayeran de un modo que no fuera decoroso; y que los medios que debiamos poner para la consecucion de esto último, debian ser otros, y no aquellos que pudieran calificarse de fuga, medios que me era facil poner en práctica, cuando contaba con el valor de nuestros milicianos y con el valor y arrojo de los generales á quienes hablaba, que tan bien se habian conducido en los treinta y tantos dias en que la plaza habia sostenido hasta entonces tan rudos com-

bates con el ejército frances. Que por lo que tenia relacion á las firmas que se me ofrecian para salvar mi responsabilidad, aunque eran de personas sumamente respetables y de quienes la nacion habia recibido importantes servicios, no las admitia, porque no teniendo otro termómetro que mi conciencia para conocer mi responsabilidad, no haria sino lo que ella me dictara, ni recibiria otros preceptos que los que me impusiera la necesidad y el gobierno general. Que la proposicion de dar una batalla campal, no tenia otro objeto que justificar de alguna manera, dándole un buen colorido, la otra proposicion de abandonar la plaza, porque estaba seguro, que aun los mismos generales que proponian esta medida, cuyas luces eran notorias en el arte de la guerra, estaban convencidos de lo inconveniente que seria adoptarla, porque esa batalla campal no habia á quien dársela, ni tampoco quien la presentara en contra, pues que el ejército frances, colocado en distintas posiciones perfectamente retrincheradas, en sus paralelas artilladas, bien consolidado en las manzanas que ocupaba en las orillas de la ciudad, y colocado ademas en la multitud de obras de contravalacion que habia puesto á la plaza, en ellas recibiria nuestras columnas, sin presentar esa batalla campal á que se aludia, apoderándose de la misma plaza en el acto que la abandonaríamos para dar aquella, porque se hallaba á doce ó catorce varas de nuestros muros; así es que proponerse poner en planta el proyecto referido, era proponerse perder y entregar la plaza al enemigo con la conciencia de no conseguir el objeto que aparentemente se deseaba; que lo que se hacia, y nosotros debiamos hacer, en casos de esta naturaleza, era arrollar al enemigo por uno ó dos puntos, para romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado, pero que esto estaba resuelto á hacerlo, cuando hubiera consumido de una manera absoluta todos los víveres y municiones con que contaba la plaza, esto és, cuando ya ningun poder humano pudiera salvarla, dejando así satisfecho, ante la historia y la conciencia pública, el noble orgullo del pueblo mexicano.

Dije por último: que yo no podia evitar que los acontecimientos del sitio siguieran su curso ordinario y natural, ni obligar al ejército frances á que dejara de hacer aquello que en un sitio marcan el arte y la ciencia, y que no podia tampoco evitar que fueran consumiéndose de dia en dia los elementos de guerra con que contábamos; y por lo que respectaba á lo que se decia, de que los señores generales estaban resueltos á no celebrar una capitulacion, pensábamos de absoluta conformidad, y que de mis lábios nunca habia salido ni saldria una frase que indicara una capitulacion de parte del cuerpo de ejército de Oriente, y que jamas admitiria ésta ni la propondria tampoco.

Agregué á todo lo espuesto: que si era una verdad que nuestra tropa, al mando de sus dignos generales, habia sufrido y estaba sufriendo mucho por el hambre, la fatiga de la lucha y lo incesante de los trabajos, que si era tambien verdad que los víveres eran ya bien pocos y que me los estaba proporcionando de las casas particulares, no era menos verdad que los pueblos que en defensa de su honor, habian conquistado una página brillante en la historia, habian tenido que someterse á estos lances terribles, pasando por las mas rudas pruebas de la guerra, y que al cuerpo de ejército de Oriente lo juzgaba capaz de hacer lo que hubieran hecho é hicieran los soldados mas patriotas de la tierra. Por lo que respecta á la responsabilidad que me decian tener ante la nacion, les manifesté igualmente: que no tenian otra que darme su opinion cuando se las pidiera, pelear como lo estaban haciendo, y obedecer las órdenes del cuartel general, porque dar cualquiera otro paso era precisamente contraerse una responsabilidad, era faltar á los preceptos de subordinacion que tenian como soldados, era presentarle dificultades á cada momento y con perjuicio de la nacion al general en jefe, y era hacer cesar hasta cierto punto la que éste tenia ante el gobierno y la del gobierno ante la nacion: que yo estaba tambien convencido de que la plaza se perderia mas tarde ó mas temprano, atendiendo al estado de ais-

lamiento en que se hallaba, y á los víveres y municiones que tenia en sus almacenes; pero que tambien lo estaba de que su pérdida no seria sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un monton de escombros, ó dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle á los franceses cuando llegara este caso: "*La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar.*"

Aunque entendí que mis palabras habian hecho bastante mella en el corazón patriota de los hombres á quienes las dirigia, tal vez por un principio de amor propio, se insistió todavía, aunque de una manera muy débil, en sostener las proposiciones que habian motivado la discusion, y por lo mismo y para concluir, dije de una manera terminante y con el carácter de un precepto: que el cuerpo de ejército de Oriente no saldria de la plaza, fueran cuales fueren las exigencias que yo tuviera al frente, á menos de que una orden espresa del gobierno no me lo previniera así, y de un modo terminante; ó que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y en las casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviera necesidad de romper el sitio; y que si los señores generales tenian la conciencia de la bondad suprema de lo que me proponian y de los bienes que esto debía traer á la nacion, aceptarán sobre sí toda la responsabilidad, levantando una acta en que me desconocieran como general en jefe, en cuyo caso quedaria el mando en manos del Sr. general Mendoza, mi segundo como cuartel maestro, ó en las del general que se creyera por conveniente.

Esta última medida propuesta por mí, como único medio que podia conducir á los generales citados á realizar los proyectos que me habian indicado, fué desechada honrosamente, y en primer lugar por el general Berriozábal.

El general Mendoza manifestó respecto de ella: que él no tomaría el mando del cuerpo de ejército de Oriente aunque se lo dijeran todos sus generales, y aunque para ello se levantarán cien actas, pues como soldado, queria que cada uno llenara su deber en el puesto en que lo habian colocado la nacion, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes.

El general Llave solo me dijo, como para descargarse de un compromiso que tenia pero no en términos que indicara el pedido de una resolucion tomada y acerca de la que se insistiera para llevarla á cabo de todos modos: "yo y mis compañeros teniamos la resolucion de hacer ante el Sr. general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones."

Como esto ya no importaba una peticion, sino una noticia que se me daba, nada resolví respecto de su contenido, y la junta se disolvió despues de haber recomendado y encarecido yo á los generales en nombre de la patria, la necesidad que habia de que todos trabajáramos unísonos y de conformidad, para realizar el programa que les habia hecho presente, y que era el medio por el que salvaríamos el honor de nuestras armas, y mas cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa pesaba única y exclusivamente sobre mí.

El general Auza no tomó parte en el debate, ni volví á hablar con él relativamente al punto que se habia cuestionado.

Los generales Mendoza y Paz, que tampoco habian tomado parte en aquel, me manifestaron despues confidencialmente pero con un carácter oficial: que pensaban de la misma manera que yo, y que mi plan lo aprobaban en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto solo tenian que obedecer, sino como ciudadanos, porque creian que de la realizacion de él, pendia la salvacion del honor nacional.

Lo mismo y en los mismos términos se espresó el general Mejía, agregando todos: que si esta manifestacion no me la ha-

bian hecho en presencia de la junta, era porque no querian con su disentiendo agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razon ejerciera su imperio.

Inmediatamente puse en conocimiento del supremo gobierno, las nuevas pretensiones de los generales que he citado, así como mi respuesta y la determinacion que estaba resuelto á llevar á cabo. La contestacion que tuve del mismo supremo gobierno, por conducto del ministerio de la guerra, fué la aprobacion plena de mi conducta, cuya comunicacion me reservé tambien para no herir susceptibilidades, y mas cuando solo queria que esa comunicacion me sirviera de norte en mis ultiores procedimientos.

Para no obrar imprudentemente, para saber el estado en que se encontraban los elementos con que contaba la plaza con relacion á la moral de nuestro cuerpo de ejército, y sin revelar una sola palabra ni á generales ni á subalternos respecto de la existencia de la junta ni de las frases que se habian vertido en ella para no introducir un cisma ó la division entre los defensores de la misma plaza, hablé con los generales Lamadrid y Régnles, Hinojosa y Ghilardi, Garcia y Gayosso, Escovedo y Cosío, Mora y Ríosoco, Prieto y Zalazar, hablé tambien con los coroneles Febles y Palacios, Zamacona y Ramirez, Garza y Terán, Camacho y Zepeda, Balcázar y Sanchez-Roman, Herrera y Cairo y Lopez [D. Juan], Loaeza y Smith, Aranda y Alatorre [D. Ignacio], y con otra multitud de jefes y oficiales, y por las palabras é informes de los mismos, vine en conocimiento, conocimiento que ya tenia, de que la moral y brio de nuestros soldados se hallaban en un estado brillante, lo que me probó mas el error en que se encontraban los generales que me habian sostenido lo contrario, error que procedia de la mejor buena fé y de un principio de patriotismo, y mas cuando los habia visto en los combates, conducirse como braves, sosteniendo los derechos de México y el honor de su bandera.

Los trabajos de zapa continuaron con toda actividad por una y otra parte, en los dias 22, 23 y 24, y los fuegos, con más

ó menos interrupcion, continuaron tambien con la misma fuerza que los dias anteriores. Las bombas de grueso calibre que el enemigo habia estado arrojando sobre la plaza, comenzaron á disminuir, y como aquella disminucion no se adunaba con los intereses de los sitiadores, entendí que estaban acabando con esta clase de proyectiles.

En esos dias recibí una carta del general Comonfort, en la que me hacia presente lo penoso que le era no haber introducido á la plaza las municiones de boca que deseaba, y lo mortificado que se hallaba tambien por haber hecho fiasco el proyecto del general Rivera; concluyendo con exitarme á que tomara los víveres y dinero que hubiera en Zaragoza, aunque fueran de propiedad particular.

Recibí tambien otra carta del general Rivera, concebida en los mismos términos que la anterior, y en la que, con la buena fé que caracteriza á su autor, me aseguraba las nobles y patrióticas intenciones del general Comonfort, y los vehementes deseos que tenia de proteger, de cuantas maneras le fuera posible, á la plaza y al cuerpo de ejército que la defendia.

Los sucesos acaecidos la noche del 24 y el dia 25 de Abril, estan referidos, aunque imperfectamente y en general, en la carta que escribí la tarde de este último dia, y cuyo contenido, que ratifico ahora, es el siguiente.

"Zaragoza, Abril 25 de 1863.—A las seis de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Las impresiones que he recibido el dia de hoy, me imposibilitan para decir á vd. circunstanciadamente todo lo que ha pasado en esta ciudad: lo haré mañana, limitándome por ahora á referirle, en unas cuantas líneas, el espléndido triunfo que acaban de obtener nuestras armas.—A las seis de la tarde del dia de ayer, y despues de un fuertísimo aguacero, el enemigo hizo volar por medio de minas una cuadra de la manzana de Pitimini, ocupada por las fuerzas de Toluca que manda el coronel Padrés, comprendida dicha manzana en la linea que defiende el general Berriozábal.

Una parte de la fuerza de aquella ciudad, quedó sepultada entre los escombros, y el resto de ella, defendió con entusiasmo y brío el punto que se le había encomendado, rompiendo un fuego nutridísimo sobre las brechas, que hizo retroceder al enemigo dos o tres veces que intentó dar el asalto,

Los fuegos se generalizaron por una y otra parte durante la noche, y á las cinco y media de la mañana, se duplicaron con mas fuerza y vigor, haciendo el mismo enemigo, un poco despues, volar otra cuadra de la manzana de Santa Inés, por medio de otras minas.

Allanó los escombros con su artillería, y lanzó fuertes columnas sobre el interior de la referida manzana, que defendian los batallones 3.^o y 5.^o de Zacatecas, al mando del valiente entre los valientes coronel D. Miguel Auza.

El combate se trabó de una manera sangrienta, disputándose el punto los contendientes de un modo encarnizado, pues se dispararon tiros á quemarropa sin perder terreno.

El combate duró mas de siete horas, y al terminar éstas, nuestras fuerzas quedaron dueñas absolutas del punto, con 130 prisioneros del primer regimiento de zuavos, incluso siete oficiales.

En obsequio de la verdad diré á vd. que los franceses han peleado como leones, y que cayeron prisioneros cuando ya pisaban sobre cerca de cuatrocientos cadáveres de sus compañeros, y cuando habia corrido ya el resto del regimiento y les era imposible continuar defendiéndose con buen éxito.

Los cadáveres los estamos levantando en estos momentos, así como los heridos de una y otra parte, para los que ya se nos han agotado las camas en los hospitales de sangre.

El enemigo, cuando se batía en el interior de Santa Inés, atacó tambien el centro de la línea que defiende el general Alatorre, y de cuya parte se hallaba encargado el señor general Régules, habiendo sido rechazado completamente de todos estos puntos, así como lo fué en los ataques ciertos ó simulados que emprendió sobre San Agustín y el Carmen, pues todo lo intentó durante las siete horas de combate de que le he hablado á vd.

Muchos jefes y oficiales, y algunos batallones, se han distinguido en la función de armas de hoy, siendo de los últimos, á mas de los dos que defendian el punto, el primer batallon de San Luis, al mando de los coroneles Escovedo y Garza, á quienes mandé en auxilio de aquella posición, previniéndole al primero de dichos jefes, que batiera á los franceses á la bayoneta, una vez que el coronel Auza con sus fuerzas habia quedado cortado, cuya orden desempeñó el referido coronel Escovedo de una manera honrosa y satisfactoria.

Tambien tuvieron una parte de gloria en esta jornada, doscientos hombres del primer batallon de Toluca, pertenecientes á la division del señor general Berriozábal y que mandaba el coronel Caamaño, cuyas fuerzas auxiliaron por el flanco derecho, de una manera eficaz, á las del señor coronel Auza; y el 2.^o batallon de Puebla al mando del coronel D. Juan Ramirez, cuyo cuerpo, que pertenece á la division del señor general Negrete, lo mandé tambien en auxilio del punto atacado, conduciéndose lo mismo que los anteriores, de un modo que no dejó que desear; pero el héroe principal de esta brillante jornada ha sido el citado señor coronel Auza, quien con los dos batallones que he mencionado, defendió el punto que encomendé á su valor, de una manera que ha admirado á los oficiales franceses. Dicho jefe fué cortado por unos cuantos minutos á consecuencia de que la artillería enemiga desplomó una parte del edificio sobre él, de cuyos escombros lograron sacarlo, arrostrando para ello la muerte y solo como un premio al mérito, unos atrevidos soldados y oficiales de Puebla y Zacatecas.

Los señores generales Berriozábal, Díaz y Llave, contribuyeron tambien á la victoria que hemos alcanzado este dia, pues con los fuegos de sus respectivas fuerzas impidieron que el enemigo mandara reponer las columnas que lanzó á Santa Inés, causándole además grandes estragos. Diré á vd. tambien: que quedé altamente complacido de la eficacia y prontitud con que dichos generales han cumplido todas las órdenes que les di, así como por el valor y serenidad que mostraron durante las horas del combate; lo estoy por las mismas razones, de los señores generales Negrete y Prieto, quienes ha-

llándose al frente de la reserva general é inmediatos al punto en que yo estaba, cumplieron tambien con valor y prontitud mis órdenes, lo que contribuyó en gran parte á nuestro triunfo.

De los señores generales Mendoza y Paz, solo diré á vd. que me sirvieron, como siempre, muchísimo, y que no quisieron separarse de mi lado ni aun en los momentos que ya finalizado el combate, y estando vencedoras nuestras fuerzas, creí indispensable mi presencia en Santa Inés. El general D. Francisco Alatorre, cuya línea fué hoy atacada, se condujo cual corresponde á su honradez y valor, lo mismo que el señor general Ghilardi y los coroneles Manuel Cosío é Ignacio Alatorre.

El combate de hoy ha sido el mas sangriento y el que mas honra á las armas de la República. Los muertos que dejaron los franceses y de que le hablo á vd., fueron solo en Santa Inés. Diré á vd., por último, que el ejército invasor acaba de recibir un rudo golpe.

Tenga vd. la bondad, compañero, de trasmitir estas noticias al señor ministro de la guerra, y admitir los testimonios de mi amistad y cariño.—*J. G. Ortega.*

Inserto tambien á continuacion y en lo conducente, las órdenes generales del cuerpo de ejército de Oriente, que tienen relacion con los acontecimientos que se han citado en la precedente carta.

"Orden general del cuerpo de ejército de Oriente, del 25 al 26 de Abril de 1863, en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe, justamente conocedor del mérito y valor de los ciudadanos generales, jefes, oficiales y tropa que han concurrido á las funciones de armas tenidas anoche y hoy, repeliendo el asalto enemigo en ambas ocasiones, y sin perjuicio de hacer tambien mencion de todos los que hayan dado lugar á ser nominados, se ha servido disponer se haga mencion honorífica de los ciudadanos coroneles Auza, Flores, Escovedo, Ramirez y Caamaño; de los tenientes coroneles Galindo, Cosío, Nogueyra y Padrés; de los comandantes y capitanes Monasterio, Salas, Beltran, Márquez, Cazarin, Morales, Nava, Diaz y Calvillo; cuyos nom-

bres, empleos y acciones en que se distinguieron, se dirán mañana, así como el brillante comportamiento de los batallones número 14, de Jalisco; 3.º y 5.º de Zacatecas; 2.º de Puebla, y 1.º y 2.º de Toluca, lo mismo que los pelotones de artillería que servian las piezas en ambas jornadas. Todos estos jefes, oficiales y tropa, han merecido bien de la patria y la estimacion de este cuerpo de ejército; pues que á mas de haber repelido al enemigo, causándole notable pérdida en muertos y heridos, le han hecho bastantes prisioneros dentro de la misma plaza.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestre.—

Mendoza.—Comunicada.—Prieto.

"Orden general extraordinaria del cuerpo de ejército de Oriente, del 26 de Abril de 1863 en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe se ha servido disponer que se espresen y ratifiquen los empleos y nombres de los jefes y oficiales de quienes se hizo mencion honorífica en la orden de ayer, y son los que á continuacion constan.

Coronel Miguel Auza, jefe de la segunda brigada de la cuarta division; coronel Mariano Escovedo, jefe de la segunda brigada de la segunda division, coronel Prisciliano Flores, mayor general de infantería; coronel Juan Ramirez, batallon número 17 de Puebla; coronel Juan Caamaño, primer batallon de Toluca, coronel Rafael Nogueyra, batallon número 24 de Michoacán, muerto; teniente coronel Manuel Cosío, batallon número 3.º de Zacatecas, teniente coronel José María Padrés, batallon número 2 de Toluca; ayudantes del ciudadano general en jefe, teniente coronel Mariano Diaz, teniente coronel Ignacio Calvillo y teniente coronel comandante de batallon Jesus Lalanne; teniente coronel comandante de batallon Mateo Salas, batallon número 3.º de Zacatecas, quien sucumbió y queda desde hoy ascendido á la clase inmediata; teniente coronel Nicolas Morales ayudante del ciudadano cuartel maestre; capitán primero Francisco Beltran, ingeniero, herido gravemente; capitán, Timoteo L. Rincon, ayudante del ciudadano general en jefe, quien sucumbió, y queda ascendido al empleo inmediato; comandante de batallon Carlos Galindo, batallon número 1.º de Zacatecas, herido gravemente; capitán primero Joaquin Cazarin, artillería; pagador Miguel Márquez, quien sucumbió.

Ademas de los jefes espresados, son dignos de mención honorífica por su brillante y valiente comportamiento en la jornada de ayer, los ciudadanos generales Felipe Berriozábal, Ignacio de la Llave y Alejandro García; así como los coroneles Agustín Villagra, mayor general de la primera división; Ignacio Alatorre, mayor general de la 5.^a Miguel Veraza, jefe del estado mayor del general en jefe de la 1.^a división; Camilo Ríos, jefe del estado mayor del general en jefe de la 2.^a Lorenzo Vega, ayudante del ciudadano general en jefe; teniente coronel Agustín Alcérreca, por su constancia y firmeza en la importante comisión que desempeñó; teniente coronel de ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa, teniente coronel Agustín Izunza, batallón número 17 de Puebla; teniente coronel Cirilo Castillo, comandante del punto de San Agustín; teniente coronel comandante de batallón Antonio Domínguez, batallón 1.^o de Toluca; comandante de batallón Antonio Espinosa, segundo batallón de Toluca; Eugenio Sánchez, ayudante del ciudadano general en jefe; Márcos Espinola, ayudante del ciudadano general en jefe, de la 1.^a división; Ignacio Valdés, batallón 5.^o de Zacatecas; capitán 1.^o de artillería Rafael Sánchez comandante; de batallón capitán 1.^o de artillería Francisco Castañeda teniente coronel de infantería, capitán 1.^o de la misma arma, Dionicio Aragón; capitán 2.^o José J. Ferrer; capitán de caballería 2.^o ayudante, Vicente Torres; capitán de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesús Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos últimos individuos pertenecen al cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustín, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Carmen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el día de ayer, mereciendo hacerse mención por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

Igualmente son acreedores á mención honorífica los capitanes Eulogio Sandoval, 6.^o batallón de Jalisco, Guillermo Velez, ayudante del ciudadano general en jefe, Manuel Ramiro y Santos Solís, ayudantes del ciudadano general en jefe de la 1.^a división, Reyes Rivas y Ramón Ramos; Comandante, capitán Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay del 5.^o de Zacatecas, Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3.^o de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la 1.^a división; segundo ayudante Ignacio Mendes, 3.^o de Toluca, quien sueció y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Sueumbió y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente, Ignacio Márquez, 1.^o de Toluca; Arcadio Gallegos 5.^o de Zacatecas; subtenientes Mercedes González, Jesús Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5.^o de Zacatecas; Salvador Ramos 3.^o de Zacatecas.

El capitán Luis G. Olaveza, del batallón número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallón, y además se le confiere el grado de teniente coronel.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestre —
Mendoza.—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendria mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado espuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el día 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: además creí que la relación de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondía mas bien al parte general que debía rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitación, y según lo permitían las graves atenciones que me rodeaban. Solo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupó: que al hacer su explosión las minas levantando una cuadra de la manzana

del Pitimíní la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduacion para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me dió el general D. Alejandro García y aun el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendía aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25 y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su esplosion bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mencion, la orden que recibía era esta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía. Le mandé decir tambien con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte estaria pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaria dentro de poco.

La respuesta que dió á lo anterior fué la siguiente: que las órdenes que acababa de recibir quedarian exactamente cumplidas.

Situé por la derecha de Santa Inés á mis ayudantes Diaz, Ortega y García Llamas con el objeto de que me informaran con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército francés lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna, y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las reservas generales, que se hallaban apostadas en la plaza de armas, al mando de los dignos generales Negre-

te y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojo inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza, y sobre aquellos en que su artillería nos habia abierto estensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podia distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la oscuridad que producía el humo del combate.

Las horas se sucedian, y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

Yo hacia penetrar á Santa Inés á mis ayudantes Vega, Calvillo Ibarra, Lalanne, Sanchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrian en la parte interior del edificio, como para mandar decir al general Auza, que no cesará un punto, fueran cuales fueren las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestion en nuestro favor, solo se requeria acabar de matar á los zuavos de que se componia el regimiento que habia penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenian sino estas sencillas palabras: que estaba enterado y que quedarian cumplidas mis órdenes.

A los generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi, les previne: que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y mas cuando por los partes que estaba recibiendo, vine en conocimiento, que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedian otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos generales, era la misma que me dió el señor Auza.

Uno de los oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés me dijo: que acababa de dejar al señor general Auza, cubierto con los escombros de una parte del edificio que se habia desplomado sobre él.

Mandé en el acto que penetraran otros de mis ayudantes, para que dieran á los coroneles Escovedo y Ramirez, las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse: que ya el referido señor Auza, aunque lleno de golpes y contusiones, se encontraba fuera de los escombros y permanecía en el edificio atacado, por no haber querido que lo sacaran de él, y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando, por el estado de postracion física á que lo habia reducido aquel incidente desgraciado.

Debo tambien decir á vd. señor ministro, para conocimiento del magistrado supremo de la nacion: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza á consecuencia del riguroso asedio que sufría aquella, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el mas ligero insulto, ni la mas insignificante tropelía ó vejacion de nuestros jefes, oficiales y soldados, sino muestras de consideracion y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo de caer prisioneros.

De varios oficiales franceses que me encontraron en la plaza de armas y atrio de catedral, y que estando ya prisioneros venian maldos del brazo de algunos de mis ayudantes y de otros jefes y oficiales de nuestro cuerpo de ejército, unos me suplicaron, que no se les pasara en triunfo, y algun otro, que se les volvieran las armas de que habian sido despojados despues de la derrota que habian sufrido.

A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios mas cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el ejército mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabia ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestacion á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se les devolvieran inmediatamente.

Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortésmente, siguieron su marcha custodiados solo por nuestros oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

Poco despues entraron tambien prisioneros y por las mismas calles los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habian sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espíritu revelada en sus maneras y en su semblante, se conocia claramente la confianza que tenian en nuestro ejército al hallarse prisioneros y en poder de él.

Dí igualmente la orden para que fueran colocados, en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habian llenado los deberes que tenian como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse ademas que se les tratara con toda consideracion, y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

Los oficiales heridos pertenecientes al ejército frances que entraban por las mismas calles, un poco despues, eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos jefes y oficiales, quienes rendian con esto un nuevo homenaje al valor.

Al trasladarme al edificio de Santa Inés, en el que encontré postrado al general Auza, dispuse que los heridos franceses y los nuestros se levantáran inmediatamente, no obstante los fuegos que el enemigo estaba dirigiendo todavia sobre el referido edificio. En él permanecí para ver cumplida la orden que acababa de dar, así como para relevar personalmente á los batallones 3.^o y 5.^o de Zacatecas, con los 1.^o y 2.^o del mismo Estado. ®

Cuando se recogian los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salváran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió dos oficiales, muchos soldados y al bravo teniente coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cum-

plir sereno, la órden que le dí, una bala de cañon le llevó una pierna.

En vista de esto, mandé al general Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operacion, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros, fuera con una igualdad absoluta, esto es, que los heridos franceses se levántaran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

Dos horas permanecí en aquel edificio. Las órdenes que dí al general Auza la mañana de ese día, se las dejé tambien al retirarme al señor Ghilardi, quien al recibirlas me dijo: que su palabra de honor me respondia del cumplimiento de ellas.

Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe: que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demás dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.

Por mi parte observé una conducta diametralmente opuesta, para no hacer mas dura y violenta la situacion de los prisioneros enemigos, que no tenian otro delito que haber caido en nuestro poder llenando honrosamente sus deberes de soldados. Dí al efecto órdenes desde principios de ese mes, para que ninguno de ellos fuera empleado en trabajo alguno; porque quise dar una prueba, observando para esto el mismo programa que el gobierno de mi país, de que aceptaba México la guerra injusta que se le hacia, pero de una manera digna y caballerosa, y sin barrenar en lo mas mínimo los principios del derecho de gentes, ni las prácticas que para templar los rigores de la guerra, ha introducido la civilizacion.

Multitud de cartas de oficiales y soldados franceses dirigidas á los compañeros y jefes que tenian fuera de la plaza, á

sus familias residentes en Paris y otras ciudades de Francia, y al general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, demostraban lo que acabo de manifestar. En ellas se decia: que al ser hechos prisioneros no habian visto dentro de la plaza y por todas partes, sino la humanidad y la civilizacion; que habian sido visitados por oficiales mexicanos decentes é instruidos, y recibido de ellos atenciones de esquisita delicadeza, cuando por los informes apasionados que recogieron en Francia, tenian una idea muy triste de los hombres que con las armas defendian en México las instituciones democráticas; que la Francia era una nacion culta y poderosa, y que ellos habian visto y palpado que México hacia esfuerzos por nivelarse á aquella nacion, y que por lo mismo México no podia ser enemigo de la Francia, ni la Francia enemiga de México; que ellos hacian los mas sinceros votos por que se arreglaran bien pronto las diferencias habidas entre uno y otro país, y que tenian esperanza de que esto se realizara, segun las cartas que habian recibido últimamente.

En cópias, y por distintos correos remití esas cartas al supremo gobierno, cartas que hacian un justo y merecido honor á México. Los correos cayeron en poder del enemigo, segun lo he inferido, tanto porque no volvieron á la plaza, como porque despues de mi salida de ella, no ví en los diarios de la capital de México, publicados aquellos documentos, sino los pocos que inserto en seguida con relacion al objeto de que me ocupo.

“Seccion de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mexicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de darts las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos; nuestro reconocimiento es tan grande cuanto puede sentirlo nuestro corazon. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido tambien la bondad de autorizarme

para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento que es la espresion del de todos mis compañeros.

Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cual ha sido la manera con que el ejército mexicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobacion un aviso que he redactado con objeto de mantener la disciplina; si lo juzgais á propósito y conveniente, os suplico que me autoriceis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

Esto no es mas que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

Recibid señor general en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento y aceptad de todos nosotros las gracias mas sinceras.

Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado.)—*Blottd*, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.

“Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor general en jefe del ejército mexicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le dá las gracias con todo su corazón y á nombre de todos.

Aprovecho tambien esta ocasion para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros que se encuentran en los establecimientos ú hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

Cada uno debe considerarse feliz en medio de las desgracias de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitaros, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oido decir, que estábais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aún con mucho cuidado; demos las gracias todos á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

Muchos de vosotros tenéis heridas graves, hacedlas mas honrosas, mostrándoos en medio de vuestros sufrimientos con toda la energía y abnegacion de que seais capaces, aceptando vuestra posicion. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontráis. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen los recursos suficientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hácia sus agentes.

A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

El sargento L.^o Merlier pasará diariamente por mañana y tarde á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados; y que estos se muestran reconocidos hácia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo sean respetuosos con las buenas hermanas de la caridad, que así como las nuestras se sacrifican por la humanidad:

El sargento Labrunié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blottd*

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos Duchesné, á sus padres.

"Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crea vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad, estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500 hombres próximamente que tomamos parte en el combate, solo 70 á 80 quedaron sanos.

Adios amados padres etc., etc.—(Firmado.)—*Duchesné.*"

Carta del capitán Blot al subteniente Derné.

"Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir esta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8.ª compañía que quedó en el campo.

Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró excesivamente digno y benévolo para todos.

Nuestro pobre sargento 1.º murió ayer á causa de sus heridas, después de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

Nuestro batallón está de desgracia: aquí estamos tres oficiales; Abril yo y Salata que no tenemos mas que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilaire, y Bormchligel fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemilly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que menos. Gallaud está bueno.

No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el francés y respetan nuestra desgracia.

En mi parte que dirijo al coronel están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento; con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

Agregue vd., á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento. . . .—(Firmado.)—*Blot.*"

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente, consumimos cerca de un millón de tiros de fusil y una gran cantidad de tiros de cañón.

El 26 di orden de que se economizaran de cuantas maneras se pudiera, las municiones de esta última arma, para prolongar la defensa de la plaza hasta donde humanamente fuera posible. Previne además al comandante general de artillería que no se dispararan cañonazos para demoler edificios, aun cuando estos se hallaran ocupados por fuerzas francesas, y que solo se hiciera jugar nuestra artillería, cuando por los movimientos y asaltos del enemigo, se creyera de absoluta é imperiosa necesidad hacerlo. Le previne también, que personalmente recorriera las líneas y diera las instrucciones correspondientes á sus subordinados, con el objeto de que aquella orden quedara exactamente cumplida, orden que verbalmente se comunicó al mismo tiempo por el cuartel general á los generales que se hallaban al frente de las líneas atacadas.

En la tarde del mismo día 25 que escribí la carta que dejo inserta, le dirijí otra reservadísima al señor general Comonfort, encareciéndole en ella la necesidad que había de que se moviera al día siguiente con sus fuerzas sobre la línea enemiga que circumbalaba á Zaragoza, suplicándole que si aceptaba mi proposición, se sirviera darme aviso de cuales eran los

puntos por donde debia hacer su marcha y hácia que campamento se dirijía, á fin de hacer salir una ó dos fuertes columnas de la plaza, para que simultáneamente atacáran un punto dado tanto las fuerzas del citado general, como las pertenecientes al cuerpo de ejército que yo mandaba.

Le decia tambien: que el movimiento, ejecutado con la prontitud que le indicaba, lo veria indudablemente el enemigo, como el resultado de la derrota que sufrieron sus columnas el 25, y que si no conseguíamos con ese movimiento una victoria decisiva, sí obligáramos á los franceses á levantar el sitio ó á reconcentrar sus tropas en los puntos mas fuertes que tuvieran, lo que importaria tambien, bajo otro aspecto, el triunfo de nuestras armas, porque le quedarían medios á la plaza de proveerse de lo que necesitaba.

Manifesté por último á dicho señor general: que por falta de municiones de boca y guerra, la plaza no sería posible que continuara defendiéndose, sino por el término de ocho dias á lo mas, y le recomendaba que lo espuesto se sirviera ponerlo en conocimiento del gobierno supremo.

Reservadamente interrogué á los generales Mendoza y Paz, encargado uno como cuartel maestro de los almacenes de víveres, y el otro de los de municiones de guerra como comandante general de artillería, si los elementos que nos quedaban eran suficientes para defender la plaza por ocho dias mas: unánimemente me manifestaron que no, demostrándome con los estados respectivos, que los víveres habían concluido y solo existían unas cuantas fanegas de legumbres secas, y que si los ataques eran fuertes, continuados y rudos en los dias anteriores, nuestras municiones de guerra concluirían antes de cinco dias.

A los citados generales les dije que era indispensable cumplir la oferta que habia hecho, aunque para ello tuvieramos que tocar los estrechos: en consecuencia previne al general Mendoza que pusiera comisiones, bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, para que con todo el comedimiento posi-

ble, ó rompiendo los cerrojos y azoteas si esto era necesario, fueran cateadas todas las casas del Oriente de la ciudad, con el objeto de sacar de ellas los víveres que se encontráran, previo un riguroso inventario y avaluo; y al general Paz, que se compráran, ó se sacáran de las tiendas, boticas y casas particulares, todos los ingredientes necesarios para la construccion de pólvora, ya fuera negra, blanca, ó de algodón.

Estas medidas, aunque no nos dieron un resultado sumamente satisfactorio, si nos sirvieron de mucho en los dias que faltaban de sitio.

El general Comonfort no creyó conveniente aceptar mis proposiciones, pero me contestó oportunamente, diciéndome: que para salvar su responsabilidad, ya pedia por estraordinario instrucciones al gobierno, respecto del contenido de mi carta, cuyas instrucciones nos servirían á ambos.

Aunque en general estaba aprobado por el mismo gobierno mi plan militar, quise no obstante tener una regla á que sujetar mis operaciones respecto de algun incidente imprevisto que pudiera presentarse en el curso ordinario de los sucesos, y pedí por lo mismo instrucciones al superior, repitiéndole, como lo habia estado haciendo en todas mis cartas, que el honor de nuestras armas se salvaria de todas maneras, sin perjuicio de dejar cumplidas las órdenes que se me dieran.

Del dia 25 al 29, celebré dos armisticios con el general frances, los que tenían por objeto levantar los cadáveres de una y otra parte, que se hallaban insepultos en las calles, entre los escombros de algunas manzanas, y en una gran parte de la llanura situada frente á la línea del Carmen á Santa Inés. Yo mismo propuse que el término que debían durar esos armisticios no pasara de dos horas.

Durante aquellas suspensiones de armas, permití que se remitieran del campo frances á los prisioneros que se encontraban dentro de la plaza, sus equipajes y correspondencia epistolar.

Propuse tambien al general Forey, que los cadáveres de uno y otro ejército se levantáran indistintamente, sin que el frances se limitara á recojer los suyos, y el mexicano los que le pertenecian, cuya proposicion fué admitida, mandándome decir en respuesta aquel general, de un modo cortés y comedido, que todo se haria en los términos que yo estimara por conveniente.

En esos dias los fuegos continuaron con alguna actividad, si bien el enemigo se limitaba solo á hostilizar la plaza por medio de sus proyectiles, sin intentar abrir otras brechas para dar nuevos asaltos, ni intentar tampoco atacar la ciudad por alguno de los muchos puntos abiertos que la circunvalaban.

Para inspeccionar el número de fuerzas que tenian los franceses en cada una de sus posiciones, y examinar cual era el punto mas débil ó mas conveniente, por donde nosotros pudiéramos emprender la salida cuando fuera necesario, ordené el dia 27 á los generales Berriozábal, Alatorre y Llave, que en la tarde de ese mismo dia y á la hora que al efecto señalé, rompieran los fuegos de fusilería y artillería sobre la línea enemiga, y al primero de dichos ciudadanos, que cuando se hubieran generalizado aquellos, mandara asaltar, con una fuerza pequeña de su division, la manzana que ocupaba el ejército frances, y que se halla al Sur de la calle de la obligacion, diciéndole tambien que aquel asalto no tenia por objeto sino única y exclusivamente, apoderarse de ella el tiempo puramente necesario, para incendiar los escombros en que se hallaba convertida, de los que estaban aprovechándose los invasores.

Ordené igualmente al general Mendoza, que diera las disposiciones correspondientes, para que á la hora citada se dejaran ver por la llanura, y en los puntos no fortificados, las reservas de la 4.^a y 5.^a division entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, y entre este último y el del Cármen, como en actitud de amago á la línea francesa establecida al frente de aquellos fuertes; y al general Negrete, que saliera de la plaza con su division y algunas otras fuerzas que le agregué, sobre

los campamentos enemigos situados entre Rancho Colorado Santa María, y que cuando se hallara inmediato á ellos, hiciera jugar su artillería, replegándose á la plaza tan luego como yo se le ordenara por medio de un signo telegráfico convenido, para cuyo efecto me coloqué con una bandera sobre la torre de Santo Domingo.

Todas estas órdenes fueron exacta y valientemente cumplidas, obteniendo por resultado de ellas, lo que me habia propuesto conseguir.

El dia 29 escribí al señor general Comonfort, diciéndole que habiendo concluido las municiones de boca y guerra con que contaba la plaza y no teniendo de donde sacarlas, ya no me seria posible seguir defendiéndola, y que por lo mismo, y dejando tranquila mi conciencia, habia llegado el dia de romper el sitio, lo que tendria que verificar el 2 de Mayo, arrollando dos de los campamentos retrincherados del enemigo: lo escitaba igualmente para que colocándose en un punto dado, llamara la atencion de los sitiadores y auxiliara la operacion que yo tenia que practicar.

Al comandante general de artillería le ordené, que alistara setenta piezas colocándolas en las plazuelas que se encontraban á retaguardia de nuestras líneas atacadas, pero que esta operacion debia hacerla con tanta reserva, astucia y precaucion, que no pudiera ser notada ni aun por los mismos soldados de nuestro cuerpo de ejército. Le previne ademas, que tuviera listos y preparados los medios que debian servirle, para romper, á la hora que se le dijera, las piezas de artillería que no podiamos sacar de la plaza; porque estaba resuelto á arrollar una parte del cerco, para que emprendiera su salida por ese punto, el cuerpo de ejército de mi mando; pero que este movimiento queria hacerlo de un modo que no indicara una fuga, sino la ejecucion de actos meditados fria y glacialmente, y llevados á cabo con calma, aunque motivados por la necesidad. Le previne por último que alistara las acémilas en que debiamos conducir, para romper la línea enemiga, las pocas

municiones de guerra que nos quedaban, dándole dos ó tres días de término para que simuladamente pudiera concluir estos trabajos.

Ni aun á este general, que me inspiraba tanta confianza y que se hallaba constantemente á mi lado, quise revelar el punto por donde debíamos hacer la salida, ni el día ni hora en que tendríamos que verificarla. Esta revelacion solo tuve que hacerla al general Comonfort, por creerlo asi conveniente, y solo respecto del señalamiento del día.

A los generales que mandaban divisiones les previne reservadamente: que con cuanta precaucion fuera posible, comenzáran á retirar las fuerzas que teníamos en nuestras líneas avanzadas, con el objeto de que á la hora en que se les diese la orden correspondiente, se pudiera hacer un movimiento general de todos los puntos que ocupábamos, sin que fuera notado por el enemigo, ni previsto por nuestras tropas.

Tuve, respecto de este mismo negocio, algunas conferencias con el general cuartel-maestre; y aunque este señor pulsaba algunas dificultades para que se llavara á cabo con buen éxito la empresa que yo estaba resuelto á acometer, me dió los informes que le pedia relativos á las avenidas de rueda y de herradura, que conducen de Zaragoza á distintas poblaciones.

Las dificultades que pulsaba el citado señor general consistian, en lo inmediato que se hallaban las fortificaciones del enemigo de las nuestras, y que por esto era casi imposible, militarmente hablando, hacer un movimiento general que no fuera percibido por aquel; y en la poca potencia de nuestra artillería movible para abrir brechas, con la prontitud que requeria el caso, en los parapetos levantados por el ejército frances para obstruir y defender el paso de las carretas.

Estas juiciosas observaciones no carecian de fundamento; mas como yo me encontraba resuelto á dar el paso referido, por que lo creí de mi deber, me aproveché y aprecí en lo que valian las indicaciones de aquel general, pero no cambié á la in-

fluencia de ellas mi plan, y contando con el patriotismo, valor y conocimientos militares del mismo señor Mendoza, le dije: que iba á poner á sus órdenes uno ó dos batallones, y á en cargarle la defensa de algunos muros de la ciudad, inter yo con el resto de los generales rompía el cerco puesto á Zaragoza, y que como la fuerza citada debia perderse y caer prisionera, lo dejaría la orden correspondiente, firmada de mi puño, á cuyo efecto lo comisioné para que él mismo formara la minuta.

Su contestacion á mis proposiciones, que aun no tenían el carácter de una orden, fué decirme: que él pertenecía á su patria como soldado y como ciudadano, y que por esto yo podia disponer de su persona en los términos que lo estimara por conveniente.

Se hicieron los aprestos respectivos, y cuando todo se hallaba listo, recibí la contestacion del general Comonfort, en la que me indicaba, suspendiera el paso que iba á dar, tanto por las instrucciones que me acompañaba del supremo gobierno, como porque el ciudadano presidente de la República llegaria dentro de algunas horas á San Martin de Tasmelúcan, que era el cuartel general del cuerpo de ejército del Centro, y como en comprobacion de su aserto, me trascribió un mensaje telegráfico suscrito por uno de los señores ministros y fechado en Riofrio.

Las instrucciones á que aludo, motivadas por mis cartas y por las del general Comonfort relativas al movimiento que le indicaba hiciera el día 26, eran dirigidas oficialmente al citado general, y á mi solo se me trascribian en la misma forma. El contenido de ellas, como lo recordará el supremo gobierno, era en extracto el siguiente.

Decia el señor ministro de la guerra: que el ciudadano presidente de la República estaba persuadido que el cuerpo de ejército de Oriente, continuaria defendiendo, como lo habia hecho hasta entonces, la plaza de Zaragoza, mientras no le faltáran municiones de boca y guerra, y que por lo mismo imponia al general Comonfort, como primera y urgentísima obli-

gacion, la de introducir víveres á la ciudad atacada: que si esta operacion fracasaba por algun incidente desgraciado, el cuerpo de ejército del Centro deberia proteger de cuantas maneras le fuera posible, la salida del de Oriente; y que si ni aun esto podia llevarse á cabo con buen éxito, el gobierno preferia afrontar todas las consecuencias, y queria por consiguiente, que se librara una accion, á la que concurririan ambos cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenia, y al efecto me comunicaba, que la introduccion del convoy la verificaria por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debia hacer su marcha el convoy, así como los dias en que se verificaria ésta, me los señalarian durante la noche unas grandes fogatas, y en el dia fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prescindia salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decia tambien al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerian decididamente las operaciones del cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente dí orden al cuartel-maestre para que se colocaran vigias, perenne y constantemente sobre las torres de catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se habia propuesto darme el general Comonfort para que protejera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aun mandé preparar tambien con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.ª division al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí tambien una carta del ciudadano presidente de la República, en la que me decia: que mucho muchísimo habiamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al gobierno, se hubiera movido el dia 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venia una noticia reservada, procedente del ministerio de la guerra, respecto de las casas particulares en que se encontraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos dias mas.

Las obras de contravalacion á la plaza continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construia el enemigo para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decia el 2 de Mayo en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico.

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd. fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor presidente y sus ministros á San Martin.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastion Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el

enemigo, esto es, para contrariar nosotros las obras de aquel. —Nada mas ocurre de importancia.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—Ortega.”

Los días 3 y 4 de Mayo, los fuegos fueron nutridos durante algunas horas, y las obras de contravalacion que el enemigo seguia poniendo á la plaza, continuaron con mucha mas actividad que los días anteriores: dichas obras comenzaron tambien á estenderse al frente de los fuertes del Carmen é Ingenieros.

El último de estos días celebré con el general Forey, por medio de mi ayudante teniente coronel C. Juan Tognó, una convencion, por la cual quedó arreglado el cange de prisioneros de uno y otro ejército, cuya pieza oficial inserto en seguida.

“Cange de prisioneros arreglado entre el señor general Forey, senador, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México, y el señor general Ortega, en jefe del ejército mexicano de Oriente.

Art. 1.º Los oficiales prisioneros serán cangeados grado por grado, y hombre por hombre; llevarán consigo sus armas.

Art. 2.º Los sargentos, cabos y soldados, serán cangeados hombre por hombre, sin distincion de grado.

Art. 3.º Los prisioneros heridos serán comprendidos en este cange. Continuarán curándose en los hospitales en que se encuentren, y serán remitidos á sus ejércitos respectivos, tan luego como se encuentren en estado de verificarlo, ó cuando lo soliciten. Los heridos que queden en los hospitales mientras dure su curacion, se someterán á los reglamentos de policia de estos establecimientos.

Art. 4.º En consecuencia de la presente convencion, serán cangeados: 3 capitanes, 2 tenientes, 3 subtenientes y 160 individuos de tropa, comprendidos 57 heridos franceses y 92 mexicanos.

Art. 5.º El cange de los prisioneros tendrá lugar mañana, cinco de Mayo, á las doce del día, en la esquina de la calle del Gato y de la del Malnatural.

Hecho por duplicado, en el cuartel general frances el 4 de Mayo de 1863.—El general en jefe del ejército mexicano de Orien-

te.—Ortega.—El general en jefe del ejército expedicionario de México.—Forey.”

El día 5 se verificó el cange, y no teniendo en su poder el ejército frances el número suficiente de prisioneros para cangear los que se hallaban en la plaza, dispuse que 26 zuavos sobrantes se le remitieran al general Forey, sin exigir por ellos cambio alguno.

Los soldados heridos quedaron en los hospitales de uno y otro ejército, segun lo convenido.

La mañana del mismo día 5 se me dió aviso de los cerros de Loreto y Guadalupe, que aunque no podian distinguirse, por la calina que cubria la atmósfera, las señas telegráficas de que he hecho mencion, se notaba fuego de fusilería hacia el pueblo de San Pablo del Monte.

Mandé en el acto que se alistara toda la plaza con sus correspondientes reservas, por lo que pudiera acontecer, y le previne al general Negrete que saliera en el acto por el pié del cerro de Loreto, con una fuerte columna de las tres armas, hasta colocarse en la llanura que se halla al frente del referido pueblo de San Pablo del Monte, y que en aquel punto esperara las órdenes del cuartel general, sosteniendo entre tanto el fuego que se le hiciera de la línea enemiga, como lo verificó.

Habiendo dejado en el palacio al general Paz, con algunos de mis ayudantes, para que me transmitiera con cuanta rapidez fuera posible, todas las noticias de lo que aconteciera en la plaza, me trasladé al cerro de Loreto en union del general Mendoza.

Cuando llegué al cerro mencionado, los fuegos que se notaron habian cesado enteramente: esto no obstante, dispuse que la columna que habia salido fuera de las murallas y que se encontraba ya tendida en la llanura, permaneciera en aquel punto, durante toda la tarde de ese día, sosteniendo algunos tiroteos con el enemigo, con el objeto de romper la línea francesa tan luego como yo observara algun movimiento del cuerpo de ejército del Centro hacia el referido punto de San Pablo

del Monte; porque como no estaba acordado ni determinado el día en que debía hacerse la introducción de víveres, no podía saber yo la causa cierta y positiva que motivara el fuego que se notó en la mañana; y habiendo cesado poco después de haber dado principio, calculé que fuera producido por efecto de algún simple reconocimiento que se había hecho del terreno.

En la tarde de ese mismo día cayeron algunos aguaceros y sopló un fuerte huracán por el punto en que se oyera el fuego, y esto impidió sin duda que el general Comonfort introdujera el convoy.

Poco antes de dar principio la noche, regresé al interior de la plaza, después de haber dado orden al general Negrete que hiciera lo mismo con la columna que estaba á sus órdenes.

El 6 recibí del general Forey la comunicación que inserto en seguida.

"Cuerpo expedicionario de México.—Estado mayor general.—Cerro de San Juan, Mayo 6 de 1863.—Señor general en jefe.—Habéis tenido ayer la condescendencia de remitirme todos los soldados franceses que estaban en vuestro poder, incluso los no comprendidos en la convención que trata del cange, por lo que suplico á V. E. tenga la bondad de admitir la expresión de mi gratitud por este acto tan espontáneo.

Las tropas del señor general Comonfort, se aproximaron ayer á nuestras líneas, de lo que resultó un combate, en el que nuestros soldados han hecho veintinueve prisioneros mexicanos; me apresuro á remitiroslos en cuenta de los veintiseis soldados franceses que me habéis enviado de más.

Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi muy alta consideración.—El general en jefe del cuerpo expedicionario.—Forey.—A. S. E. el señor general Ortega, en jefe del ejército mexicano en Puebla."

Esta nota la dejé contestada al siguiente día con la que también inserto á continuación:

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 7 de 1863.—Señor general.—El que suscribe tiene el honor

de acusar recibo á S. E. el señor general Forey, de su comunicación de ayer, así como de los 21 prisioneros hechos á las fuerzas del señor general Comonfort. Reciba S. E. las más expresivas gracias por la espontaneidad en la remisión de aquellos.

Ayer, cuando en la línea de ataque se tocó parlamento, dos soldados mexicanos salieron de los parapetos de San Agustín, y fueron muertos por las fuerzas de la línea francesa avanzada: á esa desgracia se siguió otra más, pues á la vista de los dos muertos se hizo fuego también de las manzanas de donde salieron dichos soldados, resultando de ello que un soldado francés que había salido con una bandera blanca en la mano, fuese casualmente herido.

En tal virtud, y para evitar que se repita tan desagradable y desgraciado incidente, propone el infrascrito, que se fije el camino de Tlaxcala ó cualquiera otro punto donde no se hallen tan avanzados los parapetos de una y otra línea, para anunciar y recibir á los parlamentarios de ambos ejércitos.

El que suscribe, disfruta el honor de reiterar á S. E. el señor general Forey, las seguridades de su alta consideración.—El general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega.—A. S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario."

El parlamento que se tocaba el día 6 en el ejército francés y á que aludo en la preinserta comunicación, tenía por objeto hacer cesar los fuegos para devolver las camillas que se habían proporcionado el día anterior á algunos oficiales heridos de aquel ejército.

El mismo día 6 se me dió parte que se notaban de nuevo algunos fuegos de cañón y fusilería al Norte de la plaza y en un punto inmediato al en que se notara el día anterior, aunque no podían distinguirse las señas que quedan mencionadas.

Repetí las órdenes que había dado antes, y cuando llegué al cerro de Loreto, mandé que las piezas de grueso calibre con que se hallaba artillado aquel fuerte, hicieran algunos disparos sobre las fuerzas avanzadas en la línea enemiga, para anunciarle de este modo, al cuerpo de ejército del Centro, que

la plaza estaba lista para proteger cualquiera de sus movimientos. A ese tiempo la columna mandada por el general Negrete, salía por el pie del mismo cerro entre los fuegos del enemigo.

Quedó aquella tendida sobre la llanura y fuera de las murallas sosteniendo durante la tarde un recio y nutrido fuego de cañón y alguno de fusilería, logrando rechazar una columna de infantería y caballería de los sitiadores que se desprendió del pie del cerro del Conde.

Lo espuesto lo comprueba el parte que el general O'Horan dió la tarde de ese mismo día al general Comonfort, cuyo parte, que he visto publicado en los periódicos, inserto en seguida.

"Señor general en jefe.—Acabo de retirarme de la loma del Conde, despues de haber cumplido la orden que vd. se sirvió darme. En este momento los fuegos de la plaza son muy vivos: las granadas de su artillería las estoy viendo estallar sobre las lomas del Conde: se oyen ya algunos tiros de fusil, todo lo cual manifiesta que el valiente ejército de Oriente ha hecho una vigorosa salida que reclama nuestro auxilio. Suspendo mi marcha, y espero órdenes de vd. El fuego es mas vivo y mas cercano; el enemigo desciende sobre el flanco derecho de la loma del Conde, á donde continuan estallando con mas frecuencia las granadas: la fusilería es mas nutrida y mas próxima.—Sobre el camino, á inmediaciones de San Miguel de Tenancingo, Mayo 6 de 1863, á las tres y media de la tarde.—*Tomás O'Horan.*"

El general Negrete tenia orden de marchar hácia la línea de los sitiadores y romperla en el acto que yo le diera el aviso correspondiente; lo que no llegó á tener lugar, en atención á que cuando salía de la plaza aquel general y yo me situaba en el fuerte de Loreto, los fuegos que motivaron aquel movimiento, habian cesado ya del todo sin que volvieron á repetirse en todo ese día.

Al aproximarse la noche mandé retirar la columna, y que se replegara de nuevo al interior de la plaza.

Las municiones de boca habian vuelto á agotarse enteramente, y nuestros soldados estaban recibiendo menos de media racion. Esta escasez me la manifestaban diariamente nuestros generales en los partes verbales que rendian, no para angustiar la situacion en que me encontraba, sino para demostrarme el estado en que se hallaban sus fuerzas, y para que estuviera al corriente del que guardaba en general todo nuestro cuerpo de ejército.

En atención á lo espuesto, nombré otras comisiones para que auxiliaran á las que estaban puestas bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, á fin de que cateadas todas las casas de la ciudad, se sacáran aquellos en cualquiera cantidad y donde quiera que se hallaran.

Estas nuevas comisiones las formé de mi ayudante de campo teniente coronel ciudadano Ignacio Calvillo, y de otros jefes eminentemente activos y celosos por la conservacion de nuestro cuerpo de ejército y honor de las armas mexicanas, cuyos jefes fueron escojidos y se me proporcionaron por los generales Berriozábal y Llave.

El resultado de esta medida, dictada por la necesidad, nos proporcionó, de un modo escasisimo y miserable, la manutencion de nuestras tropas por otros dias mas.

Cuarenta ó cincuenta mil habitantes de la ciudad, que habian quedado dentro de sus muros al comenzar el sitio, se encontraban en un estado verdaderamente violento y desesperado por la escasez de alimentos.

Millares de personas de todas condiciones, sexos y edades, entre las que se encontraban multitud de familias delicadas, respetables y decentes, se colocaban á recibir la muerte en las calles enfiladas por los fuegos enemigos, con solo el objeto de conseguir que se les vendiera una pieza de pan, en dos ó tres panaderías situadas en aquellos puntos: millares tambien de mugeres y niños se me presentaban en todas partes, pero muy especialmente en la calle de Mesones, donde estaban situados mis criados y las personas encargadas de mi asistencia.

Allí veía el cuadro mas triste y desgarrador que he presenciado en mi vida. Unas mugeres llorando me presentaban á sus niños; otras me pedían pan; éstas que les diera un pasaporte para salir de la ciudad; aquellas, que les proporcionara un socorro; y muchas, que les diera una boleta para que se les vendiera á cualquier precio una pieza de pan, en tal ó cual establecimiento de los en que se trabajaba aquel alimento para nuestros soldados.

Esto, señor ministro, no solo lo han presenciado determinadas personas, sino todo el cuerpo de ejército que defendía á Zaragoza, y mas de cuarenta mil habitantes que pacíficamente se hallaban en aquella ciudad, sin que los sitiadores les hubieran permitido salir de ella, una vez comenzadas las operaciones de la guerra.

El día 7 los trabajos de contravalacion del enemigo y las obras de contra-aproches de nosotros, continuaron con la misma actividad que los dias anteriores.

Los fuegos eran lentos y flojos por una y otra parte.

Despues de los sucesos del 25 de Abril, el enemigo quedó plenamente convencido de su impotencia para tomar la plaza á viva fuerza, y lo quedó tambien de que cualquiera otro asalto que diera, importaba la destruccion de su ejército: porque la moral de éste habia disminuido notablemente, á proporcion que habia subido la del nuestro.

Este conocimiento, conocimiento que todos teniamos, no es una paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército frances suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus mas aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.

Por lo mismo ya no di crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo frances, y muy especialmente á las que tenian relacion al 5 de Mayo, dia en que se me aseguraba, que tendria que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querian borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo dia, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y sérios ataques, ni mucho menos asaltos vigorosos, como los que diera y habia sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofía, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendía, dentro y fuera de las murallas de Zaragoza, la autonomia de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se habia resuelto á sacrificarlo todo antes que permitir que sufrieran en lo mas mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto mas honroso es esto para México, señor ministro, cuanto que el ejército frances retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que habia hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel ciudadano Juan Togno, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le dijo lo siguiente.

“Manifieste vd. al general Ortega: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en ce-

nizas y escombros, por su tenacidad. Dígale vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnición, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, según la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulación honrosa, capitulación que yo concederé al general Ortega y á la guarnición que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígale por último, que es necesario poner término á esta cuestion desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga presidente de la República de México, y la cuestion ha concluido; que conveniga en que se hagan nuevas elecciones de magistrado supremo de la nacion, y la cuestion concluye tambien; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés: si no admite estas proposiciones, manifiéstele V., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al menos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale."

Hubo algunas otras esplicaciones entre ambos de menos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante. "Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarle al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y mas cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que habia en la poblacion de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estacion de aguas, porque una vez

rendida procuraré consolidarme en ella y marchar sobre México hasta el próximo invierno."

A mi ayudante solo le dije en contestacion á lo espuesto, para que así lo manifestara al general Forey: que le agradecía muchísimo el alto concepto que tenia de mi humilde persona, así como el justo y merecido elogio que hiciera de la guarnición de la plaza; pero que importando sus proposiciones una intervencion de la Francia en la política de México, ó que me convirtiera yo en un usurpador, no podia acceder á ellas; y que no me prestaba á la conferencia, porque la creía inútil, en atencion á no tener yo ninguna clase de poderes legítimos para intervenir en las cuestiones políticas y diplomáticas de mi país.

En las líneas que defendian los generales Llave, Berriozábal, Diaz y Auza, se habian concluido algunas galerías subterráneas, para hacer volar por medio de minas, los edificios ocupados por el enemigo. Estos trabajos se habian hecho bajo la inspeccion de los mismos generales y direccion de los ingenieros, para cuya operacion proporcione oportunamente zapadores de Guanajuato y Zacatecas, que eran los mas hábiles y acostumbrados á esa clase de obras.

Aunque repetidas veces se me dijo por los citados generales, que estaban concluidas las galerías y que solo faltaba cargar las minas para obtener el resultado que nos habiamos prometido de aquellos trabajos, no me fué posible proporcionar la pólvora que se necesitaba, porque habia concluido la que teniamos, y no creí conveniente desbaratar los pocos tiros de cañon que quedaban en nuestros polvorines, único elemento con que contábamos ya para prolongar la defensa de la plaza. Así se los manifesté reservadamente á dichos generales.

Las minas, pues, no llegaron á cargarse por falta de pólvora, y preparadas las galerías, como lo estaban, las ocupó el enemigo al rendirse la plaza.

El dia 8 por la mañana se me dió parte, que se notaba un fuerte y nutrido fuego por San Lorenzo.

Dí en el acto las órdenes que en los días anteriores, dejé la columna de reserva que mandaba el general Negrete en la plaza de San José y calles inmediatas, con la orden espresa de hacer un movimiento rápido de la plaza hácia el punto que se le dijera, y me trasladé en seguida al cerro de Loreto para inspeccionar lo que pasaba y dar las órdenes correspondientes.

Cuando llegué á aquel fuerte, los fuegos habían cesado del todo, y con el auxilio de los lentes solo pude observar algunas columnas que se hallaban tendidas sobre las cimas de las lomas de San Lorenzo, sin poder distinguir si aquellas columnas estaban formadas de nuestras tropas, ó de las invasoras.

El general Comonfort no solo no me había dicho, pero ni aun indicado que tendría que hacer movimiento alguno por San Lorenzo.

No hallaba, pues, como explicarme el fuego que se había notado por aquel punto, y la situación de las columnas sobre las lomas. Para salir de aquella fatal incertidumbre, dispuse que el referido fuerte de Loreto rompiera sus fuegos sobre el Ocre, que era un punto fortificado y de los mas avanzados del enemigo, y mandé á uno de mis ayudantes con la orden para que hiciera lo mismo el fuerte de Santa Anita, á fin de indicar por este medio á las columnas que he mencionado, caso de que fueran nuestras, que la plaza estaba lista para proteger sus movimientos en el acto mismo que se observara que eran hácia la plaza.

Estas órdenes tuvieron su verificativo, y no obstante los fuegos de nuestra línea, las columnas permanecieron en quietud en los respectivos puntos que ocupaban.

Nada, pues, había aventajado por aquel medio. La incertidumbre continuaba por nuestra parte.

Algunas de las personas que se habían hallado durante la noche en el fuerte, y que pudieron hacer mas observaciones que yo con el auxilio de las primeras luces de la mañana de ese día, me aseguraron: que las fuerzas situadas en las lomas

de San Lorenzo pertenecían al cuerpo de ejército del Centro, fundando su aseveración, en los movimientos que habían podido notar de unas y otras tropas, en las horas en que se oyera el tiroteo.

El general Mendoza me hizo la siguiente y juiciosa observación: "El general Comonfort conoce perfectamente el terreno, y conoce tambien todas las ingeniosas astúcias de la estrategia: entiendo por lo mismo, que ha querido llamar la atención del enemigo con fuertes columnas por el rumbo de San Lorenzo, para dejar débil la línea de San Pablo del Monte, é introducir por este punto el convoy. Con tanta mas razón opino de esta manera, cuanto que el mismo general Comonfort no le ha indicado á vd. que hará movimiento alguno por San Lorenzo."

En atención á todo lo espuesto, dispuse que la fuerza, que debía proteger las operaciones del cuerpo de ejército del Centro, estuviera preparada durante el día y la noche para moverse á la hora que se le ordenara.

El 9 continuó ignorándose en la plaza la desgraciada jornada del día 8, hasta las últimas horas de la tarde de ese mismo día, en que por conducto de un parlamentario del ejército frances, recibí la nota que inserto en seguida.

"Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general en jefe. —Núm. 2,114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Sr. general en jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Sr. general Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habeis elegido este punto, que supongo que os conviene mas que cualquier otro, y mientras no me indiquéis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

Con el fin de que V. E. no sea engañado, [sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo], por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera mas escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

Han caído tambien en nuestro poder ocho piezas de artillería de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere mas que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

Recibid, señor general en jefe, la seguridad de mi alta consideración. El general de división, senador y general en jefe del cuerpo expedicionario de México.—Forey.—A. S. E. el general Ortega, en jefe del ejército de Oriente.—Puebla."

La precedente nota la dejé contestada con la que inserto á continuación, y que intencionalmente no quise escribir ni mandar al campo francés, sino hasta el día 13, cuya fecha es la que lleva.

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Sr. general en jefe.—Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convención del día 4 de este mes, y además quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalecencia.

Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

Buenas y laudables, señor general, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo tambien me permito decir á V. E., consultando solo de una manera fria y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó manchar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervencion de una nación estrangera en los negocios de su política interior.

Veo en la comunicacion de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle manifestacion que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano: que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nación, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinion de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.

Sirvase V. E., señor general en jefe, admitir las protestas de mi mas alta consideración.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—Ortega.—A S. E. el Sr. general Forey, en jefe del ejército expedicionario en México."

Por los prisioneros que me remitió el general Forey, me impuse pormenorizadamente del descalabro sufrido por una de las divisiones del cuerpo de ejército del Centro.

Esta noticia, que ni podia ni quise ocultar á la plaza, no enfrió en lo mas mínimo el ardor bélico de sus defensores, aunque sí me trajo nuevas dificultades.

Los generales Berriozabal, Negrete, Antillon, Alatorre y Llave se reunieron en una casa particular la noche de ese dia, y á las tres de la misma noche recibí una comunicacion suscrita por los cinco, en la que me repetian algunos de los

argumentos de que ya he hecho mención: diciendome ademas, que hasta ese dia habian conservado la disciplina de sus respectivas divisiones; que estando tambien yo convencido de que la plaza debia perderse, no comprendian por qué continuaba insistiendo en defenderla; que me repetian lo que ya me habian manifestado otra vez, para eximirse de la responsabilidad que tenian ante la nacion; y concluian diciendome, que no estaban por celebrar capitulacion alguna con el ejército frances.

Lo inusitado de la hora en que recibí aquella comunicacion, me hizo no contestarla en el acto, difiriendo hacerlo para el dia siguiente.

A las primeras horas de la mañana del dia 10 se me presentó el general Pinzon, quien me dijo estas palabras. "Mi general, me acaban de decir que se piensa hacer una capitulacion; tenga V. la bondad de decirme, si se puede, lo que haya de cierto ó falso en esa especie alarmante."

A la precedente pregunta contesté con toda vehemencia y calor: que la plaza no capitularia jamas, y que por mi parte, ni propondria ni admitiria algo que disminuyera, bajo algun aspecto, la honra y buen nombre de México.

Lleno de indignacion porque se vertian frases, sin razon y motivo alguno, para introducir la duda y el desaliento en los defensores de la plaza, me despedí violentamente del general á quien dirigia la palabra, y dando la vuelta me introduje á la habitacion del cuartel maestre, en la que reconvine fuertemente á los generales Berriozábal y Llave, por las especies que se vertian en el público y que acababa de trasmírmelo el general Pinzon, cuyas especies no podian tener por origen, sino la junta que habian celebrado la noche precedente, sin acuerdo y permiso del cuartel general.

Los referidos generales me contestaron, llevando el eco de sus palabras el acento del patriotismo y de la verdad: que la junta habia tenido lugar en las altas horas de la noche, y que la habian celebrado con todas las precauciones posibles, tanto

para no causar con ella un escándalo, como y principalmente, para que no se evaporara ni una sola de las frases que se vertieran en ella, y que por lo mismo no podian ser responsables de las especies que corrieran en el público, cuya responsabilidad pesaria mejor sobre alguno de mis ayudantes.

Dije despues á los citados generales: que sentia muchísimo que me hubieran dirigido la comunicacion de que he hecho referencia; pero que, puesto que habian querido dejar consignados en una pieza oficial los hechos y argumentos contenidos en ella, iba á ocuparme en el acto de contestarla.

Les dije tambien: que el dia 2 de ese mismo mes, estaba señalado para romper el sitio, y cuales habian sido las razones que se habian interpuesto para no verificar la salida; y que en atencion á que habia fracasado ya el proyecto de la introduccion de víveres, iba á tomar las disposiciones correspondientes para romper el cerco, pero que ese paso debia darlo sin precipitacion alguna, y con toda la calma que requería la gravedad del negocio que teniamos entre manos.

Lo espuesto, segun recuerdo, lo presenciaron los generales Mendoza, Mejía, Paz, Prieto y García, aunque no estoy cierto enteramente de que hayan estado presentes dos de los generales mencionados.

Contesté algunas horas despues la nota citada, renovando los argumentos que hice valer en la conferencia habida antes de los sucesos del 25 de Abril; repitiendo tambien, que yo, ni propondria, ni admitiria capitulacion alguna, ni pensaba, ni habia pensado jamas en la tal capitulacion. Les manifestaba que aunque tenia la conciencia de que la plaza debia perderse, la tenia tambien de que habia obtenido ya una victoria con solo la prolongacion de la defensa, y que de esta manera era como se esplicaba la constancia que habia tenido en defenderla y en no abandonarla, pues que los mismos señores generales sabian que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbian casi siempre antes de los treinta y uno á cuarenta dias; y concluia recordándoles sus deberes como

soldados y muy especialmente los compromisos que se habian contraido en la junta habida en palacio antes de dar principio el asedio de la plaza. No me olvidé de decirles: que ni uno solo de los generales, jefes, oficiales y soldados del cuerpo de ejército de Oriente, me habian indicado como conveniente la salida y abandono de la plaza, á escepcion de los generales de que he hecho mencion.

Después de escrita esta nota, creí que no era político ni oportuno entregarla, porque con ella no conseguiria otra cosa que agriar los ánimos entrando en contestaciones ó controversias ajenas de mi posicion militar, é incompatibles con la situacion en que se hallaba la ciudad, la que exijia de mi parte toda la prudencia y toda la energía que fuera posible.

Por esto, pues, no entregué la nota que he citado, reservándome hacerlo cuando fuera mas oportuno. Lo que no llegó á tener verificativo por los sucesos que después tuvieron lugar.

Escribí de nuevo al general Comonfort, diciéndole: que en atencion á que no habia podido realizarse la introduccion de víveres, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba, que el cuerpo de ejército del Centro llamara simplemente la atencion del enemigo, haciendo un movimiento hácia el pueblo de Ocotlan. Le decía tambien: que me diera aviso de la recepcion de mi carta, por medio de una seña que debía colocar sobre la cúspide de determinado cerro.

A los generales que mandaban divisiones les repetí la orden de los dias precedentes. Al comandante general de artillería le previne: que solo alistara treinta piezas, y no setenta como se lo habia ordenado la vez anterior: porque creí que para el día 14 apenas quedaria la dotacion absolutamente indispensable para el citado número de treinta piezas, manifestándole que para que se verificara el rompimiento del resto de nuestra artillería con toda la precaucion posible, cuando fuera conveniente, yo mismo en persona y dos de mis ayudantes lo acompañariamos en los trabajos que requería aquella operacion.

Al general cuartel-maestre le ordené: que se ocupara preferentemente, de formular el plan que debía servir para romper el cerco y salir de la plaza el cuerpo de ejército de Oriente.

Al siguiente dia me presentó dicho señor los puntos generales que iban á servir de base para la formacion del plan mencionado; y no estando yo de conformidad con todos ellos, le hice algunas observaciones, para que las tuviera presentes al redactar y formar aquel documento.

Los ataques del enemigo debilitados notablemente por los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, si bien esos ataques, solo tenian por objeto concluir el cerco y obras de contravalacion á la plaza, hostilizándola fuerte y tenazmente, mas no abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates comenzaron tambien de nuevo fuera de las murallas, teniendo para ello que hacer repetidas salidas, durante la noche, las fuerzas que se hallaban á las órdenes del general Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua y que defendian el fuerte de Ingenieros, las que mandaba el general Pinzon correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecian el fuerte de Zaragoza, y las que obedecian al ciudadano coronel Joaquin Sanchez-Roman correspondientes al Estado de Zacatecas y que custodiaban el fuerte del Carmen.

Muchos de nuestros valientes sacrificaron en esas salidas y en las aras de la patria, su preciosa existencia. No doy aquí sus nombres, para orgullo y satisfaccion de México, por no recordarlos.

En ellas tambien murió valerosamente, cerca de la Magdalena, el bravo coronel de guardia nacional de Zacatecas, C. Gregorio Alcántara.

El 11 los fuegos fueron bastante nutridos, y muy especialmente en la línea del Carmen á Ingenieros.

El 12 fueron mucho mas nutridos, y mas rudos los ataques, fuera de las murallas y durante la noche, que los dias anteriores.

En la tarde de ese mismo dia me coloqué en union del cuartel-maestre, sobre la torre de la Soledad, á fin de examinar y determinar los puntos por donde debia efectuarse la salida.

La oscuridad producida por el polvo, el humo y la calina, no permitieron que fijáramos con toda precision los puntos referidos; pero por lo que respecta á mi parte, completé el plan general que me habia propuesto formar y llevar á cabo.

Cuando me hallaba en la torre de la Soledad, presencié uno de tantos espectáculos tristes de los muchos que ofrecia el sitio de Zaragoza.

Multitud de familias compuestas de mugeres y niños presididas por un caballero envuelto en una capa romana y con un niño en los brazos, acosadas por el hambre, prefirieron afrontar la muerte á permanecer en la ciudad atacada.

Colocada en grupos diseminados aquella gran caravana por toda la arquería que hay del Carmen á Ingenieros, intentó pasar el cerco enemigo con la proteccion de algunas banderas blancas, con la que le daba la edad y sexo de las personas de que se componia distinguido todo de una manera flagrante á la luz plena del sol, y por un punto donde no habia fuegos, ni podian embarazar con su salida alguna operacion militar.

El ejército frances que conocia la escasez de municiones de boca y guerra que habia en la plaza, quiso, como era natural, hacer mas violenta la situacion de aquella por todos los medios posibles. Así es, que tan luego como notó que intentaban salir del recinto fortificado las mugeres y niños de que me ocupo, rompió sus fuegos sobre ellos, de las obras de contravalacion que construyera por aquel rumbo.

Las familias se replegaron á las casas de la ciudad, y poco despues intentaron nuevas y repetidas salidas, tomando las señoras, en los brazos y de las manos, á sus pequeños hijos,

y marchando de esta manera por los puntos mas visibles de la llanura.

El ejército frances volvia de nuevo á hacer fuego sobre ellas.

Hasta las últimas horas de la tarde estuve presenciando aquel cuadro, formado de dos colores opuestos. Por una parte se veía una violenta é inusitada desesperacion; por la otra un cálculo indiferente, frío y glacial.

Los fuegos continuaron durante la noche con mucha actividad, sostenidos fuera de los muros, por las tropas que se hallaban en los fuertes de Ingenieros, Carmen y Zaragoza, pero muy especialmente por las de Durango y Chihuahua que defendian al primero, y cuyo fuerte era el que entonces sufría los mas rudos ataques.

El enemigo habia concluido enteramente las obras de contravalacion.

El dia 13 por la mañana el ejército sitiador hizo jugar todas sus baterías sobre el citado fuerte de Ingenieros, haciéndolo punto objetivo de sus ataques, sin dejar de hostilizar con sus proyectiles al Carmen, con el objeto, sin duda, de que este fuerte no protejiera enérgicamente al de Ingenieros.

Poco despues el general Patoni me mandó decir con uno de sus ayudantes: que si le permitia hacer una salida fuera de murallas, sobre las paralelas y puntos retrincherados del enemigo.

Le contesté por la afirmativa, previniéndole solamente: que no hiciera el movimiento sino hasta la hora señalada por el cuartel general.

Mandé en el acto que se aprestaran todas las reservas de la plaza, puse á las órdenes del mismo general Patoni parte de las fuerzas que mandaba el general Negrete, y cuando todo estaba preparado, mandé decir al primero de dichos generales, que ya era hora de verificar la salida y de atacar la línea francesa.

Con el movimiento iniciado por aquel general no me propuse hacer una simple aunque ruda hostilización al enemigo, ni dar por medio de él una prueba mas de la valentía y arrojo de nuestros soldados, que atacaban puntos retrincherados sin abrir previamente la brecha respectiva, sino que principalmente me propuse poner en claro las potencias de sus parapetos, la colocación de sus fuerzas, y el número que de éstas defendía las obras de contravalación y puntos elegidos para sus emboscadas.

La salida se verificó en muy buen orden, y el ataque estuvo sangriento y reñido, habiendo quedado muertos, jefes, oficiales y tropa de los valientes hijos de Durango y Chihuahua, sobre el glasis de las obras francesas.

Uno de los soldados de las fuerzas que he mencionado, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, y sosteniéndose del muro, sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto. Otro cae herido, entre otros muchos, en la llanura que se interponía entre el fuerte de Ingenieros y los parapetos levantados por los sitiadores, y arrastrándose recoge algunos cadáveres de sus compañeros, y formando con ellos una trinchera, despues de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el día.

Yo mismo estuve presenciando este sublime espectáculo con el auxilio del lente, desde la cima del palacio. Como era natural, pedí los nombres de aquellos valientes, para dejarlos consignados en mis apuntes y darlos en este parte, mas ya el supremo gobierno sabe los motivos que se han interpuesto á la realizacion de mis deseos.

No solo las fuerzas de Durango y Chihuahua escribieron con su valor una línea en la crónica de la defensa de Puebla de Zaragoza: rasgos de tanto heroísmo como los que dejó citados, se repitieron y aun casi se hicieron comunes por soldados de los Estados de Puebla y Veraacruz, de Jalisco y Aguascalientes, de México y el Distrito Federal, de Chiapas y Guerrero,

de Oaxaca y Tlaxcala, de Michoacan y Querétaro, de Guanajuato y Nuevo Leon, y de San Luis y Zacatecas.

Permítame vd., señor ministro, hacer ante el supremo gobierno, aunque parezca inoportuno el lugar, una mención muy especial y altamente honorífica del tan pobre y lejano Estado de Chiapas, cuanto patriota y amante de la independencia y glorias de México. Ese Estado, y su digno gobernador, fué de los que mas se distinguieron en los servicios prestados al ejército de Oriente.

Concluida esta digresion, sigo el orden cronológico de los acontecimientos.

Los fuertes atacados habian consumido las municiones de guerra que habia en nuestros almacenes; y por esto di orden reservadamente al comandante general de artillería, que de los repuestos de los fuertes que no estaban atacados, se surtieran los fuertes que lo estaban, dejando á los primeros una dotacion de veinticinco tiros por pieza.

Es de advertir, que ya una gran parte de nuestra artillería estaba completamente inútil, por haber concluido en lo absoluto las municiones que correspondian al calibre de las piezas que se pusieron en receso.

Las causas que justificaban esta medida no podian revelarse, y por lo mismo ella produjo una alarma en algunos de los defensores de los fuertes.

El general Gayosso me dirigió una comunicacion con el carácter de muy urgente, en la que, con términos comedidos y respetuosos propios de un veterano subordinado, como lo es Gayosso, me manifestaba: que no era ni podia ser responsable de la suerte que tuviera que correr el fuerte de Guadalupe, cuando las pocas piezas con que estaba artillado quedaban reducidas á una dotacion tan insignificante y miserable que no bastaba para sostener dos horas de fuego.

En contestacion mandé decir al citado general, verbal y reservadamente, que la medida antes dicha la motivaba un pensamiento que en general afectaba á todo el cuerpo de ejército

y necesitaba poner en práctica, y que estuviera tranquilo por lo que respectaba á su responsabilidad, porque como soldado no tenía otra que estar, como lo habia hecho desde el principio del asedio, con pocos ó muchos elementos de guerra, en el punto que se le designara.

Las señas que esperaba del señor general Comonfort para que me indicara la recepción de mi carta, no habian llegado á aparecer.

Los fuegos, con muy pocos intervalos continuaron con mucha fuerza durante la noche de ese dia.

A las seis de la mañana del dia 14 el enemigo los rompió de un modo sumamente nutrido con todas sus baterías, sobre el fuerte de Ingenieros. Este fuerte contestó vigorosamente, como lo habia estado haciendo.

Ese mismo dia celebré con el general frances un armisticio, el que tuvo por objeto levantar los cadáveres pertenecientes á nuestro cuerpo de ejército, que se hallaban tirados sobre la llanura y al pié de los parapetos del enemigo.

La noche de ese dia era la que yo tenia señalada para romper el cerco, pero ni habia recibido contestación alguna del general Comonfort, ni habian aparecido tampoco las señas que le dije pusiera para indicarme que mi carta no habia sufrido extravío, no obstante haber sido tres los correos que mandé por distintos rumbos y á distintas horas, conduciendo aquel importante pliego.

Todo esto me demostraba, aunque de una manera dudosa que el general Comonfort no habia recibido mi carta, que ésta habia caido en poder de los sitiadores, y que ellos por medio de su lectura se habian impuesto de mis planes y proyectos.

Esto no obstante creí que dentro de poco veria desvanecidos mis temores, y esperé en consecuencia la contestación ó las señas, para disponer el movimiento de la plaza.

La noche se pasó sin que se recibiera la primera ni se observaran las segundas.

Los fuegos continuaron durante toda ella, con la misma fuerza que los dias anteriores.

Nuestras municiones de guerra iban acabando del todo.

El dia anterior, ó el 12 segun recuerdo, se me vendió una cantidad de trigo por el ciudadano coronel Joaquin Colombres; cuya existencia no habia llegado á conocimiento del referido coronel, segun me manifestó, sino hasta la hora en que me hiciere la venta.

Estos granos se encontraban en un punto inmediato á otro ocupado por los franceses; así es que fué necesario que las fuerzas de Zacatecas hicieran repetidas salidas del Cármen durante la noche, para conservar el punto en que se hallaba el depósito y poder trasladarlo al interior de la plaza.

Dispuse que aquel trigo, que se componia de menos de mil cargas, se consumiera de este modo: que se vendieran seiscientas para los habitantes de Zaragoza, y que se dejara el resto para que pudiera vivir dos ó tres dias mas, el cuerpo de ejército de Oriente.

Este hallazgo, que asi puedo llamarlo, atenuó en parte la angustiada situación de la ciudad y de sus defensores por falta de víveres.

Entre cinco y seis de la mañana del 15, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías sobre el fuerte de Ingenieros. Este volvió á contestar con el mismo vigor con que lo habia estado haciendo: otro tanto hicieron en su auxilio los del Cármen y Zaragoza.

Despues de haber pasado aquel fuerte cañoneo, me dió parte reservadamente el comandante general de artillería, que los cartuchos para tiros de cañon estaban al concluir, y que la pólvora con que se construían habia acabado enteramente.

Ni uno solo de los correos que habia mandado al señor general Comonfort daba la vuelta todavía.

Las señas no se observaban sobre la cúspide del cerro, no obstante estar distinguiéndose perfectamente éste, por lo limpio de la atmósfera.

En atencion á todo ésto, mandé citar una junta de guerra, á la que concurrieron los generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillon, Alatorre, Llave y Mejía.

Reunidos estos señores les hice presente, de una manera sucinta, la situacion en que se hallaba la plaza; los medios de que se habia valido el cuartel general para la introduccion de víveres desde el principio del asedio; las fuerzas que con este objeto habia hecho salir de la ciudad, de las que no habia vuelto ni la mas pequeña fraccion, porque quedaron agregadas, por disposicion superior, al cuerpo de ejército del Centro; la resolución que habia tomado para salir de la plaza, así como el contenido de las cartas que con el mismo objeto dirigí al general Comonfort, de las que no habia recibido hasta entonces contestacion alguna; y finalmente les manifesté, cuales eran las instrucciones que últimamente habia recibido del gobierno, en las que se me prevenia, que cuando le faltáran municiones á la plaza de boca y guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible, y muy especialmente al personal del cuerpo de ejército de mi mando; pero que se ponía como una condicion prévia en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operacion, concurrieran ambos cuerpos de ejército, y que cumpliendo por mi parte con el contenido de ellas, habia hecho salir de la plaza en esos dias, algunos correos, de los que hasta esa hora, no habia dado la vuelta uno solo, y que en consecuencia ignoraba aun el punto donde pudiera hallarse el cuerpo de ejército del Centro: concluía con pedir la opinion de cada uno de dichos generales.

Hubo una larga discusion respecto de la conveniencia de que la plaza no capitulara, de lo remoto que era que el general Forey concediera á los defensores de ella, salir de sus muros con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar.

Como una esplicacion á las dudas que suscitaban aquellos argumentos y otros que se adujeron relativos al mismo obje-

to, contesté del modo siguiente: que nada importaba que el general Forey concediera ó no concediera la salida de la plaza al cuerpo de ejército de Oriente; porque el honor de éste y el de la República, objeto único porque se habia peleado y por el que yo habia hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese dia sobre las murallas de Zaragoza, se salvaria de todas maneras. Porque si el general frances se negaba á conceder la salida á los defensores de la plaza, con los honores correspondientes, estaba yo resuelto á mandar romper toda la artillería, para lo que tenia ya dadas las órdenes respectivas, á destruir todo el armamento, á disolver al cuerpo de ejército de Oriente, á entregar prisionero y sin garantías al cuadro de generales, jefes y oficiales, y á decirle al general frances: que los defensores de Zaragoza habian llenado sus deberes defendiendo la plaza hasta donde humanamente habia sido posible, y que cuando ya no podian hacerlo, con la conciencia tranquila por la bondad de la causa que defendian, con la frente erguida y sin esquivar la muerte, se entregaban á discrecion.

Les dije tambien: que este proyecto lo realizaria, si contaba, como creía contar, con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general Llave, con esa elocuente vehemencia que produce el sentimiento patrio en una alma sublime y de fuego, dijo, al escuchar mis palabras: *Yo soy el primero que sigo á vd. por ese honroso camino.*

La opinion que me dieron todos los generales de que se habia compuesto la junta de guerra, fué: *que en el estado en que se hallaba la plaza, era conveniente que yo entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del cuerpo de ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza.*

En extracto se hizo constar en una acta, cuya redaccion encargué al señor general Mendoza, todo lo que se creyó por mas conveniente de las razones y argumentos que se espusieron en la junta.

Al presentarse la minuta á fin de saber si se aprobaba ó no, los generales Berriozábal y Llave pidieron, que á una de las proposiciones con que concluía la acta y en la que se decía que era conveniente que el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador &c., se le agregáran estos conceptos: *que opinaban de esta manera, porque no se habia dispuesto la salida del cuerpo de ejército de Oriente en tiempo oportuno.*

Mandé que la proposición quedara reformada en esos términos; porque constando en ella la opinion de los referidos generales, debia escribirse en la forma y con las palabras que estimáran por conveniente.

Los generales Mendoza, Paz y Mejía, al recogerseles la firma y antes de ella escribieron esta nota ó razon. *Estamos conformes con el contenido de esta acta, excepto con las frases que se han agregado á la proposicion que se reformó, porque jamas hemos creído que ha habido un dia en que haya sido oportuno que salga de la plaza abandonándolo, el cuerpo de ejército de Oriente.*

El general Berriozábal opinó porque diera en el acto poderes al general Mendoza para que fuera á arreglarse con el general Forey, propuesta que no admití, diciéndole: que no comprometeria en lo mas mínimo el honor de México, solicitando ó pretendiendo algo del general frances; y que otros eran los medios de que iba á valerme para saber la opinion de aquel general.

He notado, señor ministro, que se ha estraviado la opinion en México y en Europa, sin mas fundamento que la salida que hizo de la plaza, el 16 hácia el campo frances, el general Mendoza, diciéndose: que yo he mandado pedir al general Forey que me concediera salir de la plaza con todo el cuerpo de ejército de Oriente, con los honores respectivos.

Esto no es esacto, porque aunque lo pretendiera no lo pedí.

El mismo general Forey en una conferencia que tuvo ese dia, segun recuerdo, con mi ayudante Tognio, le dijo: "He celebrado una junta de generales relativa á la situacion de la plaza, á la que no he querido que concorra Márquez, y en la que se han hecho valer algunas palabras de las que ha vertido vd. intencionalmente y quizá con instrucciones del general Ortega, en las conferencias que hemos tenido. Dígale, pues, á dicho general, que me proponga con franqueza todo lo que estime por justo y conveniente y que sea decoroso á ambos ejércitos."

Jamas le propuse cosa alguna, no obstante aquella nueva oferta.

No ha habido, pues, respecto de ésto sino lo siguiente.

Levantada la acta y vista la opinion de los generales, yo mismo escribí una comunicacion dirigida al general Forey, y que puse en manos del general Mendoza, concebida en estos términos.

Pasa el señor general Mendoza, cuartel-maestre de este cuerpo de ejército, con los poderes respectivos, á tener una conferencia con V. E. para arreglar un armisticio.

Esta es la sustancia del documento á que aludo, y aun creo que muy poco discrepa, respecto de su redaccion, el que inserto, del autógrafo que se halla en poder del general Forey.

Al entregar al general Mendoza la nota citada, que llevaba la fecha del dia siguiente, le dí estas instrucciones.

La salida de V. de esta plaza hácia el cuartel general del ejército frances, no la verificará sino hasta mañana 16 del corriente, y despues de que hayan pasado los ataques que probablemente sufrirá la plaza en las primeras horas del dia. Cuando se halle V. con el general Forey le entrega este pliego y le manifiesta: que va á arreglar los términos en que deba celebrarse un armisticio, caso que convenga en ello. En el curso de la conferencia, pregúntele V., procurando indicarle que no va autorizado para hacerle tal interrogacion, que caso de que se llegara á un arreglo, si convendria en que los defensores de la

plaza salieran de ella con todo su armamento y con todos los honores de guerra, recibiendo en cambio el ejército francés la ciudad que no había podido tomar. Le dije por último: que mucho esperaba de él, respecto del tino y acierto con que me prometía iba á tratar este negocio, aunque no creía obtener por este medio un buen resultado, y que si me ocupaba de esas negociaciones era porque esta era la opinión, bien respetable, de nuestros generales, y porque si nada se conseguía con ellas, nada se perdía tampoco, porque estaba absolutamente resuelto á que el sitio concluyera de una manera noble y digna.

La noche del día 15, las tropas que defendían los fuertes del Carmen é Ingenieros, tuvieron que hacer repetidas salidas para impedir el avance de los trabajos del enemigo, y para disputarle algunas sinuosidades del terreno que se halla frente de la Magdalena.

A la una de la noche una fuerza francesa desalojó á una pequeña avanzada de las tropas de Zacatecas, de una casa que se halla frente del Carmen y del Molino que lleva este nombre.

A esa misma hora le mandé la orden al general Alatorre, de que recuperara de cualquiera modo el punto perdido, pues de lo contrario, al día siguiente, nos causarían desde él, muchos daños, los franceses. Antes de amanecer me dió parte aquel general por medio de uno de sus ayudantes, que el punto citado estaba de nuevo en nuestro poder.

La noche volvió á pasarse sin que regresáran los correos ni se observáran las señas.

El 16, á las primeras luces de la mañana, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías, sobre los fuertes de Ingenieros y el Carmen, y sobre la ciudad. El primero, que había reparado en la noche los destrozos que se le hicieron en los días anteriores, volvió á contestar con la misma energía con que lo había estado haciendo.

Los fuertes del Carmen y Zaragoza hicieron lo mismo para proteger al primero, y para contestar á su vez.

Los pelotones de artilleros muertos y heridos en los fuertes de Ingenieros y el Carmen, se repusieron todas las veces que fué necesario.

Cuando cesaron los fuegos, sin que el enemigo lograra dar un paso debido á sus ataques, salió el general Mendoza, con dos de mis ayudantes, á desempeñar su comision.

Tengo que hacer una advertencia. La noche del 15 me dijo el citado general Mendoza, despues de recibidas las instrucciones de que he hecho mencion. "Deseo saber si puedo hacer uso, como diplomático, del nombre de V., con el objeto de aprovecharme ingeniosamente de todo aquello que pueda ser útil á la República y á nuestro ejército."

Mi contestacion fué decirle: que lo autorizaba para que hiciera uso de mi nombre en todo aquello que no desdijera en lo mas mínimo la lealtad con que servia á mi patria y al gobierno legítimo de México.

"Sería indigno de mí como caballero, dijo al oír mis palabras, valerme del nombre de V. para presentarlo como desleal y mal mexicano."

El día 16 volvió á pasarse sin que se observáran las señas ni volvieran los correos.

A las últimas horas de la tarde regresó á la plaza, despues de haber desempeñado su comision, el general Mendoza, y me dió verbalmente el informe que sigue.

"Hablé con el general Forey y con el jefe de su estado mayor. Como es natural, está al corriente de la situación en que se halla la plaza por falta de municiones de boca y guerra, y por esto me ha dicho, que no puede celebrar el armisticio que vd. por mi conducto le propuso: que cualquier arreglo ó conferencia que vd. quiera tener con él, debe ser sin perjuicio de los ataques que está dando á la plaza y que se propone no interrumpir."

"Me dijo tambien, despues de algunas esplicaciones ¿Qué pretenderia el general Ortega para entregar la plaza?"

"El general Ortega, le respondí, pretenderia salir de ella con los elementos de guerra que posee y con todos los honores militares, esto es, con tambor batiente, banderas desplegadas, mecha encendida y en actitud la artillería de entrar en combate, y dirigirse luego, con el cuerpo de ejército que manda, á la capital de la República, terminando con su llegada á aquella ciudad, toda clase de compromiso, y quedando en consecuencia en libertad para continuar la guerra que sostiene México contra la Francia."

"Su respuesta á los precedentes conceptos fué la siguiente:—“Oh! Todo concederé al general Ortega, menos que queden en actitud, las tropas que manda, de continuar la guerra contra la Francia; porque esto no importará otra cosa, que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy muy seguro que antes de diez dias tendria de nuevo en batalla, contra las huestes francesas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígame por lo mismo al general Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, ademas de los honores militares, muy justos y merecidos, de que vd. me habla, será: que permanezca neutral el ejército que manda, inter termina la cuestion que hay pendiente entre la Francia y el personal de D. Benito Juarez, pero que aun para ésto, necesito oír la opinion de mis generales, á cuya deliberacion sujetaré las proposiciones que me haga el citado general Ortega.”

"Cuando concluyó de hablar el general Forey, me dijo el jefe de su estado mayor: *el general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulacion, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores, y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo tambien de que los prisioneros que se hagan en la plaza cuando esta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento como vd. lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna, y serán en consecuencia deportados á la Martinica.*"

"Oído lo espuesto por el general Forey, dijo, con bastante vehemencia y energía, y en tono de desaprobacion á los con-

ceptos emitidos por el jefe de su estado mayor: *yo deporto á la Martinica á los ladrones, á los bandidos, pero no á oficiales valientes como los de que se compone la guarnicion que defiende á Puebla.*"

Esto es en verdad, señor ministro, lo que ha pasado respecto de la salida de la plaza del general Mendoza, y conferencia que tuvo con el general en jefe del ejército frances.

Oído el informe que me diera el cuartel maestre del cuerpo de ejército de mi mando, cité una junta de guerra para la noche de ese mismo dia, 16 de Mayo, á la que concurrieron los generales que se hallaron en la precedente, y ademas los generales D. Porfirio Diaz, D. Pedro Hinojosa y no recuerdo cuales otros.

El cuartel-maestre no asistió por encontrarse quebrantada su salud.

Cuando se hallaban reunidos estos señores, pregunté en presencia de ellos al comandante general de artillería el estado que guardaban nuestras municiones de guerra, y me contestó: que en los ataques que se sostuvieron ese dia, se consumieron aun los cártuchos que contenian una triple carga, y que por disposicion mia habian estado preparados para romper nuestras piezas; pero que si se recojian las municiones de esta arma que habia en todos los fuertes, reconcentrándolas á los de Ingenieros y el Carmen, éstos podrian sostener todavia un fuego de dos ó tres horas, y que pasando este tiempo, nuestras municiones de guerra habrian concluido absolutamente.

Oída la respuesta del general Paz, le previne que saliera en el acto de la junta, á fin de que personalmente dispusiera todo lo que fuera indispensable para preparar de nuevo los cartuchos con que debia romperse la artillería.

En seguida manifesté á los referidos generales el contenido del informe que me diera el general Mendoza respecto de la comision que llevó cerca del general Forey: diciéndoles ademas, que en atencion al estado de nuestras municiones de boca y guerra, la plaza ya no podria sostenerse al dia siguiente;

y que, como era natural, el enemigo debía estar en asecho de la hora en que aquellas concluyeran absolutamente, para apoderarse, sin pérdidas y dificultades, de la ciudad, cuyos muros no había podido tomar cuando sus defensores quedaban con unos cuantos elementos de guerra.

Que yo era el responsable de aquella situación, situación que había deseado la hora en que llegara, y cuya responsabilidad aceptaba con satisfacción ante el gobierno, ante la República y ante el mundo; porque con la prolongación de la defensa de Puebla de Zaragoza, se había salvado el honor de las armas de México y el correspondiente al cuerpo de ejército que tenía el orgullo de mandar, aunque para ello tuvieran que perderse unos cuantos elementos físicos, que repetía por la centésima vez, que poco ó nada valían al lado de otros intereses más caros para México.

Que dejando, pues, al gobierno y á la República el juicio y calificación de mi conducta, debíamos ocuparnos solo de las emergencias del momento.

Que dos caminos quedaban únicamente para que concluyera de un modo honroso el sitio de Zaragoza.

Romper el cerco saliendo de la plaza el cuerpo de ejército de Oriente con toda la majestad de un ejército que no huye: ó disolver nuestros batallones, romper nuestro armamento é inutilizar los miserables restos de nuestros almacenes y polvorines, y que cuando esto estuviera concluido, entregarse prisionero el cuadro de generales, jefes y oficiales, para que asesinara á las personas de que se componía, ó para que dispusiera de ellas á su arbitrio el sitiador.

Que yo estaba por esta última medida, porque la creía más decorosa al honor de México; y más cuando para adoptar la primera había dificultades militares insuperables de realizar, siempre que la salida no llevara el carácter de una fuga; porque faltaban caminos para emprender la salida; porque nuestra artillería móvil carecía de la potencia necesaria para abrir brechas en los parapetos levantados por el enemigo;

porque ya no había las municiones suficientes para romper el sitio y sostener una ó dos batallas campales que procuraría darnos el enemigo, cuando nos viera al otro lado de su línea y en dirección á México, Tlaxcala, Izúcar ó Acatzingo; y porque no contábamos fuera de la plaza, con auxiliar alguno que se ocupara aunque fuera simplemente de llamar la atención del enemigo, pues que ignoraba hasta esa hora, el paradero del cuerpo de ejército del Centro.

Dije por último: que aceptaría el medio de la salida de la plaza, siempre que la mayoría de los generales opinara por él, y que así lo haríamos constar en una acta, pues quería dejar, á los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento, y la gloria también de sus resultados, pues por mi parte, no quería aceptar sino la responsabilidad de la ejecución del mismo pensamiento.

Hubo una larga discusión sobre ambos proyectos, opinando algunos de nuestros generales por la salida.

Se rectificaron algunas explicaciones de las que se habían dado con anticipación, y se amplificaron otras, y quedó uniformada la opinión, votando todos por la rendición de la plaza, en los términos que dejo reseñados.

Según recuerdo, el general D. Pedro Hinojosa no cambió del parecer que había manifestado desde el principio, respecto de la salida del cuerpo de ejército de Oriente.

Otros de los generales, que opinaban de la misma manera, entre los que recuerdo á los señores Berriozábal y Díaz, manifestaron que modificaban su voto y se adherían al plan que acababa de adoptarse, porque así pensaba la mayoría de sus compañeros.

En el curso de la discusión y al dar su parecer el general Negrete, un arranque de exaltación y de patriotismo lo hizo expresarse en estos términos.

“Yo opino porque nuestro general en jefe admita la proposición que le hace el general Forey, de que salga nuestro cuerpo de ejército de la plaza y que permanezca neutral inter

termina la cuestion habida entre Francia y México, y que una vez colocado nuestro cuerpo de ejército fuera de Zaragoza, falte á los compromisos que se contraiga, haciendo la guerra al ejército frances, así como éste faltó de una manera escandalosa á los convenios celebrados en la Soledad; porque quien ha faltado á su palabra de caballero, rompiendo pactos solemnes, ya no tiene derecho para que se le guarden las consideraciones que á un enemigo pundonoroso, y leal á sus compromisos."

Aun no acababa el general Negrete de verter esas frases, que como he dicho, se las arrancaba un arrebato de exaltacion y un sentimiento de patriotismo, cuando ya el general Berriozábal y sus compañeros habian manifestado su desaprobacion.

Por lo que á mí toca, manifesté: que no aprobaba la proposicion del general Negrete, porque la falta cometida por el ejército frances al romper la convencion de la Soledad, rompiendo con ella su dignidad y la fé de su palabra, y sobre cuyos hechos se ocuparia la historia y la opinion pública, no me autorizaban para cometer una falta de esa misma naturaleza, falta que reprobaba el gobierno de la República, y muy especialmente el pueblo mexicano.

Era entre la una y dos de la noche la hora en que concluia sus trabajos la junta.

A esa misma hora redacté la orden, en presencia de los mismos generales, en que señalaba los términos y modo con que debia rendirse la plaza, para lo que me llevó la pluma el señor general Paz.

Hé aquí el documento que cito.

"Orden general del cuerpo de ejército de Oriente del día 17 de Mayo de 1863, á la una de la mañana.

No pudiendo seguir defendiéndose la guarnicion de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenia, á estremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces

del día, segun las posiciones y puntos que ocupa y conocimiento que tiene de la situacion en que se halla esta plaza; oido ademas por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinion va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe: que para salvar el honor y decoro del cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningun aspecto, utilizarlo el ejército invasor.—A la misma hora el señor comandante general de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegacion y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los escluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron: y que por lo mismo, el citado señor general en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al supremo gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va á ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda ella con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente; á escepcion del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales de este ejército en el atrio de catedral y palacio de gobierno, para rendirse prisioneros: en el concepto que respecto de este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; y por lo mismo, los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean mas conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraído para con la nacion.—Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De orden del señor general en jefe.—El cuartel-maestre general —Mendoza.”

Tomaron razon de la misma orden los generales que mandaban divisiones y el comandante general de artillería, de las horas en que debia disolverse nuestro cuerpo de ejército, y romperse el armamento.

Despues escribí la comunicacion que dirigí al general Forey, y que trascribí al ministerio de la guerra para conocimiento del ciudadano presidente de la República.

Inserto en seguida ese documento.

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano ministro de la guerra.—Con esta fecha y ahora que son las cuatro de la mañana, digo al general en jefe del ejército frances, lo siguiente:

“Señor general:—No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y róto su armamento, inclusa toda la artillería.

Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando si lo estima por conveniente, las medidas que dicta

la prudencia, para evitar los males que traeria consigo una ocupacion violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por mas tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haria.

Acepto V. E. etc.”

Lo que trascribo á vd. para conocimiento del magistrado supremo de la República, á quien espero se servirá vd. manifestar: que el ejército, cuyo mando tuvo á bien encomendarme, se defendió cual correspondia al honor y decoro de la República, y que habria continuado haciéndolo, si no se hubiera interpuesto para verificarlo, una absoluta imposibilidad fisica, pues hace dias que habia consumido todos sus viveres y las pocas municiones que le quedaban, en los rudos ataques que sufrió últimamente y en los que afortunadamente no perdió un solo reducto.

Creo, señor ministro, haber llenado los deseos del gobierno supremo y cumplido con los deberes que me imponian el honor y el encargo que se me confiara; mas si así no fuere, con gusto me sujetaré á un juicio tan luego como quede en libertad, pues dentro de algunas horas estaré ya con el carácter de prisionero.

Libertad y reforma.—Cuartel general en Zaragoza, Mayo 17 de 1863.—J. G. Ortega.—Ciudadano ministro de la guerra.—México.” (1)

(1) “Ministerio de guerra y marina.—Seccion 1.ª.—Se ha impuesto el ciudadano presidente constitucional del oficio de vd. dirigido al general en jefe del ejército frances, para comunicarle que no siéndole ya posible seguir defendiendo la plaza de Puebla de Zaragoza, por la falta de municiones y de viveres, habia disuelto el ejército que estaba bajo su inmediato mando, y róto su armamento con la artillería toda, por cuyo motivo podia mandar ocupar la mencionada plaza, que desde luego quedaba á sus órdenes.

Al entregar las minutas al secretario del cuartel general, al tan modesto cuanto valiente y pundonoroso coronel C. Jesus Loera, y al imponerse de ellas, noté que su voz se entrecortaba, y que una lágrima apareció en sus párpados. Eran los efectos de dos sentimientos contrarios: el despecho por la rendición de la plaza; la satisfacción de ver que ésta no había sido tomada por el ejército francés, y de que se iba á salvar el honor de México por un medio, al par que grandioso, por los soldados de Oriente, inusitado y nuevo en los anales de la guerra.

Esto que manifiesto á vd., señor ministro, parece de poca cuantía é importancia á primera vista, si se considera como un simple elogio, que aunque merecido, se tributa á una sola persona; mas no lo es, si se atiende á que no era únicamente el coronel Loera el que experimentaba en aquellos momentos solemnes y de prueba, las emociones que he reseñado.

Eran millares de soldados los que las experimentaban; eran los defensores de Zaragoza los que pasaban por aquella terrible crisis, penosa al par que satisfactoria; eran los mismos que habían defendido, entre el estrago, la desolacion y la muerte,

Tambien se ha impuesto de la resolucion tomada por vd. de entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales; por lo que, así como por las demas disposiciones dictadas, manifiesta que sin embargo de tener la creencia de haber cumplido con sus deberes, con gusto se sujetará á un juicio, tan luego como quede en libertad, si así lo determinare el supremo gobierno.

El presidente ha estado observando con profundo interes todos y cada uno de los sucesos que han tenido lugar durante la gloriosa defensa de esa plaza, y vé con orgullo que el último que ha puesto fin á la tenaz y vigorosa lucha emprendida, corresponde á los anteriores, si no en sus victoriosos resultados, si porque el deja bien puesto el decoro de la nacion, sin empañar en nada el lustre de sus armas no vencidas, ni comprometer con oferta alguna la palabra sagrada de sus guerreros.

por el término de sesenta y dos dias, la honra del pabellon mexicano, y que sufrían los efectos de uno de esos golpes morales, cuya magnitud no puede calcularse sin haberlos sentido.

Despues entregué la minuta de la orden al general Mendoza para que mandara publicarla, diciéndole: que los generales que mandaban divisiones y el comandante general de artillería, habían tomado ya nota de su contenido.

El general Negrete, cuando se resolvió la rendición de la plaza, me pidió que le permitiera ocultar una cantidad de armamento del que pertenecía á su division, para utilizarlo un poco mas tarde en bien de la independencia nacional.

La concesion se la denegué, diciéndole: que no pretendia salvar una sola arma, sino única y esclusivamente el honor de México, aun cuando esto importara el mas grande y cruento sacrificio.

El citado general se conformó con mi resolucion, resolucion que aprobaron los demas generales.

Serian las tres de la misma noche, cuando un correo que logró introducirse á la plaza con mil dificultades, me entregó una carta suscrita por el señor general D. José M. Yañes, encargado entonces del mando en jefe del cuerpo de ejército del Centro, por ausencia del general Comonfort. En ella, como verá V. se me dice que el cuerpo de ejército del Centro no podía auxiliar mi salida de la plaza.

Está, pues, satisfecho el ciudadano presidente de la conducta de vd. y de la de los generales, jefes, oficiales y tropa que computieron el inmortal ejército de Oriente, y así me ordena que se lo manifieste, como tengo el honor de hacerlo en este oficio; añadiéndole, que el modo con que ha desaparecido ese benemérito ejército, confirma que ha sido acreedor á los votos y á las felicitaciones que el soberano congreso y el supremo gobierno, le ha dirigido á nombre de la nacion que representa.

Libertad y Reforma. México, Mayo 22 de 1863.—Blanco.—C. general J. Gonzalez Ortega.—Puebla de Zaragoza."

Una verdadera casualidad ha hecho aparecer en mi cartera una copia de esa carta.

Hé aquí su testó al pié de la letra.

“Puente de Tescmelúcan, Mayo 14 de 1863.—A las seis y media de la tarde.—Señor general D. Jesus G. Ortega.—Compañero y señor mio.—Nuestro común amigo el señor Comonfort ha marchado á México á tratar con el gobierno asuntos del servicio de mucha importancia, y en consecuencia á mi que he quedado en su lugar como 2.º en jefe de este cuerpo de ejército, me ha tocado recibir la estimada de V. duplicada que abraza fechas 10 y 11 del corriente, á la hora que marco en el principio de esta carta. Sepa vd. antes que todo, que su principal no ha llegado, y mucho temo haya caído en poder del enemigo.

Respecto de los puntos gravísimos que trata V. en ella, debo decirle: que las tropas de este cuerpo de ejército aunque forman todavía un grueso respetable, se hallan desmoralizadas en términos que no es posible sacarlas al combate todavía; por esta razón, y porque indudablemente á la hora de ésta han pasado ya los acontecimientos, no emprendo movimiento ninguno de los que vd. me indica. Además en San Miguel del Milagro, Nativitas y Ocotlan hay fuerza enemiga.

Por una carta que se dirigió á vd. ayer, y de la que tuve conocimiento, habrá vd. visto que el descalabro sufrido en el cerro de San Lorenzo, no fué de tanta importancia como le ha manifestado el general Forey, quien ha tenido sin duda sus razones para exagerarlo.

Quedo con ansia esperando tener noticias de vd., y le desea en todo felicidad, su compañero y amigo.—José María Yañez.”

A la hora prefijada en la órden, nuestros valientes, con el mayor órden rompían sus armas sobre los parapetos, reductos y murallas, y al frente de sus enemigos.

Otros batallones, en formación regular, marchaban hasta la plaza de armas, y frente de palacio, y ahí hacían astillas los rifles y fusiles que les habian servido para presentarse inven-

cibles, ante el mas acreditado de los ejércitos europeos, diseminándose en seguida y con el mayor órden, por los arrabales de la ciudad.

Por todos nuestros fuertes, calles y líneas avanzadas, se escuchaba la imponente detonacion de la artillería.

Era que los soldados de esta arma cumplieran con una consigna que se les acababa de dar, despues de haber llenado en primer término sus deberes, conduciéndose como bravos en los combates.

Unos polvorines con algunos restos de municiones que habia en San Agustín y otros puntos, volaron con los edificios que los contenian.

Las primeras luces de la mañana del dia 17, vinieron á alumbrar aquel cuadro, y á presentarlo á la vista del ejército sitiador, quien, es necesario decir en obsequio de la verdad y como un acto de justicia, no abusó de la posicion en que se hallaba la plaza, y que admirado y como simple espectador, presenció la destruccion de ella por los mismos que la habian defendido.

Algunos soldados franceses que se hallaban á 14 ó 15 metros de nuestros parapetos, llamaron la atencion de sus jefes y oficiales, respecto de que los mexicanos estaban rompiendo sus armas, y han obtenido esta respuesta, que han oido tambien nuestros jefes y oficiales.

El ejército frances sabe respetar al valor: y una guarnicion que se ha conducido como la de Puebla, no merece, sino nuestros respetos y admiracion. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.

Poco antes de las seis de la mañana remití, para el cuartel general del ejército frances, la comunicacion que dejo inserta, á la que donde dice: “El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este cuerpo de ejército se halla en el palacio del gobierno y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra,” le quité estas frases: *sin pedir garantía alguna.*

Para quitarlas tuve presentes algunas observaciones que me hizo el general Mendoza; quien me dijo, que aquellas fra-

ses indicaban cierto despecho de mi parte, y que bastaba no pedir garantías, para realizar mi preyecto, sin necesidad de estampar en mi nota aquellos conceptos, que ya se hacian constar en la órden del dia.

Poco despues comenzaron á llegar al palacio, armados con rifles, algunos grupos de jefes y oficiales, quienes viendo á otros de sus compañeros con solo sus espadas y distintivos militares, rompieron en el mismo palacio los rifles, para no tener ni aquella garantía.

A las seis, la plaza se hallaba enteramente inermes.

Un poco mas tarde comenzaron á entrar desarmados por las calles de la ciudad, algunos oficiales y artilleros franceses, los que parece no traían otro objeto que satisfacer un deseo de curiosidad, viendo los destrozos que habian hecho los proyectiles de su artillería sobre nuestros edificios.

Como á las siete de la misma mañana, entraron varios grupos de traidores por la plazuela de San José y por algunas calles de la ciudad, cometiendo excesos y desórdenes. Uno de esos grupos penetró hasta la plaza de armas. Cuando se hallaba en este punto, el pueblo gritó á los individuos de que se componia, llamándolos *traidores* y *bandidos*.

El grupo arremetió con las lanzas sobre el pueblo, y éste se diseminó, dirigiéndose frente al atrio de catedral y palacio de gobierno.

Mandé decir á aquellos malos mexicanos: que estaba entendiéndome, respecto de los asuntos de la plaza, con el general Forey, y que como suponía que habian penetrado á ella sin la autorizacion de aquel general, esperaba que se retiráran luego.

Así lo hicieron en el acto.

Despues volvió mi ayudante, viniendo en su compañía algunos jefes de alta graduacion del ejército frances, pertenecientes, segun parecia, al estado mayor del general Forey.

Uno de ellos, cuando se hallaban en el palacio y en la pieza de mi habitacion, me dijo: que iba comisionado por aquel general para manifestarme, que entraria á la ciudad el número de fuerzas francesas que yo designara, que ocuparian los puntos que estimara por conveniente, y que se afianzaria la seguridad de la poblacion en los términos que yo acordara, para lo que me suplicó le dijera, cuales eran las autoridades políticas y de la localidad para entenderse con ellas; y me dijo por último, que yo podia permanecer con todos los generales, jefes y oficiales del cuerpo de ejército de mi mando, en el palacio ó en los edificios y casas particulares donde me fuera mas cómodo y lo juzgara mas acertado; y que los referidos generales, jefes y oficiales, quedarian con sus equipajes, armas y distintivos militares, por la conducta noble y digna que habian observado.

Mi respuesta fué decirle: que daba las gracias al general Forey por la muestra de atencion que me dispensaba al consultar mi parecer respecto de los medios que debian adoptarse para afianzar la seguridad de los intereses y de las vidas de los habitantes pacíficos de la poblacion; pero que estando yo con el carácter de prisionero, nada podia decir ni acordar relativo á la ciudad, y por lo mismo que se dispusiera lo que se estimara por mas conveniente: que por el estado de guerra en que ésta se hallaba, no habia mas autoridad local que la que yo ejercia, la que cesara con la rendicion de la plaza, y que por lo que respectaba á las concesiones otorgadas al cuadro de generales, jefes y oficiales del cuerpo de ejército de Oriente, yo ni las habia solicitado, ni pedido garantía alguna para los que se rendian.

Al oír mis últimas palabras, dijo: que para contestarlas no necesitaba recurrir al cuartel general, pues que se hallaba autorizado para ello: que las garantías que acababan de otorgarse por su conducto á la oficialidad de la plaza, no era porque yo las hubiera pretendido ó solicitado, sino porque eran las que una nacion culta, como la Francia, otorgaba

siempre á un ejército honrado y valiente como el que yo mandaba.

Volví de nuevo á darle las gracias por aquel acto de justicia, y se retiró.

Después se me presentó otro jefe francés diciéndome: que en el atrio de catedral estaba colocada una escolta de cazadores de Africa y una guardia de zuavos en la puerta de palacio, y que una y otra fuerza no tenia mas objeto que prestar garantías á mi persona y á la oficialidad: que ya se habia hecho salir á todos los traidores que penetraron á la plaza, y que por lo mismo, cuando tuvieran que salir algunos jefes y oficiales de los que se hallaban en palacio, me sirviera mandarlo avisar al oficial de guardia con uno de mis ayudantes.

Le dí las gracias y se retiró tambien.

Como entre diez y once del dia, pasaban unos oficiales pertenecientes á las fuerzas de D. Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dió el epíteto de *traidores*.

Unos cazadores de Africa desdoblaron algunas baquetas de fusil de las que se hallaban tiradas en las calles, y con ellas azotaron públicamente á dichos oficiales.

Un grito general de aprobacion resonó por todas partes.

Era el pueblo que se hallaba diseminado en el atrio de catedral y calles inmediatas, y nuestra oficialidad que se encontraba colocada en los balcones de palacio y que unánimes aplaudian aquel acto.

Castigo degradante, pero muy merecido, de quien se liga con huestes extranjeras para hacer la guerra al suelo en que nace.

En el resto del dia se me presentaron algunos otros jefes franceses: unos para pedirme tales ó cuales esplicaciones respecto de la artillería, depósitos y minas que hubiera dentro de la plaza, y otros para saludarme en nombre del ejército francés, rindiendo con esto un tributo, segun se espresaron, al valor de la guarnicion que habia defendido la ciudad, y la que no habia sido vencida por el ejército sitiador.

Entre estos últimos se encontraba el jefe que acababa de ser nombrado gobernador de la plaza, quien me dirigió una atenta y comedida comunicacion, suplicándome, por medio de ella, admitiera su presentacion y una visita personal.

Otras comunicaciones de esta misma naturaleza, recibí en los dias subsecuentes: recuerdo que una de ellas era firmada por un jefe, que, en el cargo de gobernador de la plaza, habia sustituido al que fué nombrado al principio.

El 18 por la mañana recibí por conducto de un jefe francés, y por mandato espreso del general Forey, cuatro ó cinco pliegos con el breveté impreso y manuscrito el contenido de ellos.

He aquí su testo.

"Corps expeditionnaire de Mexique.—Etat Major général.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra *palabra de honor*, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863."

Pregunté en el acto á todos nuestros generales, si estaban ó no conformes con firmar aquel degradante documento, y como unánimemente respondieron todos por la negativa discrepando solo en los términos en que debia redactarse, tomé la pluma y escribí el documento que aprobaron por unanimidad y con entusiasmo todos nuestros generales, dando su voto en primer término el general Berriozábal.

Quise que en este negocio y en los subsecuentes, todos obráran con la mas plena y absoluta libertad, tanto porque yo ya no ejercia mando alguno, como y principalmente porque deseaba que cada uno respondiera de sus actos como mexicano, ante la nacion.

El documento á que aludo es el siguiente:

"Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo de ejército de Oriente.—Prisioneros de guerra.—Los generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíbe contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesus G. Ortega.—Francisco Paz.—Felipe B. Berriozábal.—Florencio Antillon.—Francisco Alatorre.—Ignacio de la Llave.—Alejandro Garco.—Eptacio Huerta.—Ignacio Mejia.—José M. Mora.—Pedro Hinajosa.—José María Patón.—Joaquín Colombres.—Domingo Gayosso.—Antonio Osorio.—Eufimio Pinzon.—Francisco de Lamadrid.—Porfirio Diaz.—Luciano Prieto.—J. B. Camaño.—Mariano Escovedo.—Manuel Sanchez.—Pedro Riosca.—Manuel G. Cosío.—Miguel Auza.—Jesus Loera.*"

El general Mendoza redactó y suscribió el documento que sigue:

"Ejército mexicano.—General de brigada prisionero.—El que suscribe, oficial mexicano, no puedo firmar el documento que se le ha presentado del estado mayor general del ejército francés, porque se lo prohíben las leyes de su patria, sin por eso ignorar los deberes de un prisionero de guerra.

Puebla, Mayo 18 de 1863.—José María G. Mendoza."

Comisioné á los generales que mandaban divisiones y á los comandantes de artillería é ingenieros, para que presentaran á nuestros jefes y oficiales el documento remitido del cuartel general del ejército francés, así como la protesta suscrita por nosotros, diciéndoles: que manifestaran á nuestra oficialidad, que estaban en libertad para suscribir el documento que estimaran por conveniente.

Cerca de mil cuatrocientos jefes y oficiales firmaron la protesta hecha por sus generales, sin que hubiera uno solo que se contrajera el compromiso que pretendia el estado mayor del ejército francés.

Con la recepcion de estos documentos, que remití al general Forey por conducto del gobernador de la plaza, cambió la condicion de los prisioneros.

En los dias siguientes se me presentaron distintos jefes franceses á nombre del general Forey, manifestándome con pena y disgusto, segun se espresaron, las órdenes de aquel general, y que consistian en que se recojiera á nuestra oficialidad sus revolvers, caballos &c.

Dí las primeras órdenes y me negué á dar las últimas, mandando decir al general Forey: que todos los prisioneros se habian rendido á discrecion sin garantía alguna, y que por lo mismo, y no obstante sus ofertas, podia disponer de ellos como lo estimara por conveniente, y que por mi parte solo le suplicaba que se sirviera eximirme, así como á los demas generales, del cargo de ejecutor de sus órdenes.

El 19 por la mañana pasé al cerro de San Juan acompañado del gobernador de la plaza y de una escolta de cazadores, con el objeto de arreglar con el general Forey los términos en que debían quedar los prisioneros.

Algunas tropas francesas me saludaron, y otras batieron marcha, haciendo á mi paso los honores correspondientes.

Tuve una larga conferencia con el general Forey, respecto de la guerra que México sostiene contra la Francia, en la que me hizo presentr: que la misma Francia no habia venido á hacer la guerra á la nacion mexicana, sino al personal del actual presidente de la República C. Benito Juárez, porque no podia garantir ni los intereses mexicanos ni los extranjeros, y porque era la representacion de un partido que queria la libertad para si y no para los demas, y que esperaba contar con algunos nombres de orden en la República, para que le ayudaran á marcar para ella una época de regeneracion, y mas cuando esperaba no quitarle á México á sus hombres de acción, de progreso y de reforma, pues que deseaba conciliar á ambos partidos.

Por mi parte procuré demostrarle con hechos, lo difícil y casi imposible, políticamente hablando, que sería la realización de su empresa, porque México defendería al personal de su gobierno, de cuantas maneras le fuera posible, porque no veía en él á una persona, sino un principio de dignidad nacional. Que México contaba con una inmensa estension de terreno, y que en ella conservaría la chispa revolucionaria y el principio de legalidad, aun cuando la Francia llegara á ocupar sus principales ciudades por contar con mas recursos que México, como acababa de acontecer respecto de la ocupacion de la plaza de Zaragoza, mientras no se consultara la voluntad nacional, bien manifestada ya al general Forey con el hecho de pisar, hacia mas de un año, las huestes francesas el territorio de la República, y haber permanecido los pueblos de que ésta se compone, fieles á la bandera constitucional.

Le dije por último: que si yo tuviera la conciencia de que por aquellos medios se traía la paz y el sosiego á mi patria, yo mismo, y de un modo voluntario, me impondría un destierro de ella para que mi persona no fuera un obstáculo á la paz de México; pero que conociendo las tendencias é historia del pueblo mexicano, así como la influencia de sus hombres públicos, creía que no iba á conseguir otra cosa la Francia, que envolver á México en una guerra indefinida, y que por lo mismo estaba resuelto á seguir sirviendo á mi país natal, siempre que pudiera hacerlo sin faltar á las leyes del honor.

Ese mismo dia el clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la catedral, recibió en ella á los invasores de su patria, cantando un solemne *Te Deum* por la toma de la ciudad.

Digo á vd. ésto, aunque con pena, señor ministro, para transmitir á la historia ese hecho degradante del clero de Puebla.

Poco despues de la entrada del general Forey á esta ciudad, recibí un convite oficial del mismo general en el que me

suplicaba tuviera la bondad de ocupar ese dia, un cubierto en su mesa.

De un modo comedido le dí las gracias, negándome á aceptar el convite.

En la tarde del mismo dia 19, el general en jefe del ejército frances pasó á la casa donde me hallaba preso, á hacerme una visita, segun se espresó.

Me dijo que deseaba que lo presentara con los demas generales mis compañeros. Lo hice así y cuando todos estabamos reunidos nos dijo.

Que la rendicion de la plaza habia sido una cosa nueva y extraordinaria, que no se registraba en los anales de la guerra europea, porque ni habia sido una rendicion previas las garantías que se solicitan en esta clase de actos, ni tampoco una capitulacion, y que por lo mismo no hallaba un nombre propio que darle. Que juzgaba que habiamos roto nuestras armas por no entregarlas al ejército frances, no obstante ser éste muy digno de recibirlas de los defensores de la plaza de Puebla, pero que esto no quitaba que aquel acto fuera altamente honroso para México.

Nos dijo finalmente: que no habiamos caido en poder de nuestros enemigos, sino en manos del ejército frances, y que iba á alejarnos del teatro de la guerra, procurando que nuestra cautividad fuera lo menos molesta que se pudiera.

Mi respuesta, y á la vez la de todos los generales, fué: que dispusiera de nosotros como fuera de su agrado, puesto que, para nuestra rendicion, no habiamos pedido garantía alguna.

Al retirarse dió orden al oficial de guardia, que se nos cuidara con el mayor sigilo, sin permitir que salieran del local en que nos hallábamnos presos, ni aun nuestros ayudantes.

Al dia siguiente salieron bien custodiados, desarmados de sus revolvers y pié á tierra para Veracruz, todos nuestros jefes y oficiales, incluso mis ayudantes, coroneles Loera, Diaz, Sandoval, Vega y Cabezut, teniente coronel Rivera y Rio, comandantes Velez, Quijano, Cosio y Lopez, y capitanes Ambriz y Giffard.

Al salir de la ciudad, iban con el mayor júbilo entonando el himno nacional de México. Su frente erguida y limpia la levantaban ante el mundo, como quien cumple honrosamente un deber que le impone la patria, y acepta despues con gusto y resignacion su destino.

El 21 recibí por conducto del gobernador de la plaza, la orden de prepararme, en union de los demas generales, para salir presos para Francia al siguiente dia.

Contesté de enterado, y trasmití la orden á mis compañeros.

En la noche se nos mandaron recojer las armas de fuego.

Un poco despues burlaron la vigilancia de los centinelas franceses, los generales Berriozábal, Antillon, Diaz y Caamaño, fugándose de la prision en que se hallaban, para seguir defendiendo el honor de México, y mas cuando no se habian contraído, ni querido contraer compromiso alguno con los invasores de su patria.

El 22 se presentaron unos carruajes: se nos ordenó que nos colocáramos en ellos, y en medio de las filas de los soldados franceses fuimos sacados de la ciudad por el camino de Veracruz.

El gobernador de la plaza salió hasta fuera de la garita, en union de algunos otros oficiales, y allí me tendió la mano, manifestándome lo penoso que le era, tanto á él como á sus compañeros, aquella medida estrepitosa que se acababa de tomar respecto de nosotros.

El orden en que se nos conducía era el siguiente.

Dos infantes iban apoderados de cada una de las portezuelas del carruaje, á la vanguardia iba una descubierta de doscientos cazadores de Africa, á la retaguardia de ésta iba otra fuerza como de doscientos infantes, y otra igual en número y en colocacion á la retaguardia de los carruajes y por cada uno de los flancos de ellos: ademas como á distancia de un cuarto de milla, iban diseminados unos tiradores por nuestro frente y flancos, para inspeccionar el terreno.

Antes de llegar á Amozoc, dos de nuestros oficiales, á quienes conducian presos para Zaragoza, se dirijieron corriendo para el carruaje donde iba yo; con el objeto de darme un abrazo.

Los soldados franceses que custodiaban las portezuelas del coche, empujaron con fuerza á nuestros oficiales tirándolos de espalda, sin permitirles siquiera darme un abrazo de despedida.

Refiero esto, señor ministro, que es demasiado público, para que no se entienda que yo y los demas generales jefes y oficiales que me acompañaban, llevabamos una escolta de honor para seguridad de nuestras personas, y solo con la consigna de presentarnos, como prisioneros, en tal ó cual parte.

No, nada de esto hubo, sino que éramos conducidos con todas las seguridades que se observan, cuando se custodia á un facineroso ó á un bandido.

Si el general Forey me hubiera impuesto que me presentara prisionero en París ó en el confin del mundo, habria visto por mi parte, cumplidos sus deseos, porque sé lo que es honor, y porque he sabido conservarlo ileso como soldado y ciudadano.

Yo estaba, pues, en mi derecho para continuar sirviendo á mi patria, burlando de una manera caballerosa, la vigilancia de mis custodios y centinelas: porque ningun compromiso me habia contraído con el ejército frances, porque éste no habia querido tener otras garantías de mi persona, para que llegara á Francia, que los soldados á quienes fiaba, como preso, mi conservacion y vigilancia.

En la Cañada de Ixtapa, ó sea pueblo de Morelos, se me dió aviso por los habitantes de aquel lugar, que á nuestros jefes y oficiales los iba tratando un coronel de la marina francesa, encargado de su custodia, como á presidarios, y con un rigor y una dureza inaudita. Que habia fusilado á un capitán del Estado de Chiapas, y que en aquella poblacion murieron de hambre algunos soldados rasos del cuerpo de ejército de Oriente que iban prisioneros para Orizava, porque no se les

proporcionaba sino unos cuantos granos de maiz crudo para su alimento.

Cuando llegué al pueblo de Aculzingo, en cuyo punto alcancé á nuestros prisioneros, me impuse por el dicho unánime de todos los oficiales á quienes se les permitió que me hablaran, de la verdad de cuanto me habian dicho los habitantes de Morelos.

Mandé suplicar al coronel encargado de la custodia y conduccion de nuestros soldados prisioneros, que me permitiera proporcionarles, por su conducto, algunos alimentos.

Despues de varias dificultades, conseguí lo que deseaba.

Reuní algunas cantidades entre los generales, y mandé con ellas comprar reses y otros víveres que se distribuyeron entre los individuos de la clase de tropa que iban prisioneros.

El dia 25 de Mayo me condujeron de Aculzingo para Orizava.

En el camino fué fusilado, por disposicion del coronel de marina, un soldado de los que habian defendido á Zaragoza, cuyo cadáver se arrojó, como un insulto, al camino por donde yo y mis demas compañeros, debiamos pasar minutos despues.

Me acompañaban en el carruaje el general Llave y mis ayudantes Ortega y Togno, y al presenciár lleno de indignacion aquel hecho, manifesté al primero: que me fugaria antes de salir de la República, y que juraba por mi honor, seguir haciendo la guerra á Francia, mientras contara con la mas pequeña influencia en el pueblo mas insignificante de mi pais; porque si como mexicano tenia este derecho, que no habia coartado con compromiso alguno de honor, me autorizaba doblemente á hacerlo, la conducta que se observaba con nuestros prisioneros, muy ajena en verdad, de la que yo observé con los prisioneros franceses que estuvieron en mi poder.

Le dije: que solo tenia una traba para realizar con toda prontitud mis deseos, y era no echar responsabilidad alguna sobre unos jóvenes oficiales de cazadores de Africa, encarga-

dos de nuestra seguridad, quienes con sus finas maneras y esquisita educacion, nos habian guardado, sin separarse un ápice de la consigna que habian recibido respecto de nuestra rigurosa seguridad, todas esas consideraciones que se le dispensan á un caballero, aunque por razones políticas se le conduzca al cadalso, y que por esto, y mientras aquellos pundonorosos oficiales cargáran con la responsabilidad de mi fuga, yo sufriría las consecuencias de mi prision fueran cuales fueren.

Cuando llegamos á Orizava, me entregaron preso en union de mis compañeros en uno de los cuarteles de la guarnicion de aquella plaza.

En aquel local se hallaban tambien presos los jefes y oficiales que habian defendido la ciudad de Zaragoza.

Los oficiales que nos conducian, quedaron entonces sin responsabilidad alguna, y fueron á ocupar otro cuartel con las tropas de su mando.

Hablé á muchos de nuestros generales, jefes y oficiales para que se fugáran, atendiendo á las ningunas consideraciones que se les dispensaban como prisioneros de guerra, y muy especialmente á que con tal carácter no se habian contraido compromiso alguno de honor que los inutilizara para seguir sirviendo á su patria, y mas cuando espresamente se le habia manifestado así al general Forey, en la protesta solemne que se le remitió rechazando los compromisos y condiciones que exijia de los prisioneros.

Un general frances encargado de la plaza de Orizava, se me presentó con su estado mayor y me dijo: que iba á saludarme y á tenderme su mano en nombre de las tropas que mandaba, como una muestra de admiracion y de respeto al valor con que habian peleado en Puebla sus defensores.

Aquel decente y comedido general, me interrogó para que le espusiera el tratamiento que recibiamos de los conductores, á fin de remediar los males que fuera posible.

Le dí las gracias por su cortés comportamiento, manifestándole el trato atroz que por falta de alimento iban recibiendo los individuos de la clase de tropa.

Por lo que respecta á nuestros generales, jefes y oficiales le dije: que no habia queja alguna que hacer, porque todos se entregaron voluntariamente prisioneros sin garantía alguna, y en consecuencia habian aceptado con gusto su destino.

Centenares de mexicanos burlaron la vigilancia de los centinelas franceses, sin que uno solo de ellos, dejara bajo algun aspecto comprometido su honor.

Yo fui el último de los que salieron de la prision por entre las guardias del cuartel y por entre los oficiales franceses, merced al poco conocimiento que se tenia de mi personal.

La falta de datos me ha hecho no considerar sino de una manera genérica los hechos relativos á la defensa de Zaragoza: por esta razon se me olvidó decir á vd. en el lugar correspondiente: que otro de los comisionados que mandé cerca del supremo gobierno, con el objeto de que se proporcionáran municiones de boca y guerra á la plaza, y de que le manifestara mi absoluta resolucion de defender ésta á todo trance, fué al jefe interino de mi estado mayor, coronel Vicente Riva Palacio, cuyo parte respecto de su comision, no pude recibirsino hasta estos últimos dias.

Lo inserto en seguida en corroboracion de lo que dejo espuesto.

“Cuerpo de ejército de Oriente.—Estado mayor.—Coronel en comision.—Cumpliendo con las órdenes que tenia recibidas de vd. salí de esa ciudad con la division de caballería que manda el ciudadano general Tomas O' Horan, y llegué la noche del 14 á la hacienda de San Gerónimo, en donde estaba situado el cuartel general del cuerpo de ejército del Centro.

Conforme á las instrucciones que habia recibido de vd. tuve algunas conferencias con el C. general Ignacio Comonfort, á fin de poder

pasar en vista de sus instrucciones á la capital, y dar cumplimiento á la comision que vd. se habia servido confiarme. Asi lo hice en efecto en union del ciudadano general O' Horan, que determinó ir tambien á hablar con el ciudadano presidente para espeditar mas la marcha de este negocio.

Llegamos á México, y la misma noche del dia 15, tuvimos una conferencia con el ciudadano presidente y los cuatro ciudadanos ministros: yo manifesté que venia comisionado por vd. y ampliamente facultado para hablar en su nombre al supremo gobierno, presentándole la situacion de la guarnicion y de la plaza de Zaragoza tal como era en sí, y de los medios de obtener un éxito favorable, fundado en las instrucciones que de vd. mismo habia recibido, y ratificado con los datos y observaciones del ciudadano general en jefe del cuerpo de ejército del Centro.

Hice presente al ciudadano presidente y ciudadanos ministros, que vd. estaba resuelto á sostenerse hasta el último trance, sin abandonar la plaza por ningun motivo, á no recibir para ello orden expresa del supremo gobierno, que la moralidad y entusiasmo de la tropa eran grandes, y que á viva fuerza nunca podria el enemigo llegar á tomar la plaza, pero que comenzaban á escasear los víveres y municiones de guerra, y esto hacia embarazosa la situacion de vd., que en consecuencia me habia vd. mandado comisionándome espresamente, y como jefe de su estado mayor, para manifestar al supremo gobierno que era de urgente necesidad introducir á la plaza un convoy de víveres y municiones para que pudiera continuar su resistencia, y cortar el camino de Orizava para obligar al enemigo á levantar el sitio, sin cuyas dos operaciones los defensores de Zaragoza podrian defenderse por algun tiempo, pero nunca obtener un feliz resultado.

Esforcé quanto pude estas razones en esta y otras conferencias, advirtiendo que era tan grande la urgencia que vd. veia en cortar el camino de Orizava, que me habia autorizado para reunir todas las guerrillas que hubiera por el rumbo de Puebla y probar el ataque de alguno de los convoyes que le venian al enemigo.

Despues de tres dias de permanencia en México, se nos mandó volver al ejército, diciéndonos que el ciudadano ministro de la guer-

ra vendria en uno de estos dias, para arreglar el plan de estas operaciones.

Todo lo cual en cumplimiento de la mision con que vd. se sirvió hourarme, pongo en su conocimiento, reiterándole las protestas de mi subordinacion y respeto.

Tlaxcala, Abril 20 de 1863.—*Vicente Riva Palacio*.—Ciudadano general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente."

Hé aquí señor ministro, la historia fiel y verdadera de cuanto ha tenido lugar respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, historia que no he querido terminar hasta mi evasion de la ciudad de Orizava, porque he creido para mí un deber, dar cuenta al gobierno y á la nacion de las razones que motivaron aquella, y de los ningunos compromisos de honor que tenia para con el invasor de México, ni aun los de simple prisionero de guerra, cuando se me sujetaba á una rigurosa prision.

Por esta misma relacion inferirá vd. que es absolutamente inesacto lo que ha dicho en sus partes el general Forey al emperador de los franceses, respecto de que la rendicion de la plaza, la motivaron las circunstancias de haber dicho al general Mendoza: que los defensores de ella serian pasados á cuchillo, si esperaban el asalto general, y de haber abierto brecha en el fuerte de Teotimehuacan.

No es menos inexacto y falso lo que dice, cuando asegura, que las barricadas y defensas de la ciudad, se pusieron y organizaron por la demagogia europea.

De un modo lógico y sencillo demostraré esas inexactitudes.

Si era el temor que tenia la guarnicion de ser pasada á cuchillo, la que la obligó á rendirse, como indica en sus partes el general Forey ¿por qué ésta no le pidió siquiera como una garantía no ser pasada á cuchillo, una vez que ese temor era lo que motivaba su rendicion?

Ademas, el ejército mexicano estaba convencido, absolutamente convencido, que el ejército frances no daría nuevos asaltos á la plaza, porque los hechos estaban demostrándolo así.

Ese mismo ejército frances habia retrocedido, sin dar, ni intentar siquiera, un nuevo asalto, como era natural, despues de la derrota que sufrió el 25 de Abril.

¿Podía, pues, esperar la guarnicion otro asalto, cuando viera que habian fracasado los últimos que dió aquel, cuando estaba palpando que abandonaba ese sendero que destruyó la moral de sus soldados, á proporción que habia subido la de los defensores de la ciudad; y cuando estaba presenciando, por último, que los sitiadores se ocupaban ya de preferencia de poner obras de contravalacion á la plaza, para evitar solamente, que entráran á ésta víveres y municiones de guerra?

¿Podían temer ese asalto los soldados que habian resistido otros diez ó doce del mismo ejército frances, rechazándolo en casi todos, y haciendo pedazos en los últimos, á sus atrevidas columnas de ataque, y prisioneros á los restos de ellas?

¿Podían temerlo los que salieron de los muros que defendian, para ir á asaltar las trincheras del ejército sitiador?

El fuerte de Ingenieros, ó de Teotimehuacan, se halla sobre una llanura, y fuera enteramente de los arrabales y suburbios de la ciudad. Las obras francesas, se encontraban todavia el 17 de Mayo, á una gran distancia de aquel fuerte; y entre el mismo fuerte y la plaza de armas se interpone cerca de un centenar de manzanas, ó islotes de casas, como las llama el general Forey.

¿Podía temer la guarnicion que por aquel punto fuera ocupada la plaza, cuando todavia no se aproximaban al fuerte las obras de zapa francesas para dar el asalto, y cuando aun perdido, tenian que ser atacadas y defendidas, otras cien manzanas para que pudiera llegarse á la plaza de armas?

¿Podía, repito, temerse ésto, cuando el ejército frances, debido á la pérdida de San Javier, se hallaba colocado en el Hospicio y en las manzanas frente á Santa Inés, de cuyos pun-

tos solo se interponen tres de ellas para llegar á la plaza de armas, y en las que no habia podido penetrar, no obstante las anchas y practicables brechas que abriera en nuestros reducidos, y cuyas brechas se defendieron, sin que llegáran á perderse, por mas de cuarenta días?

Si el enemigo no habia podido dar un paso desde el 6 de Abril hasta el 16 de Mayo, no obstante sus rudos asaltos y ataques, para apoderarse de las tres manzanas de casas que lo separaban del corazon de la plaza, ¿podia temerse ó imagiarse siquiera que llegara á él por un punto en que tenia que tomar un fuerte, y despues manzanas y barricadas en la estension de milla?

Basta ver el plano de la ciudad de Zaragoza para convenirse de estas verdades.

Lo espuesto demostrará á vd., señor ministro, que los ataques que se dieron á la plaza los últimos días, no tuvieron mas objeto que hostilizarla rudamente, para hacerla consumir lo mas pronto posible sus municiones de guerra.

Unicamente á dos generales mexicanos, pero de origen extranjero, les di un lugar entre los defensores de la plaza, cuando ya ésta estaba fortificada y próxima á sufrir el asedio; cuyos generales, no obstante su valor y mérito personal, ni estuvieron colocados en el cuerpo de ingenieros, ni en el de artillería, ni mandaban divisiones, ni los tenia en mi consejo, ni les consulté tampoco cosa alguna relativa á los proyectos que formé para la defensa de la plaza.

Lo que se sostenia en la ciudad de Zaragoza era el honor de México, y México tiene un demasiado y noble orgullo para confiar la defensa de su honor y dignidad nacional, á un extranjero, sean cuales fueren los títulos que tenga para el aprecio de los mexicanos.

Esos generales, pues, se hallaban á las órdenes del general D. Francisco Alatorre, y éste y aquellos á las del cuartel maestro, y todos á las del cuartel general.

Así es, que las barricadas y parapetos de la plaza, se hicieron por ingenieros mexicanos, y bajo la inspeccion de generales tambien mexicanos.

No es menos inesacto lo que se dijo, en un documento que publicó un periódico de Puebla de Zaragoza, dando por autor de él al estado mayor del ejército frances. En ese documento se afirmaba, que en la plaza, despues de su rendicion, habian quedado multitud de víveres y proyectiles de guerra.

Esas especies están desmentidas en otra pieza oficial firmada por el general Forey, en la que se dice *Hoy habeis forzado á la guarnicion de ésta, [plaza] que habia agotado sus víveres y municiones sin que menguara su valor, á que os entregase la ciudad.*

Hay no obstante que hacer respecto de esto, una aclaracion.

En la plaza ha quedado, despues de su rendicion, una gran cantidad de proyectiles, pero todos inútiles en lo absoluto, porque concluyó enteramente la pólvora con que pudieramos aprovecharlos.

No comprendo que razon haya tenido presente el general Forey, para disminuir sus pérdidas, faltando con esto á la verdad histórica de los hechos.

Yo no sé acertivamente cuales sean las pérdidas que haya tenido el ejército frances; pero á juzgar por las que dice tuvo en los ataques y asaltos del 25 de Abril, las ha disminuido extraordinariamente y de un modo increíble é inusitado.

Por mi parte ya dije á vd., señor ministro, que el mejor obsequio que puedo hacer á mi patria y á la civilizacion, es consultar en todo la verdad; porque entre el ruido que forma el choque de contrarios intereses en cuestiones de esta naturaleza, siempre da un paso el progreso, y conquista un principio la humanidad. Así es, que no disminuiré en lo mas mínimo nuestras pérdidas.

Cuando comencé, pues, el sitio, teniamos sobre veintidos mil hombres; y al rendirse la plaza contábamos con poco me-

nos de doce mil. Hay que tener presente, que salieron de la ciudad sobre dos mil quinientos dragones.

Parece inadecuado el lugar, pero yo lo juzgo á propósito para hacer al supremo gobierno una esplicacion.

Hay autores que recomiendan: que para impedir los trabajos de zapa del ejército que sitia una plaza, y evitar hasta donde es posible la aproximacion de esos mismos trabajos á las murallas de la plaza sitiada, salgan de ésta durante la noche, ocho ó diez soldados, con el objeto de arrojar granadas al foso, y de matar violentamente por este medio ó por otro, á los trabajadores. Pero tambien dicen: que esto no tiene otro objeto que prolongar la defensa, porque las plazas en los sitios modernos, siempre caen en poder de los sitiadores antes de los treinta y uno á cuarenta dias.

Esa doctrina, pues, que me recordó alguno de mis compañeros, la tuve presente, y no obstante ella, ni dispuse, ni quise que salieran esos diez ó doce soldados á interrumpir los trabajos del enemigo al dar principio el asedio; porque conocí que el ejército francés, muy avezado en esa clase de luchas, debia tomar todas las precauciones correspondientes, para evitar que los sitiados hicieran valer en su favor aquel medio común y trillado que les quedaba para prolongar el sitio, como efectivamente lo hacian, colocando tiradores al frente y flancos de sus obras, para evitar una sorpresa á los trabajadores.

Si por mi parte tenia una ciega y absoluta confianza en el valor, patriotismo y sufrimiento de nuestros soldados, no tenia la conciencia de que toda nuestra tropa, compuesta de ciudadanos á quienes acababan de armar las circunstancias, poseyera todos esos conocimientos, que solo dá la práctica, para poder apreciar en su legítimo valor esas salidas, y mas cuando las guardias nacionales de México no habian presenciado otro sitio de las proporciones y magnitud del de Puebla Zaragoza.

Temí por esto comenzar á desmoralizar nuestras tropas, y por lo mismo dispuse que los trabajos de zapa se interrumpieran al dar principio el sitio, por medio de granadas y bom-

bas arrojadas por nuestros cañones y morteros sobre la cabeza de la obra.

Esas salidas de fracciones pequeñísimas, solo se interrumpieron por unos cuantos dias. Despues se repitieron, sin interrupcion en fracciones grandes y pequeñas, y para esto no se necesita consultar mis partes, sino los parciales y apasionados del general Forey.

Si no adopté, pues, aquel medio, bien débil en verdad, para la prolongacion de la defensa de la plaza, adopté otros fundados en el valor de nuestros soldados; y los hechos han demostrado que no fueron ineficaces.

Ya he dicho á vd. señor ministro, que no recuerdo los nombres de multitud de jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa, que se distinguieron en el sitio de Zaragoza, por su valor, subordinacion, conocimientos militares, y por los servicios prestados al cuerpo de ejército de Oriente, y que por lo mismo no los menciono, recomendándolos de una manera especialísima á la gratitud nacional y á las consideraciones del gobierno; pero si recordando el nombre de alguno de esos buenos mexicanos no lo estampara aquí, seria faltar á un deber de estricta justicia.

Entre estos últimos se halla el secretario de la comandancia del Estado de Puebla, coronel D. Fernando M. Ortega, quien con su carácter de secretario y coronel, prestó servicios de la mas alta importancia en la defensa de Zaragoza.

A todas horas del dia y la noche se le veía en el palacio, cumpliendo con fidelidad, valor y exactitud, todas las órdenes que le daba, y en las que me servia muchísimo la vasta y merecida influencia que goza en el Estado de Puebla.

Unas veces lo empleaba en que me sacara víveres y recursos, entrando en convenios con los particulares para que estos fueran molestados lo menos posible; otras en que se me construyeran por su conducto instrumentos de zapa, en que se aglomeráran en grandes cantidades, saquillos á tierra y otros elementos de esta naturaleza, indispensable para la defensa.

Al tiempo de rendirse la plaza, estuvo en el palacio, manifestándome que iba á correr la suerte de sus compañeros. Despues y por mi orden salió para México.

Los servicios de ese buen mexicano, debe considerarlos de primer orden la nacion juzgando con toda imparcialidad.

El comisario de nuestro cuerpo de ejército, C. Marcos Villegas, tan luego como vió que se empeoraba la condicion de todos los prisioneros por haber firmado la protesta de no contraerse compromiso alguno con el ejército frances, firmó libre y espontáneamente, en union de todos los dependientes de su oficina, otra protesta en los mismos términos que la que dejó inserta, y me la entregó para que la remitiera al cuartel general del ejército frances.

Ese documento quedó en mi poder, y no quise mandarlo al enemigo, por no darle mas prisioneros sin utilidad alguna para nuestra causa.

La víspera de mi salida le previne que marchara para México, á desempeñar una comision de mi parte.

Otra comision de esta misma naturaleza, cerca del supremo gobierno, conferí á mi ayudante de campo, coronel Jesus Lalanne, á quien le previne se dirigiera para México, poco antes de emprender yo mi marcha para Orizava, y que fuera custodiado por una fuerte escolta, que voluntariamente se habia situado en un lugar á propósito, inmediato á la línea francesa, con el objeto de patrocinar mi fuga, y garantir mi persona: proteccion que no quise aceptar por entonces, porque creí de mi deber sufrir las consecuencias del sitio, saliendo prisionero para Orizava, como habian salido ya los que me acompañaron en Zaragoza.

Por este motivo y por cumplir una orden espresa mia, el jóven mexicano Lalanne, no corrió tambien la suerte de sus compañeros.

La lista nominal de los generales, jefes y oficiales prisioneros en Zaragoza, tuve la honra de remitirla á vd. el 21 de Mayo, y la he visto publicada en los periódicos; pero tendre

de nuevo la satisfaccion de acompañársela cuando remita los documentos que comprueban los asertos de esta nota.

Entonces diré á vd. tambien los grados y ascensos militares que concedí á nombre del supremo gobierno, y las causas que los motivaron.

Por cálculo, por egoismo, y por afectar una modestia que no poseo, habria querido, señor ministro, no haber estampado mi nombre al reseñar los sucesos de la defensa de Zaragoza, y mas considerando, que de esta manera, ganaría algo ante la nacion y ante el supremo gobierno; pero me ha sido verdaderamente imposible referir los acontecimientos habidos en aquella ciudad, las causas que motivaron el desenlace que tuvo el sitio y la disolucion de nuestro cuerpo de ejército, sin haber hecho mencion de mi persona, que se hallaba al frente y con la responsabilidad de esos mismos acontecimientos.

Si algo pudiera ambicionar de gloria, por cálculo tambien habria omitido estampar mi nombre, porque demasiado satisfecho estoy con haberme encontrado con el mando de los generales, jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa que defendieron á Zaragoza, y con la aprobacion del gobierno y de la cámara legislativa de la nacion, de la conducta que observé [1].

(1) *Ministerio de guerra y marina.—Seccion 1.ª*—El ciudadano Presidente se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, á sus habitantes salud:

Que el congreso de la Union ha espedido el decreto que sigue:

El congreso de la Union ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El ejército de Oriente en la defensa de Puebla de Zaragoza, ha merecido bien de la patria.

Atr. 2.º En el salom de sesiones del congreso de la Union se colocará esta inscripcion: A LOS DEFENSORES DE PUEBLA DE ZARAGOZA, EN 1862 Y 1863, EL CONGRESO DE LA UNION.

He concluido señor ministro. Multitud de faltas habré cometido en el desempeño del cargo que me confiriera el supremo gobierno, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza; pero de esas faltas me escuda, la lealtad, honradez y buena fé con que he procedido, y muy especialmente la circunstancia de no ser soldado de profesion, y de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades y derechos del pueblo, contra los fueros y las clases privilegiadas de México.

Sírvase vd. dar cuenta con esta nota al ciudadano Presidente de la República, y admitir las protestas de mi respeto y subordinacion.

Independencia, Libertad y Reforma. Zacatecas, Setiembre 16 de 1863.

J. G. Ortega.

Ciudadano ministro de guerra y marina.
San Luis Potosí.

Art. 3.º Las familias de los que hayan fallecido ó fallezcan en la presente lucha, peleando contra el enemigo extranjero, disfrutaran por pensión vitalicia el haber íntegro que corresponda al grado inmediato superior, respecto del que tenia al morir la persona que representen, cualquiera que haya sido la clase de ésta en el ejército.

Art. 4.º Igual gracia se concede á los mutilados que se inutilicen para el servicio ó para sus ocupaciones ordinarias.

Art. 5.º Quedan exentos de cualquiera contribucion directa personal, por toda la vida, los individuos que se hallaban en Puebla

de Zaragoza el 24 y 25 de Abril del presente año, defendiendo la ciudad con las armas, ó prestando algun servicio al ejército.

Art. 6.º Este decreto se publicará por bando nacional en la capital de la República y en los Estados.

Dado en el salon de sesiones del Congreso de la Union, en México, á siete de Mayo de 1863.—S. Lerdo de Tejada, diputado presidente.—Francisco Bustamante, diputado secretario.—Joaquín M. Alcalde, diputado secretario."

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en México, á 7 de Mayo de 1863.—Benito Juárez.—Al ciudadano general Miguel Blanco."

Proposicion presentada por el ciudadano diputado Guillermo Prieto al congreso de la Union y aprobada por unanimidad el 23 de Mayo de 1863.

"En prueba de gratitud nacional, se colocará en el salon de sesiones del congreso, la orden general del cuerpo de ejército de Oriente del 17 de Mayo, la nota que el mismo día dirigió el general Gonzalez Ortega al gobierno, trascribiendo la que pasó al general Forey, y la respuesta del ministerio de la guerra."

Biblioteca Miguel Alemán
"Basil Sangre Fria"

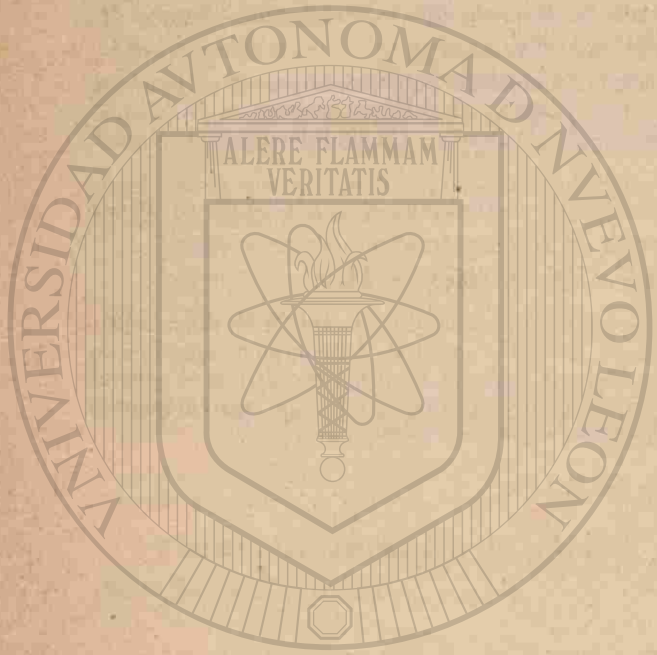
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

ORIENTAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Magister Universitaria
"Sicut ibi magis frigus"



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



